

Cuadernos del Sur

35

D. Campione / W. Estellano / Fernando López R.

COYUNTURA LATINOAMERICANA

Argentina Bolivia Ecuador

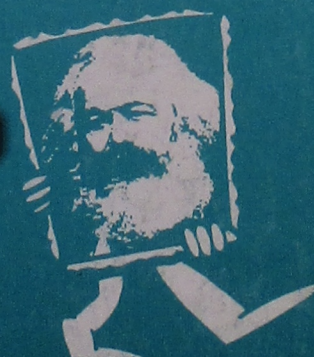


A. Callinicos / R. Brenner / D. Bensaïd / J. Brown

Unilateralismo: política, economía, guerra, soberanía

J. Hirsch / A. Gilly / E. Grüner / J. Holloway

Polémicas en el marxismo



Cuadernos del Sur

Año 19 - N° 35

Mayo de 2003

NUEVAS DIRECCIONES

www.cuadernosdelsur.org.ar
info@cuadernosdelsur.org.ar

Rodney 171 D° 77 (1427BNC) Buenos Aires, Argentina

Tierra
del  fuego

Consejo Editorial

Argentina: Eduardo Lucita, Roque Pedace, Alberto Plá, Carlos Suárez,
Gustavo Guevara
Brasil: Enrique Anda, Florestán Fernandes [1920-1995]
Bolivia: Washington Estellano
Perú: Alberto di Franco
México: Adolfo Gilly, Alejandro Gálvez C.,
John Holloway, Guillermo Almeyra
Escocia: Werner Bonefeld
España: Daniel Pereyra
Francia: Hugo Moreno / Michael Löwy
Rusia: Boris Kagarlitsky

Comité editorial

Eduardo Lucita, Alberto Bonnet, Katharina Zinsmeister, Hernán Ouviaña, Juan Grigera,
Mabel Bellucci

Coordinación artística

Juan Carlos Romero

Composición y Diagramación:

Taller del Sur

Ilustraciones: *Marcelo Pinto*

Cuadernos del Sur, número 35

publicado por:
Editorial Tierra del Fuego
Argentina, mayo de 2003

Toda correspondencia deberá dirigirse a:
Rodney 171 - D° 77
(1427BNC) Buenos Aires, Argentina
Email: info@cuadernosdelsur.org.ar

ISSN: 1666-8804 - Cuadernos del Sur es una publicación semestral que aparece en mayo y noviembre.

Cuadernos del Sur

S U S C R I P C I Ó N

4 números (2 años)

Argentina	\$ 40
Argentina (correo certificado)	\$ 50
Exterior	U\$/Euros 35
Exterior (correo certificado)	U\$/Euros 35
Versión electrónica únicamente	U\$/Euros 25

Nombre y apellido

Institución.....

Domicilio de envío:

CalleN°PDto.....

CPCiudad.....

Prov./País

Correo electrónico.....

Teléfono.....

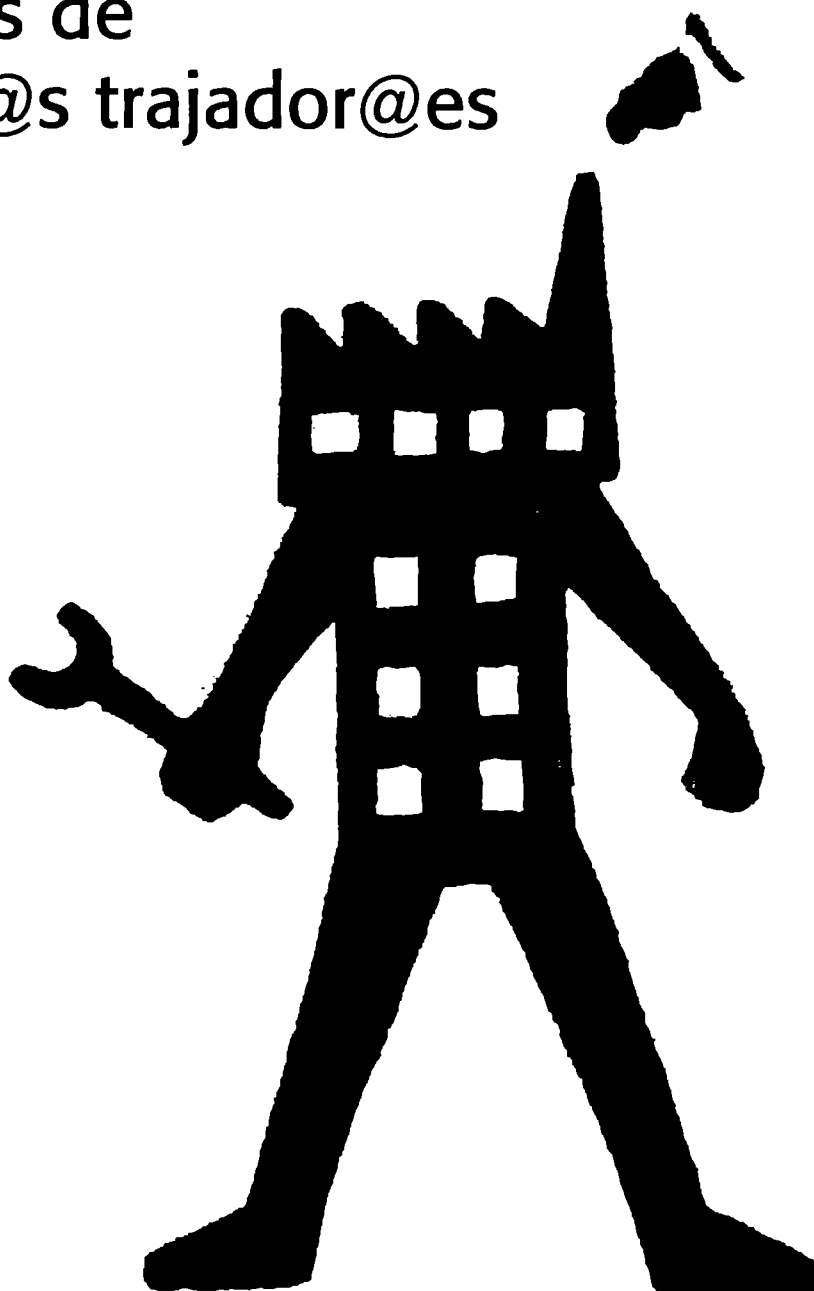
Horarios

Enviar los datos arriba indicados a suscripciones@cuadernosdelsur.org.ar o comunicarse con los
teléfonos 54 (11) 4854-1512 – 54 (11) 15-5633-0390 para información sobre formas de pago.

Índice

EDITORIAL	Argentina: ¿Fin de la <i>belle époque</i> ?	5
	Nuevo unilateralismo mundial: economía, política, guerra, soberanía	
ALEX CALLINICOS	La estrategia general del Imperio Norteamericano	11
ROBERT BRENNER	Después del boom. Un diagnóstico de la economía mundial	52
DANIEL BENSAÏD	La guerra tendrá lugar	77
JOHN BROWN	La Guerra del Imperio: lógica de la excepción y retorno de la soberanía ..	81
	Apuntes sobre la coyuntura latinoamericana	
DANIEL CAMPIONE	Elecciones del 27 de Abril	89
WASHINGTON ESTELLANO	Bolivia en la encrucijada	103
FERNANDO LÓPEZ ROMERO	Ecuador: ¿Argentina, segunda parte?	108
MABEL BELLUCCI	Los movimientos antibelicistas de contestacion femenina	115
	Polémicas en el marxismo	
EDUARDO GRÜNER (Trad.)	Breve diccionario de la actualidad (no solo) argentina	137
JOACHIM HIRSCH	Poder y anti-poder Acerca del libro de John Holloway, <i>Cambiar el mundo sin tomar el poder</i>	127
ADOLFO GILLY	El hacedor	147
JOHN HOLLOWAY	Tiempo para la revuelta Reflexiones sobre <i>Imperio</i>	153

La textil
Brukman
es de
l@s trabajador@es



Argentina:

¿Fin de la *belle époque*?

“¿**N**os olvidamos a veces de nuestra sombra o es que nuestra sombra nos abandona de vez en cuando?”. ¿Cambian las relaciones de fuerza de modo violento en pocos meses o evaluamos de modo erróneo los procesos sociales? ¿Asistimos solo al florecimiento del potencial proletario durante una crisis burguesa? “¿Será posible que hayamos vivido junto a ella sin habernos dado cuenta de su existencia?” ¿Acabó esta crisis y asistimos a la vuelta a la “normalidad”? ¿Intentamos exorcizar esta normalidad cantando “reflujo”? “¿La habremos extraviado al doblar una esquina, al atravesar una multitud?” ¿Compramos la baratija ilusoria de sobrevaluar la fuerza real o la desperdiciamos reduciéndola a trizas en un conjunto de errores tácticos? “La ternura que nos infunde”, es justamente, a diferencia de Gironde, la que nos obliga a contestar estas preguntas.

La supuesta *belle époque* abierta por sucesos del 19-20D parece tener su indubitable fin en estos comicios. Una *Pax Duhaldist*a se impone con fuerza cada vez más asentada desde fines del 2002, y como toda buena paz de poderosos lo hace sobre la base de domesticación y represión de las luchas sociales, y de la unión de grupos hegemónicos por necesidad y espanto.

La *Pax Duhaldist*a se funda en sus éxitos de gobierno. La relativa estabilidad del tipo de cambio (el dólar), la relación con el FMI, los tímidos pasos hacia renegociar la deuda, la contención del proceso inflacionario y de los aumentos de tarifas de servicios públicos, la neutralización de algunos conflictos sindicales con la devolución del 13% y el aumento de suma fija (apenas efectivizado) en el sector privado. El enfriamiento del conflicto de ahorristas con el paulatino descongelamiento de depósitos bancarios, “corralito y corralón”, y los subsidios a la banca para contener su debacle. En vano citar muchos más: los comicios probablemente coronen los esfuerzos de la exitosa administración por rearmar un bloque hegemónico y domesticar las sombras que se levantaron 19-20D.

La *Pax Duhaldist*a no se construye, en vano sería engañarse, con soluciones de fondo. Bonos, inflación, deuda, tarifas de servicios, planes sociales, la crisis solo se ha pospuesto. Y sin embargo, “solo” posponerla representa el éxito. Ésta era precisamente la tarea que esta administración tenía encomendada. Reasegurar la gobernabilidad, administrar la protesta y refinar los tiempos mientras el bloque hegemónico se reconstruye.

A la novedad de las formas de protesta nuevas y potenciadas del 19-20D se le ha tejido además una fina tela. Los sutiles hilos de la hegemonía han privilegiado todas las herejías domesticables al interior de estas sombras. Los piqueteros vieron reconvertidos la miríada de planes sociales en el “plan jefes y jefas de hogar”, reasignados por los “consejos de crisis” donde se domestica los reclamos de su mayoría en una mesa común de negociaciones y se favorece a los sectores más clientelares y socialdemócratas (FTV, CCC). Las fábricas tomadas dentro del viejo cooperativismo o bajo el MNER son favorecidas por las expropiaciones. Las asambleas se intentan asimilar a los CGP. Para los irreductibles, aquello que intenta cortar esta fina tela, quedan los no tan sutiles carabinazos y palos: los asesinatos del Puente Pueyrredón, el encarcelamiento de piqueteros en el norte del país y la ofensiva del Estado sobre la textil Brukman y la cerámica Zanón, el desalojo del ex-Banco Mayo entre los sucesos más visibles. A estos factores se suman los propios internos. Las debibildades de cada uno de estos movimientos también se manifiestan más claramente y hoy las asambleas perdieron densidad y se refugiaron en el asistencialismo, comprensible y solidario pero despolitizado, las luchas piqueteras se rutinizaron y carecen de perspectiva clasista ni de buena integración con el movimiento ocupado mientras los cortes de ruta pierden aceleradamente legitimidad, las fábricas tomadas dejaron de extenderse desde septiembre y se encuentran en una necesaria postura defensiva.

Hoy parecemos sentir lo que Peter Schlemihl, a quién abandonara su sombra compañera.

Normalidad cívica en los comicios

Apenas quince meses después de *Que se vayan todos*, y menos tiempo aún de su versión domesticada (renovación total de cargos), el consenso pasivo impuesto por la normalidad de la elección presidencial no debe observarse como un dato menor. La profunda “crisis de representación” se intenta cerrar con un período de contiendas electorales esparcidas a lo largo de todo el año. Es posible que el próximo ballottage no solo consagre la continuidad de la *Pax Duhaldist*a, sino que de también fin al ciclo de crisis del PJ.

En menos de quince días, un marco de indiferencia y apatía dio relativo paso a un clima de contienda electoral. Los comicios del 27 de abril pasado convocaron a una participación cercana al 80% del padrón electoral, un ausentismo apenas mayor al 19,5% registrado en las presidenciales de 1999 y muy inferior al 26,3% de las elecciones de octubre de 2001.¹ Pero el no-voto (la suma entre voto en blanco y anulado) retrocedió aún más decididamente. El voto en blanco del 0,9% fue el menor registrado desde las elecciones de 1946 y el voto anulado se situó apenas en un 1,6%. El no-voto, entonces, alcanzó un 2,5% en 2003, contra el 21,1% registrado en 2001. La estrategia de rechazo a las elecciones implementada por algunas corrientes de izquierda (AyL en primer lugar, el PCR, como lo venía haciendo durante las últimas elecciones, el PTS, MAS y otros), algunos sectores del movimiento piquetero (la CCC desde luego, la CTD Aníbal Verón, los MTDs) y algunas asambleas barriales (la mayoría de todos estos sectores organizados en un Frente de Rechazo) resultó entonces en un rotundo fracaso. Un fracaso, además, perfectamente previsible desde hacía varios meses.

Los comicios también fueron testigos de una interna del PJ en simultáneo con las elecciones generales, de un resultado previsible (un *ballotage* entre peronistas) y de una fragmentación de los partidos mayoritarios (cada uno en tres). Esta fragmentación, la crisis del peronismo (el partido del poder), es el hecho característico de esta elección. La fragmentación es el producto no sólo de los enfrentamientos entre integrantes de las cúpulas de esos partidos sino la expresión de la disputa abierta entre las distintas fracciones del capital. Hay aquí dos procesos que caminan en paralelo: por un lado la resolución de la crisis al interior del peronismo, por el otro resolver la cuestión de la hegemonía entre las fracciones del capital que permita presentar un bloque unificado.

La izquierda no logró representar en los resultados eleccionarios su participación e influencia en el nivel de movilización social. Los partidos de la izquierda que sí presentaron candidatos, IU (PC-MST) 1.7% y PO 0.8%, incrementaron su participación respecto de las presidenciales de 1999 (IU duplicó y PO creció un 25%) pero vieron reducir sustancialmente su votación

¹ Representa una desaceleración de la tendencia al aumento del ausentismo registrado en las elecciones presidenciales durante los 80 y 90 (14,4% en 1983, 14,7% en 1989, 17,9% en 1995, 19,5% en 1999) y significa una rotunda caída respecto del ausentismo registrado en las parlamentarias de 2001, intensificado por el hecho de que también en las parlamentarias parece registrarse una tendencia al aumento del ausentismo durante los 90 (19,1% en 1985, 17,5% en 1987, 19,7% en 1991, 19,7% en 1993, 21,8% en 1997 y ese 26.3% en 2001).

respecto de las últimas legislativas. El movimiento no logra canalizarse en la política institucional y la izquierda partidaria, que debiera justamente cumplir ésta función, tiene sobre sí la gran responsabilidad de no haber sido capaz de brindar ese canal, presentando, por ejemplo, una estrategia de lucha unificada. El sectarismo endémico de los partidos de izquierda locales, contribuyó a este fracaso. Pero la responsabilidad principal recayó sobre los partidos y organizaciones que decidieron dar la espalda a las elecciones —e incluso denunciaron a los partidos de izquierda que decidieron participar en las mismas— en nombre de razones que más parecen necesidades (confundiendo la propia marginalidad e impotencia con el auténtico rechazo del sistema, o el propio encierro con una alternativa a la intervención en los enfrentamientos generales de la política nacional).

Ilusiones y baratijas

Este cielo azul que todos vemos, no es cielo ni es azul. No lo era en la desenfundada búsqueda de soviets por las plazas de la Capital Federal, ni lo es “ese espantoso abuso de la estadística” que nos entrega la última elección. Dos imágenes ilusorias que mirar con detenimiento llevarán mucho más que esta pobre nota editorial.

La primer ilusión es la de esa “*belle époque*” que arroja sospechas desde su inicio al asentarse sobre muertos, desnutrición, pauperización extrema y deterioro del salario. Ilusiones de diagnósticos irresponsablemente exististas fundados sobre un “cuarteto sagrado” (piquetes, asambleas, trueque, fábricas tomadas) sobredimensionado, que sin ser representativo era al mismo tiempo vulnerable a represión, competencia hegemónica y contradicciones internas.

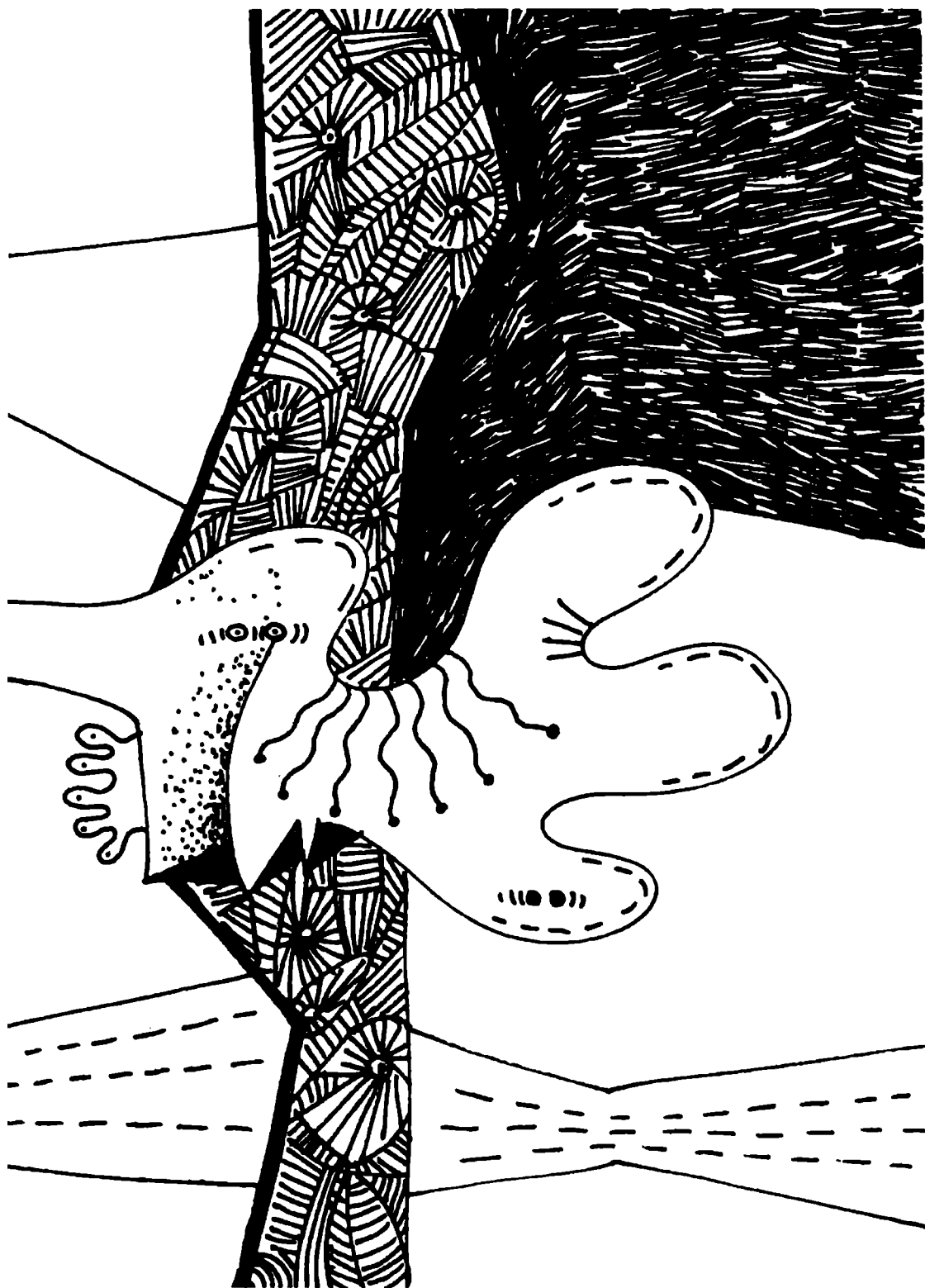
La segunda imagen ilusoria es la que hoy nos convida a ver un proceso completamente inútil o completamente cerrado. Dos saldos de importancia deben notarse. El primero es la naturaleza de la nueva “normalidad”. De una parte la alianza del bloque hegemónico aparece como profundamente más débil que la de los años noventa (esto no significa en modo alguno que carezca de los acuerdos básicos para reprimir tanto cuanto sea necesario). El saldo del ballottage el próximo 18 de mayo será el de un gobierno con un bajísimo nivel de consenso social (al que no va a cambiar una aplastante victoria de Kirchner; recuérdese que incluso una semana antes de las elecciones entre 30 y 40% de los votantes eran aún “volátiles”). El segundo saldo positivo es el conjunto de experiencias que exploraron potencialidad y límites de la autogestión: el control obrero, fiscalización obrera, en menor medida también asambleas y trueque. Los desafíos ideológicos planteados al

orden capitalista no pasaron desapercibidos y la autogestión se estableció en amplios ámbitos como un fenómeno posible, existente y deseable.

Una última ilusión: La política argentina parece desarrollarse en un oscuro confín independiente y autónomo de un mundo camino hacia un unilateralismo con pocos precedentes. La coyuntura internacional abierta post-11 de septiembre, reafirmada recientemente en el ataque imperialista contra Iraq debiera ser una pauta de los muchos caminos muertos a que llevan estrategias puramente nacionales.

De todas estas ilusiones da cuenta el número que sigue. Nos devuelve el contexto mundial Alex Callinicos al rastrear la estrategia del imperio americano y poner de manifiesto con un trabajo delicado la interna de las fuerzas políticas. Robert Brenner cuenta las costillas del gigante afirmando que la recesión del imperio vino para quedarse. La compleja coyuntura latinoamericana, ilusión y realidad, recorre las páginas que siguen en un racconto de las elecciones en Argentina, y las coyunturas en Ecuador y Bolivia. Por ultimo Hirsh y Gilly se enredan en una polémica con Holloway. La fina ironía de Grüner resume buena parte de los errores e irresponsabilidades de esta *belle époque*. Completa el número Bellucci con una mirada de género sobre la guerra.

Juan Grigera
Buenos Aires, mayo 15 de 2003



La estrategia general del Imperio Norteamericano*

Alex Callinicos

El unilateralismo norteamericano se ha convertido en el asunto predominante de la política mundial. Es uno de los rasgos más visibles del actual gobierno norteamericano desde que George W. Bush asumió en enero del 2001. Al denunciar Bush el protocolo de Kioto sobre el recalentamiento global, el *Financial Times* de Londres comentó: “La posición antirregulatoria en lo interno y el enfoque unilateralista en lo externo son señales de que el gobierno estadounidense será el más conservador desde la Segunda Guerra Mundial [1939-45].”¹ Esta tendencia se reforzó en forma dramática a raíz del 11 de septiembre del 2001, sobre todo con el vigoroso avance del gobierno de Bush hacia una guerra para imponer un “cambio de régimen” en Irak, con el apoyo obsecuente de siempre de Tony Blair. En el primer aniversario de los atentados en Nueva York y Washington se dio a conocer una *Estrategia de Seguridad Nacional* nueva que comienza con la afirmación: “Estados Unidos posee una fuerza e influencia sin precedentes –y sin igual– en el mundo” y concluye con la advertencia: “Nuestras fuerzas tendrán el poder suficiente para disuadir a los adversarios en potencia de iniciar una escalada militar con la esperanza de superar o igualar el poderío de Estados Unidos.”²

Esta afirmación contundente de que, al decir del periodista de derechas Anatole Lieven, EE.UU. aspira a “la dominación unilateral del mundo por medio de la superioridad militar absoluta”, ha sido una desagradable sorpresa para los que se tragaron la idea –muy difundida en la inmediata posguerra fría– de que la globalización económica vendría acompañada por el

* Publicado en *International Socialism* (verano 2002).

¹ G. Baker, “Bush’s Tough Stand”, *Financial Times*, 31 de marzo de 2001. Agradezco a Sam Ashman y John Rees sus comentarios sobre el borrador de este artículo y a Sebastian Budgen y Chris Harman su ayuda para obtener materiales.

² *The National Security Strategy of the United States of America*, Septiembre 2002, www.whitehouse.gov, págs. 1, 30.

surgimiento de “métodos globales de gobierno” capaces de superar la centenaria lucha por la supremacía entre las grandes potencias.³ Nadie ha defendido esta posición con mayor energía que [el primer ministro británico Tony Blair, quien expuso su “Doctrina de la comunidad internacional” por primera vez durante la guerra de los Balcanes de 1999 y la reafirmó en el congreso del Partido Laborista de septiembre del 2001.⁴ Los exaltados elogios de Blair al “reordenamiento del mundo” se dan de patadas con el acertado pronóstico de Condoleezza Rice, la asesora de Seguridad Nacional de Bush, de que su gobierno “actuará desde el terreno firme de los intereses nacionales, no los de una comunidad internacional ilusoria”.⁵

Comprender al imperialismo norteamericano

La moralina farisaica que emplea Blair para proporcionar una fachada de justificación a la *Realpolitik* de Bush y sus asesores tiene su aspecto absurdo. Pero lo importante es comprender lo que está en juego en el impulso belicista norteamericano actual. Edward Luttwak define la estrategia general de la siguiente manera: “es la dimensión del conflicto entre Estados en la cual lo militar se desenvuelve en el contexto más amplio de la política interior, la diplomacia internacional, la actividad económica, y todo lo que fortalece o debilita”.⁶ ¿Cuál es entonces la estrategia general del imperio norteamericano bajo George W. Bush?

Uno de las características salientes de la teoría marxista del imperialismo es que trata los conflictos diplomáticos y militares entre los Estados como instancias del proceso más general de competencia que impulsa al capitalismo. En concreto, tal como la formuló Nikolai Bujarin durante la Primera Guerra Mundial [1914-18], la teoría del imperialismo sostiene que durante el siglo XIX, dos procesos hasta entonces relativamente autónomos –la rivalidad geopolítica entre los Estados y la competencia económica entre los capitales– tienden a fusionarse cada vez más. Por un lado, la industrialización creciente de la guerra significaba que las grandes potencias ya no podían conservar sus posiciones sin desarrollar una base económica capitalis-

³ A. Lieven, “The Push to War”, *London Review of Books*, 3 de octubre de 2002, pág. 8.

⁴ T. Blair, “Doctrine of International Community”, discurso en el Economic Club de Chicago, 22 de abril de 1999, www.fco.gov.uk. Véase una crítica en A. Callinicos, *Against the Third Way* (Cambridge, 2001), cap. 3.

⁵ C. Rice, “Campaign 2000 - Promoting the National Interest”, *Foreign Affairs*, enero/febrero 2000 (edición internet), www.foreignpolicy2000.org.

⁶ E. Luttwak, *Strategy* (2nd ed., Cambridge MA, 2001), pág. 89. Luttwak, un conservador norteamericano brillante y sensible, desarrolló por primera vez su versión del concepto en *The Grand Strategy of the Roman Empire* (Baltimore, 1976).

ta. Por el otro lado, en virtud de la concentración e internacionalización crecientes del capital, las rivalidades económicas entre empresas traspasaban las fronteras nacionales para convertirse en enfrentamientos geopolíticos en los cuales los combatientes requerían el apoyo de sus respectivos Estados. La competencia económica y por la seguridad se entrelazaban en conflictos de carácter cada vez más complejo que desembocaron en la era terrible de las guerras interimperialistas desde 1914 hasta 1945.⁷

Esta teoría proporciona el marco más adecuado para comprender el actual impulso belicista norteamericano. Pero antes de seguir, es necesario aclarar una cuestión crucial. Tanto partidarios como críticos de la teoría marxista del imperialismo suelen reducirla a la afirmación de que los Estados imperialistas actúan motivados exclusivamente por razones económicas. Un ejemplo reciente es la difundida idea de que el verdadero objetivo del ataque occidental a Afganistán fue el deseo del gobierno de Bush y las empresas petroleras con las cuales está estrechamente aliado de construir un oleoducto a través del país para exportar el petróleo y el gas del Asia Central.⁸

Indudablemente, las reservas de combustibles constituyen un factor de peso en los intereses de Washington en la región, pero reducir la guerra en Afganistán a esos intereses sería un grave error. Como veremos, Estados Unidos atacó Afganistán sobre todo por razones políticas centradas en la reafirmación de su hegemonía global después del 11 de septiembre. Su mayor acceso al Asia Central fue un subproducto importante del derrocamiento de los talibán, no el motivo principal de esa acción. Con todo, sería un

⁷ N. Bujarín, *Imperialism and World Economy* (Londres, 1972). Desde luego que la rivalidad económica entre los Estados es anterior a la época del imperialismo: el acceso al botín fue un factor crucial en las luchas entre las potencias europeas a partir del siglo xvi. Pero sólo en el caso de Holanda y más adelante Inglaterra los contendientes operaban sobre bases económicas capitalistas, lo cual les daba una ventaja importante sobre sus rivales absolutistas. En un sentido, lo que sucedió en el siglo xix fue que el modelo anglo-holandés se generalizó en el contexto de la industrialización de masas que incrementó la organización del capital. Véase A. Callinicos, "Bourgeois Revolutions and Historical Materialism", in P. McGarr y A. Callinicos, *Marxism and the Great French Revolution* (Londres, 1993). Sobre la vigencia actual de la teoría marxista del imperialismo, véase A. Callinicos, "Marxism y Global Governance", en D. Held y A. McGrew, comps., *Governing Globalization* (Cambridge, 2002), y *An Anti-Capitalist Manifesto* (Cambridge, 2003), págs. 50-65.

⁸ Véase la crónica de Ahmed Rashid sobre los recientes conflictos económicos y geopolíticos en Afganistán en *Taliban: Islam, Oil y the New Great Game in Central Asia* (Londres, 2000). Gore Vidal, ese gran crítico del imperialismo norteamericano, presentó recientemente una versión cauta de la teoría conspirativa, centrada en la aparente ineptitud de Washington con respecto al 11 de septiembre: "The Enemy Within", *Observer*, 27 de octubre de 2002.

error igualmente grave reducir la estrategia nortamericana a la geopolítica: el control del petróleo del Medio Oriente es, como se verá, uno de los factores de mayor peso en los planes bélicos de Washington.⁹

Durante la historia del imperialismo, las grandes potencias han actuado por una mezcla compleja de razones económicas y geopolíticas. A fines del siglo XIX, la clase dominante británica empezó a ver en Alemania un gran peligro para sus intereses, principalmente ante la decisión del II Reich* de construir una fuerza naval de primer orden. Esto constituía una amenaza a la supremacía naval británica, de la cual dependían tanto la seguridad de las Islas Británicas como el control del imperio y el flujo de ganancias de las inversiones en ultramar.¹⁰

Para dar otro ejemplo, Hitler era un gobernante movido intensamente por su ideología, cuyo objetivo a largo plazo era asegurar la dominación de la gran masa de Eurasia por una Alemania purificada racialmente. Sin embargo, los factores económicos tenían gran peso tanto en la estrategia militar (las decisiones de iniciar la Segunda Guerra Mundial, extenderla a la Unión Soviética y tratar de tomar Stalingrado obedecieron en gran medida al temor de que escasearan las materias primas), como en la visión hitleriana de una Rusia colonizada para resolver las contradicciones económicas del capitalismo alemán.¹¹

Hoy es importante comprender que la teoría marxista del imperialismo analiza las formas bajo las cuales se entrelazan la competencia geopolítica y económica bajo el capitalismo; bajo ningún concepto se trata de reducir la una a la otra.

La estrategia de Estados Unidos después de la Guerra Fría

El origen de la “fuerza sin precedentes y sin igual” de la cual se jacta el gobierno de Bush radica, claro está, en el desenlace de la última etapa de competencia interimperialista, la Guerra Fría (1945-1990). Tras las revoluciones en Europa central y oriental en 1989 y el derrumbe de la Unión Soviética en 1991, Estados Unidos quedó como potencia militar dominante.

⁹ Para un análisis sistemático, véase J. Rees, “Imperialism: Globalization, the State y War”, *International Socialism*, (2) 93 (2001).

* El II Reich (Segundo Imperio alemán) fue el régimen surgido luego de la Guerra Franco-Prusiana de 1870-71 y que se derrumbó con la Revolución de 1918. Lo sucedió la República de Weimar hasta 1933, año en que Hitler tomó el poder constituyendo el III Reich, que finalizó en 1945 con la derrota de Alemania en la Segunda Guerra Mundial.

¹⁰ P. Kennedy, *The Rise of the Anglo-German Antagonism, 1860-1914* (Londres, 1980).

¹¹ Véase, por ejemplo, I. Kershaw, *Hitler 1936-1945: Nemesis* (Londres, 2000), cap. 5, y págs. 400-7, 517, 528-30.

El capitalismo norteamericano ahora pudo conseguir acceso a regiones que hasta entonces le estaban vedadas debido a la división del mundo durante la Guerra Fría en bloques dominados por las superpotencias rivales, principalmente el Asia Central, con sus importantes reservas de combustibles y su situación estratégica en la frontera entre las esferas de influencia rusa y china. No obstante, la desintegración del sistema estalinista no abolió la rivalidad entre las grandes potencias. Sin dejarse amedrentar por la cháchara triunfalista sobre “el fin de la historia” y el advenimiento de un segundo siglo norteamericano, algunos marxistas sostuvieron que, al ser eliminada la disciplina relativa impuesta por la estructura bipolar de la política internacional durante la Guerra Fría, el mundo ingresaba en un período de competencia geopolítica intensificada, y por lo tanto, de peligro e inestabilidad mayores de los que habían reinado antes de 1989.¹²

Concretamente, Estados Unidos enfrentaba dos posibles desafíos. El primero surgió en el seno del bloque capitalista occidental. Durante la Guerra Fría, Alemania y Japón se habían subordinado a la conducción política y militar de Washington, pero se habían convertido en grandes rivales económicos del capitalismo norteamericano. El retroceso económico relativo de Estados Unidos frente a este desafío fue una de las fuerzas motrices principales de la nueva era de crisis de la economía mundial a finales de los 60.¹³

Liberados de las restricciones impuestas por la unidad contra el bloque oriental, Alemania y Japón podrían tratar de afirmarse en el terreno geopolítico y convertirse en potencias mundiales capaces de amenazar la hegemonía norteamericana. Aunque la Alemania reunificada hiciera alarde de su independencia de Washington (por ejemplo, al provocar la desintegración de Yugoslavia en 1991-92 frente a los intentos del gobierno de Bush padre [1989-93] de mantener unida la federación), era el Japón que aparecía como la amenaza mayor en virtud de su penetración en los mercados norteamericanos y sus inversiones en el propio territorio de EE.UU. A principios de los 90, George Friedman, de la consultora de seguridad Stratfor, fue coautor de un libro que anunciaba *The Coming War with Japan* [La inminente guerra con Japón].

El segundo grupo de rivales en potencia provenía de afuera del bloque occidental. Aunque empobrecida y sumida en el caos social y político, Rusia se-

¹² Véase especialmente A. Callinicos y cols., *Marxism and the New Imperialism* (Londres, 1994), y G. Achcar, “The Strategic Triad”, reproducido en T. Ali, comp., *Masters of the Universe?* (Londres, 2000).

¹³ Véanse C. Harman, *Explaining the Crisis* (Londres, 1984), cap. 3, y R. Brenner, “The Economics of Global Turbulence”, *New Left Review*, (I) 229 (1998).

guía siendo una gran potencia, con sus miles de ojivas nucleares, su gran territorio que abarca Europa y Asia, y sus vastas reservas de combustibles.

China era una amenaza aun mayor. El crecimiento económico veloz registrado por los chinos desde que sus gobernantes adoptaron el estalinismo de mercado en los años 80, aparecía como una reivindicación del capitalismo liberal, pero también les dio los recursos para crear una importante potencia militar en la región geopolítica más inestable del mundo.¹⁴ A medida que el desafío económico japonés retrocedía a lo largo de los 90, China surgía como la amenaza a largo plazo para el capitalismo norteamericano. Recientemente, el principal analista norteamericano de relaciones internacionales, John Mearsheimer, escribió:

“Otra manera de ilustrar el futuro poderío de China si su economía sigue creciendo rápidamente es mediante la comparación con Estados Unidos. El PBN norteamericano es de 7,9 billones de dólares. Si el PBN per cápita chino es equivalente al de Corea [del Sur], el PBN global chino sería de unos 10,66 billones de dólares, 1,35 veces el de Estados Unidos. Si llega a la mitad del PBN per cápita japonés, el PBN global chino sería 2,5 veces el de Estados Unidos. A título de comparación, la riqueza de la Unión Soviética equivalía aproximadamente a la mitad de la norteamericana durante la mayor parte de la Guerra Fría... En pocas palabras, China tiene el potencial de ser mucho más poderosa incluso que Estados Unidos.”¹⁵

Sobre la base de esta proyección, Mearsheimer elabora una hipótesis sombría para el noreste asiático y, en realidad, el mundo entero:

“China no sólo sería mucho más rica que cualquiera de sus rivales asiáticos... sino que su enorme ventaja en materia de población le permitiría construir un ejército mucho más poderoso que el de Japón o Rusia. Además tendría los recursos para adquirir un arsenal nuclear impresionante. El noreste asiático sería mucho más peligroso de lo que es ahora. Como todos los hegemónicos en potencia que la precedieron, China tendería a convertirse en un hegemónico real, y todos sus rivales, incluido Estados Unidos, la cercarían para tratar de impedir su expansión.”¹⁶

¹⁴ Véase, por ejemplo, K.E. Calder, *Asia's Deadly Triangle* (Londres, 1997).

¹⁵ J.J. Mearsheimer, *The Tragedy of Great Power Politics* (Nueva York, 2001), pág. 398.

¹⁶ *Ibidem.*, pág. 400. Mearsheimer sostiene que la hegemonía sólo puede ser regional, no global: Estados Unidos, como antes Gran Bretaña, es un “equilibrador extraterritorial” protegido por los mares, que trata de impedir el surgimiento de potencias hegemónicas en Europa y Asia: véase *ibidem.*, caps. 2, 4, y 7. Esta concepción excesivamente restrictiva de la hegemonía deriva en parte de que Mearsheimer iguala hegemonía con dominación política absoluta: “Un estado hegemónico es tan poderoso que domina todos los demás Estados en el sistema”, *ibidem.*, pág. 40. Aparte de cualquier otra cosa, esta definición pasa por alto la di-

Otros analistas como Zbigniew Brzezinski, asesor de seguridad nacional del presidente Jimmy Carter (1977-1981), son mucho más escépticos acerca de la capacidad de China de desafiar seriamente la hegemonía norteamericana, sobre todo cuando las predicciones se basan (como posiblemente las de Mearsheimer) en “la confianza mecanicista en las proyecciones estadísticas”.¹⁷ Con todo, Brzezinski es uno de los que alega con mayor energía que el desafío que enfrenta la clase dominante norteamericana desde el fin de la Guerra Fría es el de conservar su liderazgo sobre los estados capitalistas occidentales y extenderlo para incorporar a las demás grandes potencias. El principal triunfo geopolítico del gobierno de Clinton (1993-2001) consistió en mantener una hegemonía norteamericana reorganizada en Eurasia. Esto se vio facilitado en gran medida por el contexto económico. Durante la mayor parte de los 90, la economía norteamericana conoció un boom que fue adquiriendo fuerza a lo largo del decenio.¹⁸ En ese mismo período, la economía alemana se estancó y la japonesa sufrió la caída deflacionaria más grave de cualquier estado capitalista importante desde los años 30. Este cambio relativo de la relación de fuerzas económica a favor de Estados Unidos se vio reforzado por el uso selectivo de la fuerza militar por parte del gobierno de Clinton. El bombardeo de Serbia por la OTAN* en 1995 a raíz de la cuestión de Bosnia y —en escala mucho mayor— de Kosovo en 1999 sirvieron para poner de manifiesto la dependencia de la Unión Europea de la conducción política y la fuerza militar norteamericanas para resolver las crisis, incluso en su propio patio trasero balcánico.

La expansión de la OTAN hacia Europa oriental y central durante la guerra de los Balcanes de 1999 cumplió una triple función: 1) mantuvo la posición de Estados Unidos, ganada durante la Guerra Fría, de potencia do-

minación económica del poder (salvo como fuente de fuerza político-militar: véase ibídem., cap. 3). Pero los Estados capitalistas, además de perseguir objetivos geopolíticos, tratan de favorecer los intereses de los capitales radicados en su territorio. Yo empleo el término “hegemonía” para referirme a la capacidad, siempre relativa y cuestionada, del Estado más poderoso del sistema mundial para conseguir que otros Estados apoyen sus objetivos geopolíticos y económicos. Véase una evaluación crítica del análisis de Mearsheimer en P. Gowan, “A Calculus of Power”, *New Left Review*, (II) 16 (2002).

¹⁷ Z. Brzezinski, *The Grand Chessboard* (Nueva York, 1997), pág. 159; véase ibídem., cap. 6. Henry Kissinger, aunque su posición general sobre la posición geopolítica de Estados Unidos es similar en lo fundamental a la de Brzezinski, cree que “China está en camino a alcanzar el estatus de superpotencia”, *Diplomacy* (Nueva York, 1994), pág. 826.

¹⁸ C. Harman, “Beyond the Boom”, *International Socialism*, (2) 90 (2001), y R. Brenner, *The Boom and the Bubble* (Londres, 2002).

* OTAN: Organización del Tratado del Atlántico Norte (NATO: North Atlantic Treaty Organization), alianza militar formada en 1949 por EE.UU., Canadá, 13 países de Europa occidental y Turquía para enfrentar a la Unión Soviética.

minante en Europa Occidental y la extendió hacia el este; 2) legitimó la penetración en la zona estratégica y económicamente clave del Asia Central por una OTAN, ya bajo la conducción norteamericana, y ahora autorizada a realizar operaciones “extrazona”; 3) redundó en una nueva estrategia para cercar a Rusia, que en opinión de los autores de la política norteamericana, difícilmente se transformaría en una democracia liberal próspera y por lo tanto debería ser contenida.¹⁹

Los resultados de la primera prueba que enfrentó la nueva OTAN contra Serbia fueron equívocos, en el mejor de los casos, ya que el bombardeo (que causó escasos daños graves al ejército yugoslavo) fue sólo uno entre varios factores que llevaron a Milosevic a abandonar Kosovo: la negativa rusa a respaldarlo y su presión para que llegara a un acuerdo fue un factor de gran peso, por ejemplo. Pero fue en la guerra de los Balcanes que se invocó con mayor insistencia la ideología de la intervención humanitaria, sobre todo por parte de Blair, que afirmaba el derecho de la “comunidad internacional” —en este caso, Estados Unidos y sus aliados europeos— de atropellar las soberanías nacionales y librar la guerra, ostensiblemente al menos, para castigar a los “Estados facinerosos” que violan los derechos humanos.²⁰

A primera vista, pareciera que el gobierno de Clinton aplicó una estrategia multilateralista. Pero los verdaderos motivos de su estrategia fueron expuestos con la mayor claridad por Brzezinski, uno de los arquitectos principales de la expansión de la OTAN. En *The Grand Chessboard* señaló que esta estrategia encajaba dentro de un enfoque más amplio cuya finalidad era mantener la dominación norteamericana mediante una política continental de dividir para dominar. Brzezinski emplea el lenguaje del imperio (“La supremacía global norteamericana evoca de alguna manera a imperios anteriores”), al abogar por la construcción de coaliciones para incorporar y subordinar a rivales en potencia, como Alemania, Rusia, China y Japón:

“A corto plazo, conviene a Estados Unidos consolidar y perpetuar el pluralismo geográfico imperante en el mapa de Eurasia. Esto reconoce el valor de la maniobra y la manipulación para impedir el surgimiento de una coalición hostil que, con el tiempo, desafiaría la supremacía norteamericana, por no mencionar la posibilidad remota de que algún Estado en particular intentara hacerlo. A mediano plazo [en los próximos veinte años], se debe

¹⁹ J. Rees, “NATO y the New Imperialism”, *Socialist Review*, June 1999, G. Acapcar, “Rasputin Plays at Chess” y P. Gowan, “The Euro-Atlantic Origins of NATO’s Attack on Yugoslavia”, ambos en Ali, comp., *Masters of the Universe?*

²⁰ A. Callinicos, “The Ideology of Humanitarian Intervention”, en Ali, comp., *Masters of the Universe?*

hacer hincapié cada vez más en el surgimiento de socios más importantes pero a la vez más estratégicamente compatibles que, bajo una conducción norteamericana, ayudarían a forjar un sistema de seguridad transeurasiático más dispuesto a la colaboración. Más adelante, en un plazo mucho más largo, lo anterior podría llevar a un núcleo de responsabilidad política auténticamente compartida.”²¹

Es importante comprender que a pesar del énfasis que pone en la construcción de coaliciones (y la disposición de Brzezinski a visualizar la posibilidad de una relación de auténtica cooperación entre las grandes potencias en un futuro muy remoto), la estrategia del gobierno de Clinton no puede considerarse multilateralista, al menos en términos sencillos. Promover la expansión de la OTAN y la Unión Europea sirvió para mantener la hegemonía norteamericana en Eurasia, no para crear una alternativa a ella. Clinton y sus asesores eran al decir de un conservador norteamericano, “multilateralistas funcionales”: “Los norteamericanos prefieren actuar con la sanción y el apoyo de otros países, si es posible. Pero tienen fuerza suficiente para actuar por su cuenta si necesitan hacerlo.”²²

Estados Unidos inició la guerra de los Balcanes de 1999 bajo la égida de la OTAN, sin acudir al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. El gobierno de Clinton ya había desairado a la ONU cuando bombardeó Irak en 1998 con el apoyo de Gran Bretaña y Kuwait. Madeleine Albright, la secretaria de Estado de Clinton que se destacaba por su ineptitud y arrogancia, justificó un ataque previo a Irak con misiles crucero con el siguiente argumento: “Si tenemos que usar la fuerza, es porque somos Estados Unidos. Tenemos nuestro orgullo. Miramos hacia un futuro más lejano.”²³ Esta clase de soberbia imperialista provocó la siguiente advertencia por parte de Samuel Huntington, veterano servidor del Estado norteamericano: “Al actuar como si éste fuera un mundo unipolar, Estados Unidos se encuentra cada vez más solo en el mundo... Mientras denuncia a diversos países como ‘Estados facinerosos’, Estados Unidos se convierte a los ojos de muchos en la superpotencia facinerosa.”²⁴

²¹ Brzezinski, *The Grand Chessboard*, págs. 10, 198. La “geoestrategia” de Brzezinski para dominar Eurasia está muy influenciada por Halford Mackinder, geógrafo académico y parlamentario irlandés que a principios del siglo xx desarrolló la concepción de Eurasia como una “Isla Mundial”, centro de la lucha entre las grandes potencias: véase H.J. Mackinder, *Democratic Ideals and Reality* (Londres, 1919).

²² R. Kagan, “Multilateralism, American Style”, *Washington Post*, 13 de septiembre de 2002.

²³ Citado en C. Johnson, *Blowback* (Nueva York, 2000), pág. 217.

²⁴ S.P. Huntington, “The Lonely Superpower”, *Foreign Affairs*, Marzo/Abril 1999 (edición online), www.foreignpolicy2000.org.

La doctrina de Bush: “represalias preventivas”

La superpotencia facinerosa se ha lanzado a un asalto rabioso. Las atrocidades terroristas del 11 de septiembre del 2001 representaron lo que el politólogo norteamericano Chalmers Johnson llamó una “explosión de revés”. La reacción que provocó el poder imperial norteamericano, sobre todo en Medio Oriente, ya había costado la vida a miles de civiles norteamericanos inocentes.²⁵ Pero los atentados en Nueva York y Washington dieron al gobierno de Bush (hijo) un margen mucho mayor que antes para seguir una estrategia global cualitativamente más unilateralista que la de sus antecesores.

El desdén del gobierno por la construcción de coaliciones quedó manifiesto en su actitud hacia la OTAN. El 12 de septiembre del 2001, la alianza del Atlántico Norte invocó, por primera vez en su historia, el artículo 5 del tratado de 1949 que creó la OTAN, al declarar que todos los Estados miembros de la alianza se consideraban víctimas de los ataques a Estados Unidos. Bush aceptó esta declaración de solidaridad junto con una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU, pero el Pentágono ni siquiera asoció a la OTAN en su guerra contra Afganistán. La OTAN, que dos años antes había sido el instrumento preferido por Washington para su intervención en los Balcanes, esta vez era tratada con el desdén que los norteamericanos suelen reservar para la ONU. El documento del gobierno norteamericano *National Security Strategy* (*La estrategia de seguridad nacional*) le dedica apenas tres párrafos.

Esta preferencia por la acción unilateral reflejaba en primera instancia el golpe simbólico grave sufrido por el poder estadounidense el 11 de septiembre. Después de los ataques espectaculares a su centro financiero y al cuartel general de sus fuerzas armadas, era imprescindible que el Estado norteamericano devolviera el golpe directamente, sin acudir a las fuerzas de seguridad internacionales. El poder norteamericano había sido violado: el poder norteamericano debía vengarse. Ya durante la guerra de los Balcanes de 1999, los jefes del Pentágono expresaban su impaciencia ante los procedimientos torpes y lentos de la OTAN. Pero desde la caída de Kabul en noviembre del 2001, resultaba claro que el gobierno de Bush iba a utilizar la “guerra contra el terrorismo” para justificar una estrategia geopolítica mucho más agresiva, que emplearía el poder militar para eliminar algunas amenazas e intimidar a todos.

El primer paso fue la ampliación de los objetivos de la guerra, anunciada por Bush en su discurso sobre el Estado de la Nación el 29 de enero del 2002. Al reafirmar que “nuestra guerra contra el terror apenas comienza”,

²⁵ Véase la crítica asombrosamente clarividente de Johnson en *Blowback*.

Bush declaró que, además de atacar directamente las redes terroristas, “nuestro segundo objetivo es impedir que los regímenes que patrocinan el terror amenacen a Estados Unidos, nuestros amigos o nuestros aliados con armas de destrucción masiva”, y designó a Irán, Irak y Corea del Norte como integrantes de un “eje del mal”.²⁶ El subsecretario de Estado John Bolton posteriormente extendió la red para incluir a Libia, Siria y Cuba como “Estados patrocinadores del terrorismo que están construyendo o tienen los medios para construir armas de destrucción masiva”.²⁷

Pero la plena envergadura de la estrategia del gobierno se dejó ver claramente cuando Bush anunció, en un discurso en la academia militar de West Point el 1 de junio del 2002, lo que el *Financial Times* llamó “una doctrina totalmente nueva de acción preventiva”.²⁸ Bush dijo:

“Durante buena parte del siglo pasado, la defensa de Estados Unidos se basó en las doctrinas de la Guerra Fría de disuasión y contención. En algunos casos, esas estrategias siguen vigentes. Pero nuevas amenazas requieren ideas nuevas. La disuasión –la promesa de represalias en gran escala contra las naciones– no tiene sentido contra furtivas redes terroristas que no tienen nación ni ciudadanos que defender. La contención no es posible cuando dictadores desequilibrados que poseen armas de destrucción masiva podrían lanzarlas con misiles o proveerlas clandestinamente a sus aliados terroristas.

“No podemos defender a Estados Unidos y nuestros amigos con esperanzas. No podemos confiar en la palabra de los tiranos, que solemnemente firman tratados de no proliferación y los violan de manera sistemática. Si esperamos a que se realicen plenamente las amenazas, habremos esperado demasiado tiempo. (Aplausos.)

“La defensa interior y la defensa antimisilística son parte de la seguridad reforzada, prioridades esenciales para Estados Unidos. Pero la guerra contra el terror no se gana a la defensiva. Debemos llevar la batalla al terreno del enemigo, desbaratar sus planes, enfrentar las peores amenazas antes de que surjan. (Aplausos.) En el mundo en que hemos entrado, el único camino hacia la seguridad es el camino de la acción. Y esta nación actuará.” (Aplausos).²⁹

²⁶ “The President’s State of the Union Address”, 29 de enero de 2002, www.whitehouse.gov. Discurso anual del presidente ante el Congreso.

²⁷ J. Bolton, “Beyond the Axis of Evil”, 6 de mayo de 2002, www.state.gov.

²⁸ R. Wolff, “The Bush Doctrine”, *Financial Times*, 21 de junio de 2002.

²⁹ “Remarks by the President at 2002 Graduation Exercise of the United States Military Academy, West Point, New York”, 1 de junio de 2002, www.whitehouse.gov. Discurso del presidente a los graduados de la Academia Militar.

La “doctrina Bush” de las “represalias preventivas” (como la llamó un funcionario del gobierno) está consagrada en el documento *La estrategia de seguridad nacional*: “Si bien Estados Unidos tratará constantemente de obtener el apoyo de la comunidad internacional, no vacilaremos en actuar por nuestra cuenta, si es necesario, para ejercer nuestro derecho de autodefensa mediante la acción preventiva.”³⁰

La primera prueba de esta doctrina es Irak. La política norteamericana en el Medio Oriente después de la guerra del Golfo Pérsico de 1991 fue de “contención doble”, diseñada para aislar a Irán e Irak. En el caso de este último, se aplicó una combinación de sanciones económicas y bombardeos para mantener el régimen del Ba’ath de Saddam Hussein débil y a la defensiva. Para fines de los 90, esta política se derrumbaba desde el punto de vista diplomático ya que tanto Francia y Rusia, miembros permanentes del Consejo de Seguridad, como los Estados árabes mostraban un creciente interés en fortalecer sus vínculos económicos y diplomáticos con Irak. Para mantener el aislamiento de Irak, Washington y Londres se vieron obligados a tomar medidas unilaterales, en particular la intensificación de la campaña de incursiones aéreas.³¹

Ya en el 2000, Condoleezza Rice (entonces profesora en la Universidad de Stanford y asesora del candidato Bush) abogaba por la prolongación de esta política. En alusión a “Estados facinerosos” como Irak y Corea del Norte, escribió:

“Estos regímenes viven en un tiempo prestado. No debe haber sensación de pánico con respecto a ellos. Más bien, la primera línea de defensa debería ser una declaración clara y clásica de disuasión: si adquieren armas de destrucción masiva, no podrán usarlas porque cualquier intento en ese sentido provocará la aniquilación nacional.”³²

Cuando se le cuestionó recientemente acerca de estas afirmaciones, Rice bromeó a la defensiva que “los académicos pueden escribir cualquier cosa”, y se respaldó en la espantosa advertencia del 11-9.³³ El argumento no es persuasivo. La amalgama que intentan hacer Bush y Blair entre regímenes como el de Saddam y la red terrorista Al-Qaeda pasa por alto que no se ha encontrado la menor prueba que vincule a Irak con el 11 de septiembre. Nada de lo sucedido desde esos atentados altera el hecho de que un Estado

³⁰ *National Security Strategy*, pág. 6

³¹ Véase una crónica periodística bien informada en A. Y P. Cockburn, *Saddam Hussein: An American Obsession* (ed. rev., Londres, 2002).

³² Rice, “Campaign 2000 — Promoting the National Interest”.

³³ Entrevista en *Financial Times*, 23 de septiembre del 2002.

que montara un ataque nuclear, químico o biológico contra Estados Unidos cometería un suicidio nacional. Y desde luego, las acusaciones sobre armas de destrucción en masa pasa por alto los enormes arsenales nucleares de Estados Unidos y otras potencias dominantes, así como el desarrollo de esas armas por Estados estrechamente alineados con Washington como Israel y Pakistán. Para comprender la Doctrina Bush, es necesario echar una mirada más profunda al gobierno de Bush mismo.

Bush II: la derecha republicana toma el timón

Al principio se solía presentar al gobierno de Bush hijo como una continuación del de su padre. Así, se dice que la guerra prevista contra Irak busca saldar una vieja cuenta familiar. Pero esta clase de interpretaciones son fundamentalmente erróneas.³⁴ Si bien varios altos funcionarios del gobierno actual —en particular el vicepresidente Dick Cheney, el secretario de Estado Colin Powell y el de Defensa Donald Rumsfeld— cumplieron funciones importantes bajo Bush padre entre 1989 y 1993, ideológicamente Bush II se remonta a la era de Ronald Reagan, presidente durante la última etapa de la Guerra Fría, de 1981 a 1989.

Fue Reagan quien denunció a la Unión Soviética como un “imperio del mal” y autorizó a la CIA y el Pentágono a que respaldaran guerrillas derechistas contra regímenes nacionalistas del Tercer Mundo en Nicaragua, Angola y Afganistán, que según Washington se habían alineado con el bando equivocado en la Guerra Fría.³⁵ El archicínico Henry Kissinger sintetizó en estos términos de admiración la política exterior reaganiana: “La sublime retórica wilsoniana en apoyo a la libertad y la democracia era matizada con un realismo casi maquiavélico... la Doctrina Reagan se resumía en la estrategia de ayudar al enemigo del enemigo: Richelieu la hubiese aprobado” (uno de los beneficiarios de esta estrategia fue Osama bin Laden).³⁶

Bush hijo evidentemente ha adoptado el estilo personal de Reagan, el gran comunicador campechano que se concentró en pintar a grandes brochazos y limitarse a las cuestiones de más importancia (desde el punto de vista de la derecha republicana). Es más: la política del reaganismo es el eje central de su gobierno. Bush padre era producto de la elite intelectual del Este de EE.UU.; el tono de su política exterior lo daba el secretario de Esta-

³⁴ Acerca de la visión general del gobierno, véase un análisis en N. Lemann, “The Next World Order”, *The New Yorker*, 1 de abril de 2002 (edición online).

³⁵ Véase la crónica de Fred Halliday sobre la ofensiva contrarrevolucionaria de EE.UU. durante los 80 en *Cold War, Third World* (londres, 1989).

³⁶ Kissinger, *Diplomacy*, pág. 774.

do James Baker, quien construyó una gran coalición basada en la autoridad del Consejo de Seguridad de la ONU para librar la guerra contra Irak y negó a Israel una garantía para un préstamo de 10.000 millones de dólares para obligar al primer ministro derechista Yitzhak Shamir a participar en la conferencia de paz de Madrid con la Organización para la Liberación de Palestina.³⁷

Cheney, el secretario de la Defensa de Bush padre, era entonces una figura relativamente aislada. En marzo de 1992, el diario *New York Times* obtuvo una copia de un documento del Pentágono sobre política de defensa. En lo principal, anticipaba la estrategia de seguridad nacional de Bush hijo: “Nuestro primer objetivo es impedir el resurgimiento de un nuevo rival... que represente un desafío de la magnitud de la Unión Soviética... Nuestra estrategia debe cambiar de enfoque y concentrarse en impedir el surgimiento de un futuro competidor global en potencia.”³⁸

Uno de los autores del documento (que fue repudiado por el gobierno del primer Bush) era Paul Wolfowitz, hoy lugarteniente de Rumsfeld. Según Frances Fitzgerald, Rumsfeld era “el mentor de Cheney en Washington, su amigo de más de treinta años. Como jefe de personal y luego secretario de Defensa de [el presidente Gerald] Ford, Rumsfeld provocó un fuerte viraje a la derecha del gobierno de Ford [1974-1977] y frustró el intento de [el secretario de Estado] Kissinger de firmar el tratado SALT II”, que reducía los arsenales nucleares de las superpotencias.³⁹

Hoy, Cheney, Rumsfeld, y Wolfowitz conforman el núcleo de un grupo de intelectuales republicanos de derecha que determina la política del gobierno de Bush, junto con Condoleezza Rice en el Consejo Nacional de Seguridad; el subsecretario de Estado de Control de Armas y Asuntos Internacionales, John Bolton; y Richard Perle, el legendario “príncipe de las tinieblas” derechista bajo Reagan, hoy presidente de la Junta de Política de Defensa, un organismo asesor. Como dice Fitzgerald, “la que había sido una posición minoritaria en el gobierno del primer Bush se había convertido en mayoritaria en el segundo”.⁴⁰ Ahora Colin Powell, jefe del Estado Mayor Conjunto y arquitecto de la guerra del Golfo Pérsico de 1991 bajo Bush padre, queda aislado cuando aboga por la construcción de una coalición. La posición de Powell tuvo alguna influencia en el período inmedia-

³⁷ A. Shlaim, *The Iron Wall* (Londres, 2001), pág. 487.

³⁸ Citado en Mearsheimer, *Tragedy of Great Power Politics*, pág. 386.

³⁹ Fitzgerald, “George Bush”, pág. 81.

⁴⁰ *Ibidem.*, pág. 84.

to posterior al 11 de septiembre, pero últimamente está siendo marginado cada vez más por los unilateralistas de derecha. ¿Cuál es el plan de éstos?

Como dice James Fallows, la visión de la derecha “se define por el pesimismo, el optimismo y la impaciencia ante los formalismos”.⁴¹ El pesimismo se refleja principalmente en la suposición de que la supremacía norteamericana podría verse enfrentada en poco tiempo al surgir competidores de su mismo rango. Wolfowitz expresó este punto de vista en un ensayo que escribió en la época de Clinton. Allí comparó el triunfalismo post-1989 sobre la victoria del capitalismo liberal y “el fin de la historia” con la posición, muy difundida a fines del siglo XIX, de que la guerra se había vuelto obsoleta debido al crecimiento económico y la integración internacional:

“El fin de este siglo se asemeja al fin del anterior en otro sentido importante, pues el umbral del siglo XXI pone en tela de juicio las grandes esperanzas de paz y prosperidad. Junto con el progreso notable y pacífico que se producía a fines del siglo pasado, el mundo abordaba –más precisamente, no lo lograba controlar– el surgimiento de nuevas grandes potencias. No sólo Japón se volvía poderoso en Asia, sino que Alemania, que ni siquiera existía antes de fines del siglo XIX, se convertía en una fuerza dominante en Europa.

“Hoy, el mismo crecimiento económico espectacular que reduce la pobreza, extiende el comercio y crea nuevas clases medias también está generando nuevas potencias económicas y posiblemente militares. Esto sucede sobre todo en Asia... El surgimiento de China presentaría por sí solo problemas de magnitud; el surgimiento de China junto con otras potencias asiáticas presenta una ecuación sumamente compleja. En el caso de China, existe el factor de su evidente marginalidad. Comparándolo con el fin de siglo anterior, se presenta la analogía evidente y perturbadora [con] la posición de Alemania, un país convencido de que le habían negado su ‘lugar al sol’, de que las demás potencias lo habían tratado mal y que estaba resuelto a ocupar el lugar que le correspondía mediante la afirmación nacionalista.”⁴²

Esta visión histórico-mundial respalda la preocupación del equipo de Bush por afirmar el poder militar norteamericano e impedir el surgimiento de retadores. Como dijo Zalmay Khalilzad, colaborador de Cheney en los 90 y ahora asesor especial del presidente para asuntos del Oriente Próximo, el Sudeste Asiático y el Norte de África, “corresponde a los intereses

⁴¹ J. Fallows, “The Unilateralist: A Conversation with Paul Wolfowitz”, *The Atlantic Monthly*, marzo 2002 (edición online), www.theatlantic.com.

⁴² P. Wolfowitz, “Bridging Centuries: Fin de Siècle All Over Again”, *The National Interest*, 47 (1997) (edición online), www.nationalinterest.org.

vitales de Estados Unidos estar dispuesto a usar la fuerza en caso de necesidad” para “prevenir el surgimiento de otro rival global en un futuro indeterminado”.⁴³ Una comisión creada por el grupo derechista Proyecto para un Nuevo Siglo Norteamericano (y que incluye a Wolfowitz junto con toda una galería de ideólogos republicanos) advirtió en el 2000:

“En la actualidad Estados Unidos no enfrenta un rival global. La estrategia general norteamericana debería apuntar a conservar y extender esta posición ventajosa lo más posible hacia el futuro. Sin embargo, existen Estados potencialmente poderosos descontentos con la situación actual y desesperados por cambiar, si pueden, con consecuencias que pondrán en peligro la situación relativamente pacífica, próspera y libre que disfruta el mundo hoy. Hasta ahora, les ha disuadido el poderío y la presencia global de la fuerza armada norteamericana. Pero a medida que decae ese poderío, en términos tanto relativos como absolutos, las condiciones felices que derivan de él se verán inevitablemente socavadas.”⁴⁴

Así, el impulso para mantener la hegemonía norteamericana corresponde a una visión de debilidad potencial a largo plazo. Pero lo sustenta una confianza que deriva en parte del desenlace de la Guerra Fría. Como dice Fallows:

“La confianza radica en la convicción de que Estados Unidos puede ganar si enfrenta a los enemigos ‘malignos’. Prueba de ello es, claro está, la caída de la Unión Soviética. Ronald Reagan ganó la presidencia, no con invocaciones a la distensión sino con llamados a lograr la victoria total sobre el ‘imperio del mal’. Diez años después, el imperio había desaparecido. Casi todos los miembros actuales de la conducción de la defensa eran integrantes del equipo de Reagan. El recuerdo de ese triunfo subyace la promesa de George W. Bush de que los terroristas no sólo serán contenidos, como los narcotraficantes, sino derrotados como los nazis y los soviéticos.”⁴⁵

Esta confianza es reforzada por los éxitos de las fuerzas armadas en la posguerra fría, en particular por el papel de la fuerza aérea en la victoria contra Irak en 1991, Yugoslavia en 1999 y Afganistán en el 2001.⁴⁶ Aun antes del 11 de septiembre, Rumsfeld peleaba por una transformación de las

⁴³ Citado en Lemann, “Next World Order”.

⁴⁴ *Project for the New American Century, Rebuilding America's Defenses*, de septiembre de 2000, www.newamericancentury.org, pág. 1

⁴⁵ Fallows, “The Unilateralist”.

⁴⁶ Dos evaluaciones muy divergentes de la eficacia militar del poder aéreo estratégico, compárense Luttwak, *Strategy*, cap. 12, y Mearsheimer, *Tragedy of Great Power Politics*, págs. 96-110.

fuerzas armadas ante la resistencia del Pentágono. Para ello utilizaba la llamada “revolución en los asuntos militares” posibilitada en particular por el desarrollo de la tecnología informática, con el fin de reorganizar las fuerzas armadas norteamericanas en unidades especializadas relativamente pequeñas, apoyadas por distintas formas de poder aéreo con municiones de precisión. En un discurso clave de enero del 2002, Rumsfeld comparó el asalto a Mazaar-e-Sharif por la Alianza del Norte y las Fuerzas Especiales norteamericanas durante la guerra de Afganistán con la *Blitzkrieg* (guerra relámpago) nazi de 1939-41:

“Lo revolucionario e inédito en la *Blitzkrieg* no radicaba en los nuevos recursos empleados por los alemanes, sino más bien en la forma revolucionaria e inédita de mezclar recursos nuevos y existentes. Asimismo, la batalla por Mazaar provocó transformaciones.

“Las fuerzas coaligadas utilizaron recursos militares existentes, desde las más modernas armas guiadas por láser hasta antigüedades como los B-52 de hace 40 años, e incluso lo más rudimentario, un hombre a caballo. Los usaron de maneras inéditas, con consecuencias desastrosas para las posiciones enemigas, la moral enemiga, y esta vez, para la causa del mal en el mundo.”⁴⁷

La misma fe en la destreza militar norteamericana se refleja en la afirmación de Richard Perle, de que bastarían apenas 40.000 soldados norteamericanos para derrocar a Saddam: “Me sorprendería que necesitáramos esos 200.000 soldados de los que suele hablar la prensa. Una fuerza mucho menor, integrada principalmente por fuerzas especiales con el respaldo de algunas unidades regulares, debería ser suficiente.”⁴⁸ Después de derrocar a los talibán, el equipo de Bush se cree capaz de cualquier cosa.

Estados Unidos contra Europa

Esta certeza explica lo que Fallows llama su “impaciencia con los formalismos”. En primer lugar, están aun menos dispuestos que sus predecesores demócratas o republicanos a respetar las instituciones internacionales. John Bolton resumió esta actitud cuando dijo: “No existen las Naciones Unidas. Existe una comunidad internacional que puede ser dirigida por la única potencia verdadera que queda en el mundo, que es Estados Unidos,

⁴⁷ Citado en R. Wolfe, “Technology Brings Power with Few Constraints”, *Financial Times*, 18 de febrero de 2002.

⁴⁸ “Saddam’s Ultimate Solution/Richard Perle Interview”, 11 July 2002, www.pbs.org. Cifra de 40.000 citada por E. Boehlert, “The Armchair General”, *Salon.com News*, 5 de septiembre de 2002, www.salon.com.

cuando conviene a nuestros intereses y cuando podemos conseguir que otros nos sigan.”⁴⁹

Esta posición no representa tanto una ruptura con el pasado como un cambio de énfasis: como hemos visto, el gobierno de Clinton estaba perfectamente dispuesto a soslayar a la ONU y tomar medidas unilaterales cuando lo consideraba necesario. Pero el gobierno de Bush hijo expresa con mayor franqueza su desdén por los demás Estados capitalistas principales de Europa Occidental y Asia oriental. Enfrentó desde sus comienzos una serie de conflictos con la Unión Europea en torno del protocolo de Kioto, el comercio (particularmente al imponer tarifas aduaneras sobre el acero) y la oposición norteamericana al Tribunal Internacional en lo Criminal. El desprecio implícito de la derecha republicana por los europeos fue expresado con franqueza por Perle, quien como asesor ad honorem del gobierno puede darse el lujo de la indiscreción. Cuando se le preguntó si Estados Unidos necesitaba el respaldo de la UE para derrocar a Saddam, respondió:

“El mismo fenómeno en virtud del cual los europeos toleran a Saddam Hussein —es decir, toleran a quien esté en el poder— los llevará a apoyar al régimen que suceda a Saddam. Cambiarán rápidamente... Harán lo que convenga a sus intereses. Quiero decir, que ahora están atestando los hoteles de Bagdad para firmar contratos que entrarán en vigencia cuando se levanten las sanciones. Estarán en los mismos hoteles, buscando los mismos contratos, con el próximo régimen.”⁵⁰

A veces, este desdén por Europa se vuelve hostilidad lisa y llana, como lo evocó vívidamente Anatol Lieven, un periodista británico vinculado con la derecha republicana, inmediatamente después del 11 de septiembre:

“Poco después de que asumió poder el gobierno de Bush en enero, fui a almorzar en un lujoso restaurant de Nueva York con un grupo de jefes de redacción y periodistas de un influyente diario de derecha. Los platos y el vino eran sumamente caros, el decorado lujoso pero discreto, la clientela muy bien vestida y buena parte de la conversación alcanzaba un grado de demencia más que mediano. Con respecto a la mayor parte del mundo fuera de Estados Unidos, la actitud de mis anfitriones era una combinación de repugnancia, desprecio, desconfianza y miedo: no sólo hacia los árabes, rusos, chinos, franceses y otros, sino hacia los ‘gobiernos socialistas europeos’, cualquiera que fuese el significado de esa expresión. Esto iba acompañado

⁴⁹ Citado en Fitzgerald, “George Bush”, pág. 84.

⁵⁰ “Saddam’s Ultimate Solution/Richard Perle Interview”.

de un fuerte deseo –al menos teórico– de lanzar acciones militares contra una amplia gama de países del mundo.”⁵¹

Según Lieven, un importante político republicano preguntó: “¿Quién dice que tenemos valores comunes con los europeos? Ni siquiera van a la iglesia.” Robert Kagan, colega de Lieven en el instituto conservador de investigaciones Carnegie Endowment for International Peace, ha desarrollado un análisis un tanto más sutil, según el cual la tendencia norteamericana hacia el unilateralismo y la posición firme de los europeos a favor del multilateralismo derivan de la “brecha de poder” entre los dos bandos:

“El problema transatlántico actual no es un problema de George Bush, sino un problema de poder. El poderío militar norteamericano ha generado una inclinación a utilizar esa fuerza. La debilidad de Europa ha generado un rechazo perfectamente comprensible hacia el ejercicio del poder militar. Por el contrario, ha dado lugar a un fuerte interés europeo por habitar un mundo donde la fuerza no importa, donde predominan el derecho y las instituciones internacionales, donde está vedada la acción unilateral por parte de sectores poderosos, donde todas las naciones independientemente de su fuerza gozan de igualdad de derechos y están bajo la protección igualitaria de normas internacionales de conducta acordadas en común. Los europeos están profundamente interesados en devaluar y finalmente erradicar las leyes brutales de un anárquico mundo hobbesiano* donde el poder es el determinante de última instancia de la seguridad y prosperidad nacionales.”⁵²

Kagan sostiene que estas consecuencias de las diferencias de poder material entre Estados Unidos y Europa se vieron reforzadas por el desarrollo, a través de la integración europea, de instituciones multilaterales que alientan la conciliación de los intereses nacionales. Pero Europa pudo dominar las rivalidades interestatales por hallarse bajo el paraguas militar norteamericano:

“Gracias a la seguridad que le da Estados Unidos, el gobierno supranacional europeo no tiene necesidad de brindarla... La situación actual abunda en ironías. El rechazo de la política del poder por los europeos y su desdén por la fuerza militar como herramienta de las relaciones internacionales dependen de la presencia de las fuerzas armadas norteamericanas en tie-

⁵¹ A. Lieven, “After the Attacks: America’s New Cold War”, *Guardian*, 28 de septiembre 2001.

* Thomas Hobbes (1588-1679): filósofo inglés que en *Leviathan* (1651) sostuvo la necesidad de un Estado con poderes ilimitados que mediante métodos de terror mantuviera el orden entre los hombres, que por su propia naturaleza tienden a vivir en guerra unos contra otros.

⁵² R. Kagan, (2002) “Power y Weakness”, www.ceip.org.

rra europea. El nuevo orden kantiano* de Europa sólo pudo florecer bajo el paraguas del poder norteamericano ejercido según las reglas del antiguo orden hobbesiano. Gracias al poder norteamericano, los europeos pudieron creer que el poder dejaba de ser importante”.⁵³

Sobre la base de esta tesis, Kagan critica la idea, expuesta por Francis Fukuyama y sus discípulos, como el diplomático británico Robert Cooper, de que con “el fin de la historia” el capitalismo avanzado ha entrado en una era “posmoderna, poshistórica”, en la cual la guerra es obsoleta dentro de este bloque, aunque la amenaza aún existe en las regiones “modernas” o aún “premodernas” del mundo.⁵⁴ Tal vez Europa pudo trascender la historia, sostiene Kagan, pero “aunque Estados Unidos ha cumplido la función clave de introducir a Europa en el paraíso kantiano, y todavía cumple un papel al hacer posible ese paraíso, él mismo no puede ingresar en él. Mantiene la guardia en las murallas, pero no se le permite atravesar los portones. A pesar de su vasto poderío, Estados Unidos sigue atrapado en la historia, debe hacerse cargo de los Saddam y los ayatolas, los Kim Jong Il y los Jiang Zemin, mientras otros recogen los beneficios.”⁵⁵

Esta imagen que tienen los estadounidenses de sí mismos como centinelas abnegados mientras los europeos corretean despreocupados por el paraíso posmoderno naturalmente genera encono. Algunas de las tensiones subyacentes afloraron en septiembre del 2002 cuando el canciller alemán Gerhard Schroeder, en peligro de perder las elecciones federales, orientó al Partido Socialdemócrata hacia una firme oposición a un ataque norteamericano a Irak. Cuando la ministra de Justicia alemana comparó a Bush con Hitler, Condoleezza Rice dijo que “se ha creado una atmósfera envenenada”.⁵⁶ Mientras Schroeder festejaba en Berlín su victoria por margen estrecho, Donald Rumsfeld repetía la protesta en una reunión de la OTAN en Varsovia. Richard Perle fue más allá al declarar que lo mejor que podía hacer Schroeder para restaurar las relaciones germano-estadounidenses era renunciar.⁵⁷

* Immanuel Kant (1724-1804): filósofo alemán que en *La paz perpetua* (1795) teorizó un proyecto de sistema internacional europeo que erradicara las guerras.

⁵³ Ibidem. En el siglo XVIII, el gran filósofo alemán Immanuel Kant trató de definir las condiciones bajo las cuales una Europa desgarrada por la guerra podía alcanzar la “paz perpetua”.

⁵⁴ Véase, por ejemplo, R. Cooper, (2002) “Reordering the World”, www.fpc.org.uk.

⁵⁵ Kagan, “Power y Weakness”. Desde luego, no es verdad que la UE ha trascendido los antagonismos nacionales: véase en particular el clásico de Alan Milward, *The European Rescue of the Nation-State* (Londres, 1994).

⁵⁶ *Financial Times*, 21 de septiembre de 2002.

⁵⁷ “Schröder Should Quit to Heal Ties - US Adviser”, Reuters, 1 de octubre de, www.alertnet.org.

Imperialismo de libre mercado

Con esta visión histórico-mundial, el equipo de Bush está convencido de que se les ha abierto una oportunidad para usar la supremacía militar y así consolidar la posición del capitalismo norteamericano a largo plazo. El 11 de septiembre y la “guerra contra el terrorismo” han creado la oportunidad para esta campaña, pero Estados Unidos busca peces mucho más gordos que el esquivo bin Laden y su red Al-Qaeda. Un pasaje clave de *La estrategia de seguridad nacional* del gobierno de Bush advierte: “Estamos atentos a la posible renovación de los antiguos patrones de competencia entre las grandes potencias. Varios aspirantes a grandes potencias están en período de transición interna, en particular Rusia, la India y China.”

Aunque repite que estas potencias comparten ciertos intereses y valores con Estados Unidos, el documento apunta concretamente a Pekín: “Un cuarto de siglo después de empezar a despojarse de los peores rasgos del legado comunista, los gobernantes chinos todavía no han pasado a la serie siguiente de decisiones fundamentales sobre el carácter del Estado. En su búsqueda de recursos militares avanzados capaces de amenazar a sus vecinos de la región del Pacífico asiático, China sigue un camino anticuado que en definitiva impedirá la búsqueda de su grandeza nacional. Con el tiempo, China descubrirá que la libertad social y política es la única fuente de esa grandeza.”⁵⁸

Dicho de otra manera, el consenso entre las grandes potencias al que aspiran Bush y sus asesores debe estar basado en las condiciones impuestas por Estados Unidos. Esto es así en la esfera militar. El Tío Sam es el único autorizado a desarrollar “recursos militares avanzados”. Según la comisión de estrategia para la defensa de la derecha republicana: “En última instancia, la magnitud y el carácter de nuestras fuerzas nucleares no debe obedecer a la paridad numérica con los recursos rusos sino al mantenimiento de la superioridad estratégica norteamericana, y con esa superioridad, la capacidad de disuadir posibles coaliciones hostiles de potencias nucleares. No hay motivos por avergonzarse de la superioridad nuclear de Estados Unidos, que antes bien, será un factor esencial para conservar la supremacía norteamericana en un mundo complejo y caótico.”⁵⁹

A la luz de semejantes declaraciones, no es casual que Rusia y China teman que la denuncia del Tratado sobre Misiles Balísticos (ABM) y la construcción de un Sistema Nacional de Defensa Misilística por el gobierno de

⁵⁸ *National Security Strategy*, págs. 26, 27.

⁵⁹ *Project for an American Century, Rebuilding America's Defenses*, pág. 8.

Bush tengan por objeto otorgar a Estados Unidos la capacidad de dar el primer golpe nuclear, con el fin de perpetuar la supremacía norteamericana.

En octubre del 2002, Paul Wolfowitz se jactó de los “progresos veloces” en el desarrollo de la Defensa Misilística Nacional: “Por fin, Estados Unidos está en libertad de desarrollar las defensas misilísticas sin las limitaciones artificiales de un anticuado tratado de hace 30 años con un país que ya no existe.”⁶⁰ El *Estudio sobre posición nuclear* del gobierno, divulgado a principios del mismo año, nombraba a Rusia, China, Corea del Norte, Irán, Irak, Siria y Libia como adversarios nucleares en potencia y proponía la integración de las armas nucleares con las convencionales: por ejemplo, el agregado de ojivas nucleares a los misiles antibúker diseñados para matar a gobernantes enemigos como Saddam Hussein.⁶¹

Al mismo tiempo, la guerra contra el terrorismo brindaba a Estados Unidos la oportunidad de instalar una serie de bases militares en el Asia Central —una región que le estuvo vedada durante la Guerra Fría— y regresar a Filipinas, donde había clausurado sus bases a principios de los 90.⁶² La *estrategia de seguridad nacional* destaca que éste no es un proceso del momento: “Para afrontar la incertidumbre y los muchos desafíos de seguridad, Estados Unidos necesitará bases y destacamentos dentro y más allá de Europa Occidental y el Noreste Asiático, así como dispositivos de acceso temporal para el despliegue de sus fuerzas a larga distancia.”⁶³ Nadie puede reprochar a los gobernantes chinos por ver en estas medidas la primera etapa de una estrategia destinada a cercarlos.

Con todo, es importante advertir que la estrategia general del gobierno de Bush no apunta solamente a mantener la preeminencia geopolítica global de Estados Unidos sino también a imponer el modelo angloamericano del capitalismo de libre mercado en el mundo. El prólogo de Bush a *La estrategia de seguridad nacional* afirma desde el principio: “Las grandes contiendas del siglo XX entre la libertad y el totalitarismo culminaron en una victoria decisiva para las fuerzas de la libertad, y dejaron un único modelo sustentable para el éxito nacional: libertad, democracia y libre empresa.” A continuación, Bush afirma su intención de “crear un nuevo equilibrio de poder que favorece la libertad humana; condiciones en las que todas las na-

⁶⁰ *Financial Times*, 25 de octubre de 2002.

⁶¹ W.M. Arkin, “Secret Plan Outlines the Unthinkable”, *Los Angeles Times*, 10 de marzo de 2002.

⁶² Véase, por ejemplo, el editorial, “From Suez to the Pacific: US Expands its Presence across the Globe”, *Guardian*, 8 de marzo de 2002.

⁶³ *National Security Strategy*, pág. 29.

ciones y sociedades puedan escoger para sí mismas las gratificaciones y los desafíos de la libertad política y económica.” Un capítulo entero del documento esboza las políticas neoliberales que “pondrán en marcha una nueva era de crecimiento global por medio de los mercados libres y el libre comercio” El documento advierte: “La estrategia de seguridad nacional de EE.UU. se basará en un internacionalismo particularmente estadounidense que refleja la unión de nuestros valores y nuestro éxito nacional.” Es en verdad un internacionalismo muy particular el que concede a los pueblos la libertad de optar por el “único modelo sustentable para el éxito nacional”: el capitalismo liberal al estilo norteamericano. Se podrá evitar una nueva era de competencia entre grandes potencias siempre y cuando los posibles desafiantes como Rusia y China adopten los “valores comunes”, es decir, claro está, los valores capitalistas liberales norteamericanos.⁶⁴

El economista Robert Wade, liberal de izquierda, ha trazado un retrato notable de la estructura de la economía mundial desde el derrumbe del sistema de Bretton Woods a principios de los 70, y en qué medida esto ha favorecido los intereses del imperialismo norteamericano:

“Supongamos que tú eres un emperador romano moderno, cabeza del país más poderoso de un mundo de Estados soberanos y mercados internacionales. ¿Qué clase de economía política internacional crearás para que, sin necesidad de matonear demasiado, las fuerzas normales del mercado sustenten la preeminencia económica de tu país, permitan a tus ciudadanos consumir mucho más de lo que producen y mantengan a raya a los competidores?

“Quieres autonomía para determinar tu tasa de cambio y política monetaria propias, y a la vez obligar a los demás países a depender de tu apoyo para manejar sus economías. Quieres la capacidad de provocar volatilidad y crisis económicas en el resto del mundo con el fin de obstaculizar el crecimiento de los centros que podrían desafiar tu preeminencia. Quieres que los exportadores del resto del mundo compitan intensamente entre ellos para darte un flujo de importaciones a precios constantemente decrecientes con respecto al precio de tus exportaciones...

“¿Qué rasgos permanentes introduces en la economía política internacional? Primero, la libre movilidad del capital. Segundo, el libre comercio (exceptuando las importaciones que amenazan las industrias nacionales cuyo destino puede afectar tu reelección). Tercero, inversiones internacionales libres de normas discriminatorias que favorezcan a las empresas nacio-

⁶⁴ *Ibidem.*, págs. iv, 17, 1.

nales por medio de la protección, las compras públicas, la propiedad estatal u otros recursos, destacando en particular la libertad de tus empresas para buscar clientela entre las elites nacionales para la administración de sus bienes financieros, educación privada, salud, pensiones y cosas afines. Cuarto, tu moneda como principal moneda de reserva. Quinto, nada de limitaciones a tu capacidad para crear tu moneda a voluntad (por ejemplo, un vínculo dólar-oro) para que puedas financiar déficits comerciales ilimitados con el resto del mundo. Sexto, préstamos internacionales a tasas de interés variables nominados en tu moneda, lo cual significa que los países prestatarios en crisis tienen que pagarte más cuando tu capacidad es menor. Esta combinación te permite consumir mucho más de lo que ellos producen (y provoca inestabilidad y crisis financieras periódicas en el resto del mundo). Para supervisar el marco internacional, quieres organizaciones internacionales que aparentan ser cooperativas de Estados miembros y aportan la legitimidad del multilateralismo, pero son financiadas de manera que las puedas controlar.”⁶⁵

Esta es una descripción de lo que Peter Gowan llama el Régimen Dólar-Wall Street (RDWS) mediante el cual los gobiernos desde Nixon en adelante han tratado de organizar los mercados financieros globales durante los últimos treinta años.⁶⁶

Se exagera su peso en tres sentidos. En primer lugar, Gowan en particular da una explicación demasiado conspirativa del desarrollo del RDWS. La casualidad (por ejemplo, el éxito en modo alguno previsible del plan de privatizaciones de Thatcher) y las innovaciones de los actores financieros cumplieron un papel importante en esta historia. Además, como señala con razón Robert Brenner, el dólar sin respaldo oro como centro del sistema financiero internacional no siempre ha sido ventajoso para el capitalismo norteamericano. El Acuerdo del Plaza de septiembre de 1985 entre los principales Estados capitalistas provocó una caída del dólar que resultó crucial para la recuperación de la competitividad internacional de EE.UU. Pero lo que Brenner llama “el Acuerdo del Plaza inverso”, diez años después, cuando el gobierno de Clinton adoptó una política de dólar fuerte para reanimar la deprimida economía japonesa, sentó las bases para la crisis de rentabilidad del sector manufacturero norteamericano de fines de los 90.⁶⁷

⁶⁵ R.H. Wade, “The American Empire”, *Guardian*, 5 de enero de 2002.

⁶⁶ P. Gowan, *The Global Gamble* (Londres, 1999).

⁶⁷ Brenner, *The Boom and the Bubble*, caps. 2 y 4. También me resultó útil una conferencia de Bob Brenner en la librería Bookmarks de Londres el 29 de octubre de 2001.

En segundo lugar, las instituciones dominadas por Estados Unidos que rigen el RDWS –lo que Wade llama el complejo Secretaría del Tesoro de EE.UU.-FMI-Wall Street– en cierta medida proporcionan “bienes públicos” que favorecen a todas las economías capitalistas desarrolladas, no sólo la norteamericana: así, multinacionales europeas como Suez han sido las más beneficiadas por la privatización del agua en el norte y el sur, exigida por el acuerdo neoliberal llamado Consenso de Washington.

Tercero, esto indica que el capitalismo europeo y japonés, aunque son actores geopolíticos relativamente marginales, al mismo tiempo son actores económicos protagónicos, cuyos intereses y reclamos Washington y Wall Street no pueden simplemente pasar por alto.

Disipada la euforia que rodeó el boom norteamericano de fines de los 90, y al salir a la luz sus componentes de especulación y de fraude liso y llano, los elogios a la “Nueva Economía” norteamericana –cuyo rendimiento, al decir de Alan Greenspan, presidente de la Junta de Reserva Nacional, le permitía “trascender la historia”– se han desinflado junto con la burbuja de Wall Street. Brenner destaca que el crecimiento de la productividad norteamericana durante el boom “no fue decisivamente superior al de sus principales competidores. Mientras entre 1993 y el 2000 la productividad del trabajo manufacturero aumentó a una tasa anual del 5,1 %, las de Alemania Occidental y Francia crecieron a tasas del 4,8 % (hasta 1998) y 4,9 % respectivamente.”⁶⁸

Richard Layard extiende esta comparación a las economías en su conjunto: “En los últimos diez años, la producción por hora ha crecido más rápidamente en los países de la eurozona que en Estados Unidos, y en Francia y Alemania es ahora tan alta como en aquél. En términos per cápita, la producción ha crecido tan rápidamente en la eurozona como en Estados Unidos, en los últimos diez años y en los últimos tres.”⁶⁹ Según el FMI, ¡en el 2001 no sólo Alemania y Francia sino incluso Italia superaban a Estados Unidos en producción por hora!⁷⁰

La enorme ventaja militar de Estados Unidos sobre las demás potencias no debe ocultar el hecho de que la competencia económica, en particular

⁶⁸ Ibidem., pág. 222.

⁶⁹ R. Layard, “Britain Will Pay the Price of Exclusion”, *Financial Times*, 15 de octubre de 2002. La diferencia entre las dos medidas es importante porque los trabajadores en EE.UU. y Gran Bretaña trabajan muchas más horas que en Europa Continental, de manera que la productividad per cápita mejora la apariencia del rendimiento económico de algunos países y la de productividad por hora la de otros.

⁷⁰ M. Wolf, “Berlin’s Turn to Suffer a Trap of its Own Invention”, *Financial Times*, 23 de octubre de 2002.

con la UE, está mucho más equilibrada.⁷¹ Esto implica que la supremacía norteamericana actual depende de un conjunto de circunstancias altamente contingente y transitorio. Precisamente por ello, los gobiernos norteamericanos han debido librar una batalla feroz para mantener su hegemonía —antes sobre el capitalismo occidental, ahora en escala global— durante la generación pasada. El gobierno de Bush aprovecha la coyuntura actual para inclinar la balanza aun más a favor del capitalismo norteamericano. Pero, parafraseando el título del libro de Gowan, esto es un riesgo, y no hay una salida garantizada.

“Cambio de régimen” y política petrolera

Con todo, la prioridad inmediata para el equipo de Bush no es enfrentarse a los grandes rivales de Estados Unidos sino derrocar a Saddam Hussein por la fuerza. Este proyecto cumplirá dos funciones principales. Primero, una guerra victoriosa contra Irak serviría *pour encourager les autres*: si la fuerza abrumadora norteamericana es capaz de derrocar al dictador recalcitrante de una potencia menor del Oriente Medio, los que pretendan competir con Washington en pie de igualdad harán bien en tener cuidado con lo que hacen. Segundo, el derrocamiento de Saddam cumpliría una función concreta en el plan ambicioso de por lo menos algunos miembros de la derecha republicana, de reorganizar el Oriente Medio en su totalidad.

“Lo que la gente no termina de comprender aquí es que después de Irak tienen una larga lista de países que quieren reventar”, dice el especialista en defensa John Pike acerca de Richard Perle y sus congéneres. “Irak no es el capítulo final sino el inicial.”⁷² Uno de los primeros en la lista de blancos es Arabia Saudita. En julio del 2002, Perle provocó una conmoción cuando presentó ante la Junta de Política de la Defensa a Laurent Murawiec, analista de la Rand Corporation y antiguo seguidor de Lyndon LaRouche, el notorio teórico conspirativista que se desplazó sin esfuerzo de la extrema izquierda a la extrema derecha de la política norteamericana. El organismo asesor escuchó con estupor a Murawiec cuando dijo que Arabia Saudita era el “meollo del mal” y que “debe ser incluida entre ‘nuestros enemigos’, y en

⁷¹ Las tensiones económicas entre EE.UU. y Japón son una realidad, pero hasta ahora han sido refrenadas sobre todo por el vínculo de la interdependencia financiera mediante el cual empresas y bancos japoneses tienen activos enormes en dólares, lo cual permite simultáneamente mantener baja la tasa de cambio del yen (y con ello los precios de las exportaciones japonesas) y ayuda a EE.UU. a manejar un enorme déficit de la balanza de pagos con el resto del mundo: véase R.T. Murphy, “Japan’s Economic Crisis”, *New Left Review*, (11) 1 (2000).

⁷² Boehlert, “Armchair General”.

caso de necesidad, Estados Unidos debe amenazar a las dos ciudades más sagradas del Islam, La Meca y Medina, que se encuentran en Arabia Saudita.”⁷³

En medio del alboroto, Rumsfeld y Perle se apresuraron a tomar distancia de estos desvaríos. Pero las ideas de Murawiec tienen algunos partidarios en la derecha republicana.

Según Michael Leeden, del instituto de investigaciones políticas American Enterprise Institute, “la red terrorista –de Al-Qaeda a Jizbolá, de Yihad Islámica a Hamás y diversos grupos de la Organización de Liberación de Palestina– es tan poderosa debido al apoyo que le brindan cuatro regímenes déspotas, que yo llamo los ‘dueños del terror’: Irán, Irak, Siria y Arabia Saudita.” Leeden no llega a proponer que Estados Unidos vaya a la guerra contra Arabia Saudita. Sostiene que el primer blanco de Washington debe ser Irán, que “creó, entrenó, protegió, financió y apoyó al grupo terrorista más mortífero del mundo, Jizbolá”; lo que viene a significar que matar soldados israelíes es un crimen más odioso que masacrar civiles norteamericanos.⁷⁴ Sin embargo, que un aliado crucial de Estados Unidos en el mundo árabe desde los años 40 pase bruscamente a integrar la lista washingtoniana de los Estados más facinerosos es un trastrocamiento asombroso.

Tres factores intervienen en este cambio. El primero es el 11 de septiembre. El gobierno mismo trató de pasar por alto las raíces de bin Laden en la clase dominante saudita, así como el origen saudita de la mayoría de los que perpetraron el atentado, pero muchos en la derecha republicana exigen abiertamente una rendición de cuentas: “Los saudíes están activos en cada nivel de la cadena del terror, desde el planificador hasta el proveedor de fondos, desde el oficial hasta el soldado raso, desde el ideólogo hasta el que aplaude desde la tribuna”, dijo Murawiec a la Junta.⁷⁵

Los parientes de las víctimas han entablado juicios por un billón de dólares contra varias instituciones saudíes y tres miembros de la familia real por financiar el terrorismo. Un análisis más honesto hubiera apuntado el dedo al gobierno de Estados Unidos –al de Reagan en particular– por su estrecha alianza con Arabia Saudita al financiar, entrenar y armar a las guerrillas islámicas que combatieron en Afganistán durante la última etapa de la Guerra Fría. Pero en el prisma deformante de la visión mundial republicana-

⁷³ *Financial Times*, 21 de agosto de 2002, y Boehlert, “Armchair General”.

⁷⁴ M. Leeden, “The Real Foe is Middle East Tyranny”, *Financial Times*, 24 de septiembre de 2002. Conrad Burns, un parlamentario republicano, argumentó a favor de una asociación con Rusia como fuente alternativa de petróleo: “America Must Wean Itself Off Saudi Oil”, *ibídem.*, 11 de octubre de 2002.

⁷⁵ *Financial Times*, 22 de agosto de 2002.

na de derecha, el 11 de septiembre ayudó a introducir a Arabia Saudita en el eje del mal.

Segundo, en una medida mucho mayor que generaciones anteriores de conservadores norteamericanos, muchos derechistas contemporáneos apoyan incondicionalmente el Estado de Israel. Por ejemplo, Perle es un director del *Jerusalem Post* y trató de usar su influencia en Israel en un intento torpe por sabotear las conversaciones de Camp David del 2000. El apoyo a Israel refuerza la aprensión de la derecha republicana frente a Irak, al que Israel considera una amenaza mayor desde hace mucho tiempo. Como señaló Perle en 1996, derrocar a Saddam es “un importante objetivo estratégico israelí por derecho propio”.⁷⁶

Los derechistas republicanos (entre ellos los cristianos fundamentalistas que consideran a Palestina la tierra que Dios dio a los judíos en el Antiguo Testamento) tienden a coincidir con dirigentes del Likud como Ariel Sharon y Binyamin Netanyahu en su hostilidad hacia el proceso de paz en el Oriente Medio. Por eso detestan a los Estados árabes conservadores como Arabia Saudita y Egipto, que presionan a Washington para que obligue a Israel a regresar a la mesa de negociaciones. Según Anatol Lieven, “Murawiec era partidario de enviar un ultimátum a los saudíes para exigir no sólo que su policía coopere plenamente con las autoridades norteamericanas, sino también que supriman las críticas públicas a Israel y Estados Unidos dentro del país, algo imposible para cualquier Estado árabe.”⁷⁷

En lugar de negociar con los palestinos, la derecha aboga por una reestructuración del mundo árabe por la fuerza. En medio de la crisis de Jenín en mayo del 2002, William Kristol y Robert Kagan sostuvieron que Bush no debía “sumergirse en el proceso de paz” hasta el punto de olvidar “el camino que conduce a la verdadera paz y seguridad: el camino que atraviesa Bagdad”.⁷⁸ Derrocar a Saddam sería el comienzo de un proceso de “reducción” —como las contrarrevoluciones manejadas por Estados Unidos en Centroamérica y el derrumbe del estalinismo en Europa Oriental en los 80— que extendería la democracia liberal por el mundo árabe. Según el *Wall Street Journal*, “liberar a Irak de Saddam y auspiciar la democracia no sólo eliminaría una gran amenaza militar de la región. Al mismo tiempo, enviaría un mensaje al mundo árabe de que la autodeterminación como parte del

⁷⁶ Citado en Boehlert, “The Armchair General”.

⁷⁷ Lieven, “The Push to War”, pág. 8.

⁷⁸ W. Kristol y R. Kagan, “Remember the Bush Doctrine”, *Weekly Standard*, 15 de abril de 2002.

mundo moderno es posible.” Si esta conmoción democrática llegase a reemplazar la dinastía Saudita por un gobierno antinorteamericano, esto “obligaría a tomar una decisión sobre la ocupación de los campos petroleros saudíes, lo cual sería el fin de la OPEP.”⁷⁹

Condoleezza Rice ha dicho que Washington puede usar su poder militar para extender las fronteras del capitalismo liberal: “Si el derrumbe de la Unión Soviética y el 11 de septiembre son los extremos de un gran cambio en la política internacional, este período presenta no sólo grandes peligros sino también oportunidades enormes... Es un período similar al de 1945 a 1947, cuando la primacía norteamericana amplió el número de Estados democráticos –Japón y Alemania entre las grandes potencias– para crear un nuevo equilibrio de poder que favoreció la libertad.”⁸⁰

La realidad subyacente tras estas fantasías triunfalistas de imponer la democracia liberal en el Oriente Medio radica en el tercer factor, el más decisivo en el pensamiento de la derecha republicana con respecto a la región: el petróleo. El hecho de que Arabia Saudita contiene los yacimientos de petróleo más grandes del mundo es lo que ha unido a las clases dominantes norteamericana y saudí desde la Segunda Guerra Mundial. El gobierno de Bush, estrechamente vinculado con las empresas de combustibles fósiles –Mike Davis lo llama el comité ejecutivo del Instituto Norteamericano del Petróleo– está obsesionado por el acceso a largo plazo a las reservas de combustibles.⁸¹ En mayo del 2001, Washington divulgó el *Plan nacional de energía*, redactado (con ayuda de la Enron) por un equipo encabezado por Dick Cheney.

Acerca de este *Plan* Michael Klare escribe: “En esencia, el informe Cheney establece tres cuestiones principales:

- “• Estados Unidos debe importar una parte creciente de su demanda de petróleo. (En la actualidad, Estados Unidos importa unos 10 millones de barriles diarios, que representan el 53% de su consumo total; para el 2020, la importación diaria sumará casi 17 millones de barriles, el 65% del consumo.)
- “• Estados Unidos no puede depender exclusivamente de las fuentes tradicionales de oferta como Arabia Saudita, Venezuela y Canadá para obtener el petróleo adicional. Deberá obtener una provisión adi-

⁷⁹ Citado en J. Lobe, “A Right-wing Blueprint for the Middle East”, 4 de abril de 2002, www.alternet.org.

⁸⁰ “Remarks by National Security Advisor Condoleezza Rice on Terrorism and Foreign Policy”, 29 de abril de 2002, www.whitehouse.gov.

⁸¹ Discurso en *Marxism 2002*, Londres, julio de 2002.

cional de nuevas fuentes como los Estados del Caspio, Rusia y África.

- “• Estados Unidos no puede confiar exclusivamente en las fuerzas del mercado para acceder a esta provisión adicional, sino que se necesitará un esfuerzo significativo de parte de las autoridades del gobierno para superar la resistencia a la extensión hacia el exterior de las empresas norteamericanas de combustibles.

“De acuerdo con estos tres principios, el plan Cheney pide al gobierno de Bush que apruebe una amplia gama de iniciativas destinadas a incrementar la importación del petróleo desde fuentes de ultramar. En particular, pide al presidente y a los secretarios de Estado, Energía y Comercio que colaboren con los gobiernos del Asia Central y Azerbaijón para incrementar la producción en la región del Caspio y construir oleoductos hacia Occidente. Pide a los funcionarios norteamericanos que convenzan a sus homólogos en África, el Golfo Pérsico y Latinoamérica a que abran sus industrias petroleras a la participación de las grandes empresas norteamericanas y envíen más petróleo a Estados Unidos.

“Al abogar por estas medidas, el equipo Cheney es consciente de que los esfuerzos norteamericanos por acceder a cantidades crecientes de petróleo extranjero podrían suscitar resistencia en algunas regiones productoras. El informe destaca que para el 2020, Estados Unidos ‘importará casi dos de cada tres barriles de petróleo [que consume], una condición de dependencia creciente de potencias extranjeras no siempre dispuestas a favorecer los intereses norteamericanos’.”⁸²

Lo que Klare llama la “estrategia de adquisición global de petróleo” permite explicar muchas acciones del gobierno de Bush: planes para el gran incremento de las importaciones de petróleo ruso, instalación de bases militares en la región del Caspio, apoyo oficial al fracasado golpe de derecha venezolano en abril, la ofensiva militar del gobierno colombiano con respaldo estadounidense. Pero también pone de relieve la importancia estratégica de los Estados petroleros del Oriente Medio. Como se ha visto, la relación entre Estados Unidos y Arabia Saudita se deteriora, y por ambas partes. En agosto del 2002, el *Financial Times* informó que “saudíes enfadados” retiraron últimamente hasta 200.000 millones de dólares de Estados Unidos, lo que ayudó a debilitar el dólar. Se citaron entre otros motivos el apoyo norteamericano a Israel y el reclamo por parte de analistas de derecha de que se congelasen los bienes saudíes en Estados Unidos. “Desde Riad, incluso

⁸² M.T. Klare, “Bush’s Master Oil Plan”, 23 de abril de 2002, www.alternet.org.

en la prensa cercana al gobierno, se reclama una revisión de la relación estratégica con Estados Unidos. En la elite saudita también se discute, de manera menos pública, si no conviene poner el precio del petróleo en euros, en lugar de dólares, para castigar a Estados Unidos.”⁸³

Arabia Saudita ha cumplido un papel crucial en la OPEP al usar sus enormes reservas para convencer a los demás miembros del cartel que mantengan niveles de producción y precios capaces de mantener un flujo constante de ingresos, pero sin afectar demasiado las ganancias de las empresas occidentales ni alentar las inversiones en regiones productoras menos eficientes no controladas por OPEP. Pero aunque la familia real saudita siga en este rumbo, su petróleo no es suficiente para abastecer el capitalismo norteamericano. Irak es el número dos del mundo en cuanto a reservas. Un gobierno post-Saddam impuesto y mantenido en el poder por las armas norteamericanas sería, en el mejor de los casos, una criatura débil, como el régimen títere de Karzai en Afganistán; incluso existen señales de que Washington piensa instalar su propio gobierno militar para gobernar Irak durante una prolongada “transición democrática” según el modelo de la ocupación de Alemania y Japón en la posguerra.⁸⁴

Algunos especialistas en petróleo creen que Irak, dominado por Estados Unidos, se retiraría de la OPEP. En el peor de los casos, aumentaría su producción, frenada desde 1991 por la falta de inversiones y el embargo de la ONU, lo cual bajaría los precios del petróleo. *The Economist* comenta estas hipótesis:

“¿Habrá una inundación de petróleo iraquí? Es posible. Cualquier futuro gobierno en Irak, que necesitará dinero en enormes cantidades para reconstruir el país, tratará de ampliar el sector petrolero con la mayor rapidez. Por lo menos algunos directivos petroleros piensan que esta bonanza podría atraer muchas inversiones extranjeras a la producción petrolera iraquí. Aunque el nuevo gobierno no rompiera sus lazos con la OPEP, como preferiría Estados Unidos, probablemente pediría –teniendo en cuenta los años de supervisión de sus exportaciones petroleras por la ONU– una prolongada exención de las cuotas. ¿OPEP, QEPD?

“Pues bien, parecería que al noquear al señor Hussein matarían dos pájaros de un tiro: sería el fin de un dictador peligroso, y con él, el de un car-

⁸³ R. Khalaf, “A Troubled Friendship”, *Financial Times*, 22 de agosto de 2002.

⁸⁴ D.E. Sanger y E. Scapmitt, “US Has a Plan to Occupy Iraq, Officials Report”, *New York Times*, 11 de octubre de 2002.

⁸⁵ “Don’t Mention the O-Word - Iraq’s Oil”, *The Economist*, 14 de septiembre de 2002.

tel que durante años ha manipulado precios, manejado embargos y perjudicado a los consumidores de diversas maneras.”⁸⁵

The Economist sostiene que diversos obstáculos se interponen en el camino de este desenlace: Arabia Saudita podría negarse a cumplir su papel habitual de productor de última instancia y no incrementar la producción para evitar que los precios del petróleo se vayan a las nubes en caso de una guerra en el Oriente Medio; la infraestructura petrolera iraquí está tan deteriorada que se necesitarán años y grandes inyecciones de inversión extranjera para lograr un aumento notable de la producción, y así sucesivamente. Pero aun con estas salvedades, es evidente que uno de los grandes factores en juego en una guerra con Irak sería que Estados Unidos pasaría a controlar las segundas reservas petroleras del mundo. Esto no sólo aliviaría sus preocupaciones acerca del acceso a largo plazo a los combustibles, sino que aumentaría el poder de Washington sobre aliados y rivales como Alemania y Japón, aun más dependientes del petróleo importado que Estados Unidos. Una vez más, se advierte cómo los factores económicos y geopolíticos están indisolublemente ligados en la estrategia general del imperialismo norteamericano.

Bush I contra Bush II: el debate en el seno de la clase dominante

La Doctrina Bush y los planes del gobierno para atacar a Irak han provocado una polémica notablemente pública e intensa en la cima de la clase dominante norteamericana. Lo más notable es el enfrentamiento entre el primer gobierno Bush y el segundo.

En agosto del 2002, James Baker y Lawrence Eagleburger, secretarios de Estado sucesivos bajo Bush padre, se opusieron públicamente a una acción unilateral de Estados Unidos contra Irak. A ellos se sumó Brent Scowcroft, asesor de seguridad nacional del primer Bush, quien resumió así el alegato de los críticos:

“Lo central es que cualquier campaña contra Irak, cualesquiera que sean la estrategia, el costo y los riesgos, seguramente nos desviarán por un plazo indeterminado de nuestra guerra contra el terrorismo. Peor aun, en el mundo existe consenso virtual contra un ataque a Irak en este momento. Mientras persista ese sentimiento, EE.UU. estaría obligado a actuar por cuenta propia, lo cual incrementaría las dificultades y costos de las operaciones militares...”

“Las consecuencias más funestas serían posiblemente las que afectarían la región de Medio Oriente. La opinión generalizada allá es que Irak es ante todo una obsesión norteamericana. En cambio, la obsesión regional es el

conflicto palestino-israelí. Si parece que estamos volviendo la espalda a ese conflicto enconado –cuando la región, con razón o sin ella, considera que está en nuestro poder resolverlo– para perseguir a Irak, habría una explosión de furia contra nosotros, pues estaríamos dando la espalda a un interés crucial del mundo musulmán, en aras de lo que se considera un interés mezquino norteamericano.

“Aun sin la participación israelí, los resultados bien podrían desestabilizar a los regímenes árabes de la región, lo cual, irónicamente, facilitaría uno de los objetivos de Saddam. Como mínimo, impediría la colaboración contra el terrorismo e incluso podría engrosar las filas de los terroristas.”⁸⁶

A estos críticos se sumaron figuras importantes del gobierno de Clinton como Madeleine Albright y Richard Holbrooke, así como veteranos de presidencias anteriores como Henry Kissinger y Zbigniew Brzezinski. Kissinger criticó la doctrina Bush ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado: “No puede ser favorable a los intereses nacionales norteamericanos ni a los del mundo desarrollar principios que otorguen a cada nación el derecho irrestricto de tomar medidas preventivas contra las amenazas a su seguridad nacional tal como ella misma las define.”⁸⁷ Al viejo criminal de guerra no le tembló el pulso para ordenar acciones preventivas durante su período en el gobierno: por ejemplo, cuando Estados Unidos invadió Camboya en mayo de 1970. Lo que él temía era el peligro de adoptar públicamente la doctrina de la acción preventiva, que lejos de intimidar a los rivales, podría alentarlos a seguir el ejemplo.

No obstante, el debate entre el gobierno de Bush y sus críticos tiende a referirse a las tácticas más que a los fines. Por ejemplo, Holbrooke apoyó el objetivo del “cambio de régimen” en Irak, pero sostuvo:

“El camino a Bagdad pasa por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. El gobierno de Bush debe reconocer esta verdad elemental si desea obtener el apoyo internacional que es esencial para el éxito en Irak. Para construir ese apoyo se necesita una nueva resolución del Consejo de Seguridad, que autorice el uso de la fuerza si Saddam Hussein se niega a per-

⁸⁶ B. Scowcroft, “Don’t Attack Saddam”, *Wall Street Journal*, 15 de agosto de 2002.

⁸⁷ *Financial Times*, 27 de septiembre de 2002. Destacados académicos “realistas” que conciben el sistema internacional como una anarquía impulsada por la lucha por el poder entre Estados, también dudan de las bondades de la estrategia oficial. John Mersheimer, por ejemplo, escribe: “La mejor manera de aplastar Al-Qaeda no es construir un imperio mundial basado principalmente en la fuerza militar sino que EE.UU. mantenga una presencia militar más discreta en el mundo y mejore su imagen en el mundo islámico”. “Hearts and Minds”, *The National Interest*, 69 (2002), pág. 16. Véase también K. M. Waltz, “The Continuity of International Politics”, en K. Booth y T. Dunne, *Worlds in Collision* (Londres, 2002).

mitir un régimen total de inspecciones de armas, es decir, de inspecciones sin aviso previo, en cualquier momento y lugar. Semejante resolución daría un pretexto legitimador vital para la acción a aquellas naciones (Turquía, Gran Bretaña) que quieren apoyar una ofensiva para derrocar a Saddam, a la vez que presionaría a aquellas que vacilan o se oponen, como Alemania, Francia y Arabia Saudita.”⁸⁸

Esto equivaldría en esencia a regresar a la estrategia del primer gobierno Bush en el prólogo a la Guerra del Golfo Pérsico de 1991: utilizar la autoridad de la ONU para legitimar el uso de la fuerza militar por Estados Unidos, o al decir de Robert Kagan, “el puño de hierro unilateralista en el guante de seda multilateralista”.⁸⁹ Scowcroft y Brzezinski presentaron argumentos muy similares.⁹⁰ En este caso, el gobierno se desplazó un poco en ese sentido con el discurso de Bush a la Asamblea General en el primer aniversario del 11 de septiembre. Pero Bush y sus asesores dejaron sentado que para ellos, una nueva resolución del Consejo de Seguridad era un preludio a la acción militar contra Saddam en lugar de una alternativa, como esperaban Francia y Rusia. Bush se mofó de la ONU al recordarle la suerte de la Liga de las Naciones, que fue incapaz de impedir el estallido de la Segunda Guerra Mundial, y advirtió: “Trabajaremos con el Consejo de Seguridad de la ONU para elaborar las resoluciones necesarias. Pero que nadie ponga en duda los propósitos de Estados Unidos. Se impondrán las resoluciones del Consejo de Seguridad... o la acción será inevitable, Y un régimen que ha perdido su legitimidad también perderá su poder.” La alternativa para la ONU era darle el sello de legitimidad a la guerra de Washington o sentarse a un lado a contemplar el ataque de Estados Unidos y Gran Bretaña a Irak.⁹¹

Las críticas de ese sector de la clase dominante se fundamentaban en un conocimiento de las realidades del poder en el Oriente Medio y en la escala global. La estrategia estadounidense en la región se ha valido de una serie de alianzas con Estados clave: por un lado, Israel, y por el otro, los regímenes árabes conservadores, sobre todo los de Egipto y Arabia Saudita. Israel es un aliado valioso; su aislamiento en la región y su enorme arsenal provisto por Estados Unidos lo convierten en un contrapeso fiable a cual-

⁸⁸ R. Holbrooke, “High Road to Baghdad”, *Guardian*, 29 de agosto de 2002.

⁸⁹ Kagan, “Multilateralism American Style”.

⁹⁰ Para las posiciones de Brzezinski, véase, por ejemplo, “Right and Wrong Ways to Wage a War”, *International Herald Tribune*, 19 de agosto de 2002.

⁹¹ “Remarks by the President in Address to the United Nations General Assembly, New York”, 12 de septiembre de 2002, www.whitehouse.gov. Discurso de Bush en la Asamblea General de la ONU. Véase el lúcido análisis de Anatol Lieven, “America Has Put The UN in a No-Win Situation”, *Guardian*, 13 de septiembre de 2002.

quier régimen indígena que intente desafiar los intereses norteamericanos. Pero, como señalaron los críticos, al depender exclusivamente de Israel los intereses norteamericanos quedarían peligrosamente expuestos a la hostilidad de las masas populares en la región. El primer gobierno Bush hizo grandes esfuerzos por mantener a Israel al margen de la guerra de 1991 (a pesar de la vigorosa oposición de Ariel Sharon), consciente de que la participación israelí socavaría la posición de sus aliados árabes en la coalición contra Saddam.⁹²

Esta concepción estratégica suele ser reforzada por los intereses materiales derivados de los vínculos económicos estrechos que aún mantienen unidas a las clases dominantes norteamericana y árabe. Bush padre y Baker son miembros del Grupo Carlyle, una furtiva empresa privada de inversiones con importante participación saudita. Quiso el destino que el Grupo Carlyle estuviera reunido en Manhattan el 11 de septiembre del 2001: así, pilares del *establishment* norteamericano y un hermanastro de Osama bin Laden contemplaron codo a codo el derrumbe de las Torres Gemelas en medio de las llamas y el polvo.

El imperialismo norteamericano no puede operar en escala global sin aliados. Con todo su poderío militar y económico, su posición geográfica lo sitúa a distancia de la masa terrestre eurasiática donde se concentran la mayor parte de la población y riqueza del mundo. Para proyectar su poder militar, Estados Unidos necesita aliados y clientes que le proporcionen bases en Europa y Asia. Las clases eurasiáticas capitalistas, incluso las más débiles, tienen recursos e intereses propios. Para asegurarse su cooperación, no basta la coerción, sino que se necesitan el soborno y la persuasión. Como señala en particular Brzezinski, la construcción de coaliciones es indispensable para mantener la dominación norteamericana del continente eurasiático.

El equipo de Bush no tiene paciencia para los compromisos y las demoras que requieren la construcción y el mantenimiento de las coaliciones necesarias. No los mueve el mero fervor, sino la convicción de que la supremacía actual de Estados Unidos les brinda una oportunidad singular para liquidar a rivales en potencia. Pero aunque pone más énfasis que sus antecesores en la acción unilateral y la coerción, el gobierno actual no puede sustraerse a las limitaciones del poder norteamericano. Así, cuando Sharon advirtió que Israel no accedería, como en la guerra de 1991, al pedido norteamericano de no tomar represalias ante un ataque iraquí, Rumsfeld

⁹² Shlaim, *The Iron Wall*, págs. 472-84.

intervino rápidamente para reclamar moderación a los israelíes en caso de una guerra contra Irak: “La no participación beneficiaría de manera abrumadora los intereses de Israel”, dijo el funcionario.⁹³ La misma derecha republicana tiene que sopesar los riesgos políticos que implica provocar la hostilidad del mundo árabe.

Conclusión

Sería excesivamente simplista calificar los planes del gobierno de EE.UU. de irracionales, como hizo el especialista en sociología histórica Immanuel Wallerstein al denunciar a Bush como “un geopolítico incompetente. Ha permitido que una camarilla de halcones lo induzca a tomar una posición sobre la invasión a Irak, de la cual no puede retractarse, que sólo tendrá consecuencias negativas para Estados Unidos, así como para el resto del mundo.”⁹⁴

Como he intentado demostrar, el plan del equipo de Bush se basa en una lectura acertada de las amenazas económicas y geopolíticas a largo plazo que enfrenta el capitalismo norteamericano, e implica la decisión de aprovechar el 11 de septiembre y la actual supremacía militar para modificar el actual equilibrio global de poder económico y político aun más a favor suyo. Si bien la estrategia contiene elementos irracionales –que surgen sobre todo de los lazos crecientes entre las derechas norteamericana e israelí–, de ahí no se desprende que todo el enfoque es una aventura al estilo del Doctor Insólito. Aunque sectores de la clase dominante la cuestionan, la estrategia representa una visión de cómo favorecer de la mejor manera posible los intereses globales del capitalismo norteamericano.

Con todo, es mucho lo que está en juego en la guerra inminente con Irak. En términos políticos estrechos, el fracaso –acaso incluso la decisión de retractarse de atacar a Irak– le quitaría a Bush la posibilidad de una segunda presidencia. Blair se ha jugado tanto en el apoyo a la guerra que una debacle militar podría significar su propia caída. En términos más amplios, dice Anatol Lieven: “La guerra con Irak forma... parte de lo que es en esencia una estrategia de emplear la fuerza militar norteamericana para descargar sobre el resto del mundo los costos ecológicos de la economía norteamericana existente, sin necesidad de exigir sacrificios a corto plazo al capitalismo, a la elite política ni al electorado norteamericanos.”⁹⁵ La estrategia

⁹³ *Financial Times*, 21 de septiembre de 2002.

⁹⁴ I. Wallerstein, “Iraq War: The Coming Disaster”, *Los Angeles Times*, 14 de abril de 2002.

⁹⁵ Lieven, “The Push to War”, pág. 8.

del gobierno de Bush sintetiza las razones que han atraído a millones al movimiento anticapitalista desde las protestas de noviembre de 1999 en Seattle: sobre todo, la expansión imperialista del sistema capitalista que amenaza con liquidar el planeta mediante la guerra y la destrucción del medio ambiente.

Pero, como hemos visto, este impulso belicista ha dividido a la clase dominante norteamericana y aislado a Estados Unidos de las demás principales potencias. Es una inversión asombrosa de la situación imperante luego de los atentados en Nueva York y Washington, cuando el diario parisino *Le Monde*, antiguo crítico de la política exterior norteamericana, proclamó: “Todos somos norteamericanos.” A nivel popular, el antinorteamericanismo en el mundo es más fuerte que antes del 11 de septiembre, siempre que no se lo entienda como odio hacia los norteamericanos comunes o su cultura, sino como oposición a las políticas globales del Estado y las grandes empresas. Incluso dentro de Estados Unidos, el unilateralismo de Bush tiene escaso apoyo popular. En una encuesta reciente de opinión pública, el 65 por ciento se declaró a favor de la guerra contra Irak sólo con la aprobación de la ONU y el apoyo de los aliados, y el 77 por ciento apoyó el fortalecimiento de la ONU. Sólo el 17 por ciento coincidió en que “como única superpotencia que queda, Estados Unidos debe seguir siendo el líder mundial preeminente en la solución de los problemas internacionales”.⁹⁶

Estas divisiones pueden suscitar dos clases de reacciones equivocadas. Por un lado, Walden Bello, uno de los críticos más destacados de la globalización capitalista, ha caracterizado el cisma entre Estados Unidos y Europa como “un paso positivo para la mayor parte del mundo. Abre la posibilidad de que los europeos empiecen a abordar de manera positiva los problemas de injusticia y pobreza en el mundo en desarrollo afrontando las estructuras de dominación occidental de cuya construcción ellos son en gran medida responsables. Allana el camino para alianzas globales novedosas que pueden beneficiar la mayor parte del mundo, incluida la futura creación de una alianza Europa-África-América Latina-Asia contra la hegemonía norteamericana.

“Desde luego que Europa ha aplicado un conjunto propio de prácticas de opresión tales como la Política Agraria Común, una de las causas principales de los trastornos agrícolas en el mundo en desarrollo. Sus empresas suelen ser tan explotadoras como las norteamericanas. Sus restriccio-

⁹⁶ “Worldviews 2002 Survey of American and European Attitudes and Public Opinion”, 2 de octubre de 2002, www.worldviews.org.

nes a la migración suelen ser más draconianas que las de Washington. Sin embargo, la necesidad de buscar aliados para contrarrestar el unilateralismo de Washington puede servir de incentivo para empezar a reformar estas instituciones.”⁹⁷

La idea de Bello de que la UE puede ser un aliado contra el imperialismo norteamericano probablemente encontrará eco en el ala del movimiento anticapitalista –representado en particular por la conducción de ATTAC de Francia– que quiere reconstruir el poder del Estado nacional como contrapeso a la globalización capitalista. Pero esta clase de estrategia da por sentado la existencia de un mundo dividido en Estados nacionales que compiten entre sí. Quiéranlo o no sus autores, esto se basa en la lógica de que la rivalidad imperialista es inevitable y trata de construir un contrapeso al poder hegemónico existente. Como dice Bello, “una alianza Europa-África-América Latina-Asia contra la hegemonía norteamericana”. Pero el problema del mundo actual no es la dominación norteamericana. La situación actual no mejoraría en lo fundamental si la Unión Europea desafiara la supremacía estadounidense. Al contrario, al canalizar fondos aun mayores hacia las fuerzas armadas y desatar una nueva carrera armamentista, crearía un mundo aún más injusto y peligroso.

Por el otro lado, Perry Anderson, director de *New Left Review*, sobre la base de un análisis del pensamiento estratégico norteamericano muy similar al expuesto aquí, considera que las divisiones dentro de las clases dominantes occidentales y la amplia oposición al unilateralismo norteamericano tienen poco que ver con el problema. Descarta con desdén “la efusión de protestas entre la intelectualidad atlántica” para destacar la continuidad entre las intervenciones militares basadas en la doctrina de la “comunidad internacional” y los derechos humanos preferida por Bush padre, Clinton y Blair, y la guerra que se está planificando bajo la nueva Doctrina Bush:

“Se pretende hacernos creer que las guerras del Golfo, los Balcanes y Afganistán eran una cosa. Esas expediciones suscitaban el apoyo entusiasta de este estrato... Pero un ataque norteamericano a Irak es otra cosa, explican ahora las mismas voces, ya que no cuenta con la misma solidaridad de la comunidad internacional y requiere una doctrina criminal de acción preventiva. A lo cual, el gobierno republicano responde sin problemas, en las palabras del Marqués de Sade: “*Encore une effort, citoyens*” [un esfuerzo más, ciudadanos]. La intervención militar en Kosovo para impedir la limpieza étnica.

⁹⁷ W. Bello, “Unravelling of the Atlantic Alliance?”, 25 de septiembre de 2002, www.focus-web.org

nica violó la soberanía nacional y se mofó de la Carta de la ONU cuando se le dio la gana a la OTAN. Entonces, ¿por qué no se ha de intervenir militarmente en Irak para prevenir el riesgo de las armas de destrucción en masa, con o sin el consentimiento de la ONU? El principio es exactamente lo mismo: el derecho –más aun, el deber– de los Estados civilizados de aniquilar las peores formas de barbarie, no importa dentro de cuáles fronteras nacionales se producen, para hacer del mundo un lugar más seguro y pacífico.”⁹⁸

Anderson insinúa que el talón de Aquiles de muchos opositores a la guerra en Irak es su confianza en las Naciones Unidas:

“Uno o dos meses de masajes oficiales consecuentes a la opinión pública en ambos márgenes del Atlántico es capaz de obrar milagros. A pesar de la gran manifestación antibélica de Londres en noviembre, las tres cuartas partes de la opinión pública británica apoyaría un ataque a Irak si la ONU le extendiera su hoja de parra. En ese caso, parece bastante posible que el chiscal francés participe del festín... En resumidas cuentas, se puede dar por sentado que Europa asentirá a la campaña.”⁹⁹

Semejante enfoque ultimartista es sorprendente por tratarse de un intelectual tan sutil. Es verdad que las justificaciones ideológicas de las anteriores guerras imperialistas en el Golfo y los Balcanes implican el criterio de que se puede violar la soberanía nacional en nombre de “valores” capitalistas liberales supuestamente más elevados, el mismo que utilizan Bush y Blair en apoyo a un ataque a Irak. Pero los movimientos políticos no se rigen exclusivamente por las leyes de la lógica. La incoherencia que supone el apoyo a guerras anteriores y la oposición a ésta se puede resolver de varias maneras. Podría conducir a los que sustentan estos puntos de vista a una posición general belicista. Alternativamente, la oposición al ataque a Irak podría generalizarse como posición antiimperialista más amplia. Los cientos de miles que coreaban “Victoria para el Vietcong” en 1968 no eran todos revolucionarios antiimperialistas. Al principio, algunos eran pacifistas o liberales o incluso conservadores. La dirección que sigue la mayoría de la gente en esas circunstancias depende de la constelación global de fuerzas políticas. El hecho es que, primero la guerra en Afganistán y ahora el ataque previsto a Irak han provocado movimientos de oposición, tanto en Europa como en Estados Unidos, mucho más grandes de los que suscitó el bom-

⁹⁸ P. Anderson, “Force and Consent”, *New Left Review* (II) 17 (2002), pág. 28.

⁹⁹ *Ibidem.*, pág. 19.

¹⁰⁰ Véase P. Anderson, “Renewals”, *New Left Review*, (II) 1 (2000) y G. Acapcar, “The ‘Historical Pessimism’ of Perry Anderson”, *International Socialism*, (2) 88 (2000).

bardeo de Yugoslavia en 1999. Esto refleja un cambio en el clima político que el pesimismo histórico de Anderson no toma en cuenta.¹⁰⁰

Si bien algunos de los opositores más prominentes de la actual aventura anglo-norteamericana no se opusieron a guerras anteriores y conservan ilusiones en la ONU, su posición actual ayuda a legitimar la resistencia al impulso belicista de Bush. En todo caso, estas ilusiones tienen menos peso ahora que durante la Guerra del Golfo de 1991, cuando críticos tan destacados del imperialismo norteamericano como Noam Chomsky y Tony Benn reclamaron que la ONU aplicara sanciones a Irak. A nadie se le ocurriría proponerlo ahora, después de las terribles consecuencias humanitarias del bloqueo de la década pasada. La experiencia de una sucesión de guerras imperialistas, cada una librada en nombre de los derechos humanos para favorecer sobre todo los intereses norteamericanos, ha generado un proceso de aprendizaje que ha consolidado ideológicamente el centro del movimiento antibélico. Además, ahora existe una corriente de radicalización antiimperialista que faltaba a principios de los 90, lo cual refleja la diferencia de contexto político: entonces, el triunfalismo capitalista tras la caída del estalinismo; ahora, la resistencia anticapitalista inspirada en las grandes protestas de Seattle y Génova, y los Foros Sociales Mundiales de Porto Alegre.

En verdad, la oposición a la guerra en Irak es extremadamente heterogénea desde el punto de vista ideológico, al abarcar en Gran Bretaña desde políticos laboristas tradicionales y clérigos islámicos respetables hasta sindicalistas de izquierda y jóvenes anticapitalistas. Pero fue Perry Anderson quien escribió alguna vez: “La problemática central del frente único –el último consejo estratégico de Lenin al movimiento obrero occidental antes de morir, la primera preocupación de Gramsci en la cárcel– conserva toda su validez. Históricamente nunca ha sido *superado*.”¹⁰¹ Uno de los objetivos de la táctica del frente único es reunir fuerzas políticas diversas en torno a un objetivo común específico: dentro de este frente único, los socialistas revolucionarios tienen la responsabilidad de tratar de infundir a esta lucha la mayor combatividad posible y cuestionar las ilusiones políticas que aún atan a algunos participantes al orden dominante. En el clima político imperante en Gran Bretaña, la oposición a la guerra contra Irak es muy amplia, pero la movilización está a cargo del ala antiimperialista del movimiento.

La oposición a la “guerra contra el terrorismo” ha servido para radicali-

¹⁰¹ P. Anderson, “The Antinomies of Antonio Gramsci”, *New Left Review*, (I) 100 (1976-7), pág. 78. Véanse algunas reflexiones contemporáneas sobre el frente único en A. Callinicos, “Unity in Diversity”, *Socialist Review*, de abril de 2002.

zar aún más el movimiento anticapitalista al darle una faceta antiimperialista. Existe el potencial para construir el movimiento antibélico internacional más grande desde la era de la guerra de Vietnam. Lo que está en juego en estas luchas es el desarrollo de un movimiento que apunte no sólo contra el gobierno de Bush y su impulso belicista, sino contra el sistema imperialista en sí, que hunde sus raíces en la lógica capitalista de la explotación y la acumulación.

Londres, Junio de 2002



Cuadernos del Sur

incluye los sumarios de sus ediciones en la base de datos de Latbook (libros y revistas)

Disponible en Internet
en la siguiente dirección:
<http://www.latbook.com>

Después del *boom*

Un diagnóstico de la economía mundial

Robert Brenner

Introducción

La larga expansión económica de EE.UU. ha terminado. Cualquiera que sea la evolución de la recesión actual, todos los factores son contrarios a una vuelta a las condiciones que permitieron el *boom* de la segunda mitad de los 90. Puede que incluso sea difícil a medio plazo evitar el estancamiento y el débil crecimiento de la economía, si no ocurre algo peor.

La razón por la que la economía mundial, incluyendo su componente principal, EE.UU., se enfrenta en el sentido más general a unas perspectivas tan negras es porque no fue capaz de superar definitivamente, durante la fase expansiva de los 90, la larga fase económica depresiva que sufrió desde comienzos de los años 70 hasta comienzos de los 90. Los responsables fundamentales de este persistente estancamiento en todo el sistema han sido la sobre-capacidad y la sobre-producción como causas de una reducción de los beneficios en el sector manufacturero a escala internacional y el fracaso de los sucesivos intentos de gobiernos y empresas de encontrar soluciones. Y sigue sin haber indicios claros de que se haya superado el problema. La fuerte caída de la tasa de ganancias entre 1965 y 1973, y el fracaso de su recuperación, han provocado un crecimiento lento de las inversiones y de la producción en las dos décadas siguientes en la mayor parte de la economía mundial y, consecuentemente, una reducción sustancial del crecimiento de la productividad y de los salarios, así como altos niveles de desempleo.

La base real del *boom* de EE.UU. de los 90 fue, inicialmente, un crecimiento importante de la tasa de ganancias del sector industrial entre 1985 y 1995. Pero el crecimiento de los beneficios y, eventualmente, el crecimen-

Este artículo, "The economy after the boom: a diagnosis", incluido en los *International Viewpoint Archives* 342, julio-agosto de 2002, y traducido del inglés por G. Buster, se basa en el último libro publicado por R. Brenner (*The boom and the bubble: the US in the world economy*, Londres, Verso, 2002)

to económico en EE.UU. fue paralelo a –y en cierto sentido causado por– una caída de los beneficios y una fuerte recesión en la mayor parte del resto del mundo capitalista avanzado, incluyendo Japón y Europa Occidental, durante la primera mitad de los 90. Este fuerte frenazo en el crecimiento de la mayor parte de la economía capitalista avanzada y la subsiguiente amenaza de crisis obligaron a un cambio fundamental de la política de EE.UU., pasando de defender un dólar débil a apoyar un dólar fuerte. Esto, a su vez, limitó la expansión en EE.UU. y, en la segunda mitad de los años 90, la tasa de ganancias del sector industrial cayó significativamente y, con ella, la condición esencial de una recuperación económica de EE.UU.

Pero a pesar del declive de los beneficios empresariales entre 1995 y el 2000, la bolsa inició una carrera alcista sin precedentes, aumentando de manera masiva y virtual el valor de las empresas en los papeles, ayudada por la revaluación del dólar. El “efecto riqueza” del aumento de los precios de las acciones fue así capaz de reemplazar la recuperación de los beneficios del sector industrial como principal motor de la economía. Las empresas se encontraron con que la sobrevaluación de sus acciones en bolsa les abría las puertas de una financiación casi ilimitada. Sobre esta base, fueron capaces de mantener un poderoso *boom* de inversiones y la expansión de los 90 pudo continuar.

Sin embargo, el creciente abismo entre el cada vez más alto precio de las acciones y la aceleración del crecimiento económico, por una parte, y la caída de los beneficios, por la otra, no podía durar. Desde mediados del 2000, las empresas que habían liderado el *boom* –sobre todo en nuevas tecnologías, medios y telecomunicación (TMT)– sufrieron una tras otra caídas desastrosas de sus beneficios y los mercados bursátiles se desinflaron. El “efecto riqueza” de la burbuja bursátil comenzó a actuar en sentido contrario: para las empresas fue cada vez más difícil encontrar financiación y se vieron obligadas a recortar inversiones, empujando a la economía a la recesión.

Pero el problema fundamental era el enorme exceso de capacidad acumulado por las empresas durante la fase alcista de la bolsa, en la que habían utilizado su valor virtual multiplicado en los papeles para ampliar considerablemente sus plantas y equipos, sin ninguna justificación desde el punto de vista de la rentabilidad porque la tasa de ganancias seguía cayendo. Demasiada capacidad para demasiada producción. Y las empresas no podían vender su producción a precios que les permitieran obtener unos beneficios suficientes, si llegaban a obtener alguno.

La tasa de ganancias del sector industrial –que ya había caído de manera significativa entre 1997 y el 2000– se desplomó en el 2000-2001, hundien-

do al sector en una profunda crisis. Esto desencadenó la clásica espiral depresiva: la menor inversión (con menor demanda de medios de producción) provoca mayor desempleo, lo que conduce a una caída de la demanda de bienes de consumo, que conduce a su vez a un aumento del número de bancarrotas y de deudas impagas, y vuelta a empezar.

A medida que la recesión se fue agravando en EE.UU., el crecimiento de la demanda comenzó también a caer fuertemente. Y el resto de la economía mundial, que depende enormemente de las importaciones de EE.UU., fue arrastrada en esta dinámica. La contracción de la economía internacional causó una caída drástica del crecimiento de las exportaciones norteamericanas, agravando la recesión en EE.UU. El resultado ha sido una depresión de la economía internacional mutuamente retroalimentada con una caída de las inversiones y del crecimiento económico de EE.UU. que, desde mediados de 1999-2000 hasta mediados del 2001-2002, ha sido la mayor tras la II Guerra Mundial.

En el curso del 2001, la Reserva Federal de EE.UU. fue recortando la tasa de intereses con una rapidez e intensidad sin precedentes. Como resultado, la deuda privada familiar se desató, permitiendo a los consumidores incrementar su gasto muy rápidamente. Se alentó así a las empresas a reponer sus existencias. El tenebroso fantasma de la crisis económica fue ahuyentado temporalmente y el PNB volvió a crecer con fuerza el primer trimestre del 2002.

Sin embargo, la tasa de ganancia empresarial siguió siendo la más baja de las últimas dos décadas, las inversiones continuaron reduciéndose de manera alarmante, las exportaciones siguieron en crisis y, reflejando todo ello, la bolsa fue incapaz de recuperarse. El resultado final sigue siendo un interrogante. El objetivo de este texto es proporcionar elementos para una comprensión mas realista de lo que puede pasar.

Leyendas del *boom*: la versión oficial

En la versión oficial del *boom* de EE.UU., el punto de partida es la “nueva economía” y a partir del mismo se describe el carácter excepcional e innovador de la economía de EE.UU. Si el resto de los países del mundo se limitasen a seguir este modelo, se dice, los problemas de la economía mundial desaparecerían. Pero este discurso puede ser tan positivo porque se concentra exclusivamente en los cinco años del *boom* 1995-2000, fuera de todo contexto histórico o comparativo, ignorando las debilidades intrínsecas del *boom* y haciendo abstracción del sistema económico mundial como un todo, para estudiar de manera aislada la economía de EE.UU., a pesar de la es-

trecha conexión y de que fueron los problemas de la economía mundial los que acabaron provocando la crisis.

La “nueva economía” como ideología de la burbuja bursátil. En la versión oficial - santificada por el Informe Económico para el Presidente del 2001, del Consejo de Asesores Económicos (publicado a comienzos de ese mismo año), así como los discursos de Alan Greenspan (que se pueden consultar en la página de internet de la Reserva Federal)- la economía de EE.UU. se apoyaba en sus mercados abiertos y en sus instituciones financiero-empresariales, en especial sus muy desarrolladas compañías de capital de alto riesgo, sus nuevas empresas de alta tecnología y sobre todo la bolsa, para iniciar una ruptura revolucionaria en la tecnología de la información y salir definitivamente de la larga fase de estancamiento.

La larga fase de estancamiento de los 70 y 80 era supuestamente el resultado de un repentino agotamiento (no justificado ni demostrado) de la innovación tecnológica del *boom* de posguerra, que sería el responsable de la caída del crecimiento de la productividad a largo plazo. Pero con la repentina aparición de las tecnologías de la “nueva economía” a comienzos de los 90, según la versión oficial, aquellas compañías que pudieron movilizar el necesario “capital intangible” -en la forma de capacidad inventiva, nuevos modelos organizativos, etc.- tuvieron oportunidades sin precedentes de beneficios. Los fondos de capital de alto riesgo tuvieron así los estímulos necesarios para invertir en nuevas empresas de alta tecnología que prometían generosos beneficios y una alta rentabilidad, cuando sus acciones salieran a la bolsa por primera vez en ofertas públicas por las que los entusiastas inversores estaban dispuestos a pagar precios exorbitantes, en lo que parecía un carrusel sin fin de rentables empresas de tecnología de la información. Y los bancos, por las mismas razones, estaban dispuestos a conceder los créditos que fueran necesarios.

Como no se cansó de explicar el Presidente de la Reserva Federal Alan Greenspan, las promesas de un crecimiento de la productividad de la “nueva economía” dispararon las expectativas sobre la tasa de ganancias, inflando los precios de las acciones en la bolsa. El aumento del precio de las acciones de las compañías (especialmente las de los sectores de alta tecnología, medios y telecomunicaciones) les permitió un fácil acceso a la financiación, permitiéndoles aumentar sus inversiones (el llamado “efecto riqueza”). Una acumulación del capital más rápida hizo posible nuevos saltos hacia delante en tecnología, permitiendo que la productividad creciera aún más. Y ésta infló de nuevo las expectativas de beneficios y el precio de las

acciones, permitiendo nuevas inversiones en un ciclo de expansión económica, que Greenspan calificó de “virtuoso”, cuyo eje era la bolsa y los capitales de alto riesgo.

En el discurso de la versión oficial, los increíbles beneficios de la salida al mercado de las acciones de la compañía *Netscape* en agosto de 1995 fueron la proclamación de la enorme potencialidad de la “nueva economía”. A partir de ese momento se disparó el crecimiento retroactivo de la bolsa y el *boom* económico. La sinergia entre la bolsa y la economía real produjo lo que el Consejo de Asesores Económicos insistió en llamar los “extraordinarios beneficios de ejecución” de 1995-2000 (*Informe Económico para el Presidente 2001*, página 23).

Un boom apoyado en la burbuja bursátil. De hecho, el funcionamiento de la economía norteamericana en la fase álgida del *boom*, de 1995 a 2000, aunque fue mejor que en cualquier otro quinquenio desde que comenzó la onda larga de estancamiento en 1973, tampoco fue extraordinaria. Si se comparan los indicadores habituales, el funcionamiento de la economía de EE.UU. en los cinco años 1995-2000 no es comparable a la de los 20 años 1948-1973, y el crecimiento de la productividad, supuestamente el motor del salto adelante de la economía de EE.UU., fue inferior en un 15% (ver cuadro 1).

Cuadro 1
La economía de EEUU: 1948-1973 versus 1995-2000
(crecimiento medio anual en %, excepto para la tasa de desempleo)

	1948-1973	1995-2000
PNB	4.0	4.1
Acumulación neta de capital de los sectores no-agrícolas	3.5	3.8
Productividad del trabajo de los sectores no-agrícolas	2.9	2.5
Horas de trabajo reales de los sectores no-agrícolas	2.8	2.0
Inflación/IPC	2.4	2.4
Tasa media de desempleo	4.2	4.7

Es más, si el *boom* de EE.UU. de los 90 hubiera tenido unos fundamentos sólidos y hubiera sido capaz de auto-sostenerse, es muy posible que hubiera permitido la superación definitiva de la onda larga de signo depresivo tanto en EE.UU. como internacionalmente. Pero el factor más destacado de la expansión económica de EE.UU., especialmente de 1995 a 2000, es que ca-

da vez ha dependido más del alza de los mercados bursátiles, y no al contrario, porque no se sustentó en un aumento de los beneficios. Las instituciones financieras y empresariales de EE.UU., con la indispensable ayuda de la Reserva Federal, produjeron no tanto un *boom*, como una burbuja.

Los fondos de capital de riesgo inyectaron una gran cantidad de dinero en las nuevas compañías de altas tecnologías. Pero su contribución fue mínima hasta 1999, cuando el alza del precio de las acciones llegó a su techo. Alcanzado ese punto, los fondos de capital de riesgo ya no tenían que depender para la realización de sus beneficios de la productividad efectiva o de la capacidad real, por pequeña que fuera, de las compañías de alta tecnología para obtener beneficios en el mercado. Sus ganancias se generaban por la venta de acciones de esas compañías, con unos precios disparatados, en las ofertas públicas de su salida a bolsa.

Los inversores en bolsa en un sentido general ayudaron a financiar a estas nuevas compañías, y a otras ya más consolidadas de tecnologías de la información, comprando acciones. Pero no fue así porque que estas compañías obtuvieran grandes beneficios gracias a sus poderosas tecnologías, sino porque el precio de sus acciones en bolsa no hacía más que subir como un cohete gracias a la especulación. La mayoría de las empresas de nuevas tecnologías jamás consiguieron obtener beneficios. E incluso las principales compañías de tecnología, medios y telecomunicaciones (TMT) que eran el supuesto motor de la “nueva economía” se quedaron muy lejos de conseguir unas ganancias comparables al alza del precio de sus acciones.

Las empresas desencadenaron un *boom* de inversiones y fueron capaces de aumentar el crecimiento de la productividad con el mismo. Sin embargo, pudieron hacerlo porque el disparatado precio de sus acciones facilitaba el acceso a la financiación, no porque la “nueva economía” hubiera aumentado la posibilidad de beneficios. La brecha entre el precio de las acciones y los beneficios, que al comienzo alimentó la expansión, constituyó su principal debilidad al final y acabó por provocar la caída en el abismo en el 2000-2001, como veremos más adelante.

La economía de EE.UU. no pudo, en última instancia, sostener su tasa de ganancias y su impulso más allá de mediados del 2000 porque seguía íntimamente unida a una economía global caracterizada por el estancamiento resultante de la persistente y cada vez peor sobre-capacidad y sobre-producción. La debilidad intrínseca de la totalidad del sistema y de su componente EE.UU. se manifestó en el hecho de que, durante el ciclo económico de los 90, los resultados económicos de las economías capitalistas avanzadas tomados como un todo –y en todos los indicadores como crecimiento del

PNB, renta per capita, productividad del trabajo, salarios reales y tasa de desempleo- no fueron mejores que los de los 80. Y estos habían sido a su vez peores que los de los 70, que no se pueden comparar ni de lejos, por supuesto, a los de los 60 y 50.

Es decir, a pesar de la aplicación generalizada de las políticas neoliberales y pro-mercado de los 80, la economía del centro del sistema ha sido cada vez más incapaz de satisfacer las necesidades de la gente común y corriente. En el conjunto de los países capitalistas avanzados, el crecimiento de los salarios en la última década cayó al nivel más bajo de posguerra, la tasa de desempleo se disparó hasta el nivel más alto de posguerra (fuera de EE.UU.) y el estado de bienestar, aunque con ritmos diferentes, empezó a ser desmontado. Y ello a pesar de los enormes estímulos artificiales inyectados en la economía mundial por el *boom* económico, creado por la burbuja bursátil, de EE.UU. (ver cuadro 2).

Dado que la economía global durante la última década ha sido incapaz de superar definitivamente la onda larga de signo depresivo, necesitamos partir de su análisis para comprender su trayectoria reciente y futura. Pero la realidad de lo sucedido es más o menos contradictoria con la versión oficial. Hay muy pocas evidencias de un avance tecnológico sustancial o de la aparición de nuevas invenciones en los 70 y los 80. Pero hay, sin embargo, datos irrefutables de que en esos años se redujo sustancialmente la tasa de ganancia, especialmente en el sector industrial, y no sólo en EE.UU. sino internacionalmente. Y ello explica en buena parte la desaceleración a largo plazo de la acumulación de capital y la consiguiente reducción de las inversiones sobre las que recae en gran medida la responsabilidad de la falta de innovaciones y la caída a largo plazo y en todo el sistema del crecimiento de la productividad.

La larga depresión. Dicho de manera breve y esquemática, a finales de los 60 y comienzos de los 70 la intensificación de la competencia internacional, impulsada especialmente por la entrada en el mercado de productores con bajos costes, especialmente de Japón pero también de Europa Occidental, puso fin al largo *boom* de posguerra. Y ello debido a la sobre-capacidad y sobre-producción en el conjunto del sistema, precipitando la caída de la tasa de ganancia en el sector manufacturero internacional que provocó en gran medida la caída de beneficios de las economías capitalistas avanzadas en su conjunto. Durante los años 70, la sobre-capacidad y sobre-producción del sistema empeoraron. En todo el mundo, las compañías intentaron responder a sus problemas de competitividad y rentabilidad aumentando sus in-

Cuadro 2
Declive del dinamismo económico
(cambios de la media anual en %)

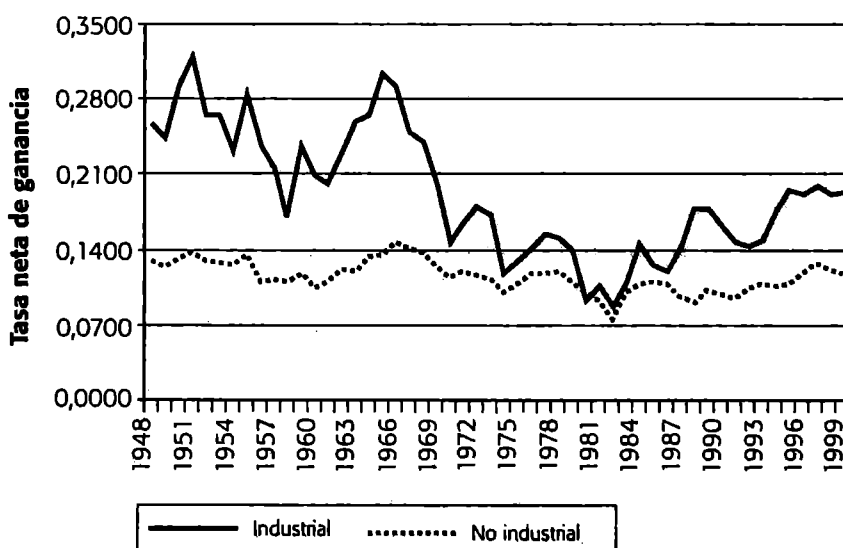
	60-69	69-79	79-90	90-95	95-00	90-00
PNB						
EEUU	4,6	3,3	2,9	2,4	4,1	3,2
Japón	10,2	5,2	4,6	1,7	0,8	1,3
Alemania	4,4	3,6	2,15	2	1,7	1,9
Europa (12)	5,3	3,7	2,4	1,6	2,5	2
G-7	5,1	3,6	3	2,5	1,9	3,1
PNB per capita						
EE UU	3,3	2,5	1,9	1,3	3,4	2,35
Japón	9	3,4	4	1,1	1,1	1,1
Alemania	3,5	2,8	1,9	7	1,6	4,3
G-7	3,8	2,1	1,9	1,2	2,5	1,8
(60-73) (73-79)						
Productividad del trabajo en toda la economía (PNB/trabajadores)						
EEUU	2,5	1,3	1,15	1,2	2,3	1,8
Japón	8,6	4,4	3	0,7	1,2	0,9
Alemania	4,3	3	1,5	2,1	1,2	1,7
Europa (11)	5,2	3,2	1,9	1,9	1,3	1,6
G-7	4,8	2,8	2,55	1,7		
(60-73) (73-79)						
Rendimiento real en toda la economía (por empleado)						
EEUU	9,7	2,7	0,7	0,6	1,9	1,3
Japón	7,3	5	1,6	0,8	0,2	0,5
Alemania	5,1	4,3	1,1	2	-0,1	0,95
Europa (11)	5,6	4	0,8	1	0,3	0,6
Tasa de desempleo						
EEUU	4,8	6,21	7,1	5,9	4,6	5,25
Japón	1,4	1,7	2,5	2,9	4,1	3,5
Alemania	0,8	2,05	5,77	8,2	8,6	8,2
Europa (15)	2,3	4,6	9,1	9,8	9,9	9,9
G-7	3,1	4,9	6,8	6,7	6,4	6,6
(60-73) (73-79)						
Inversiones extranjeras (economía comercial privada)						
EEUU (neto)	3,9	3,8	3	2	3,8	2,9
Japón				(95-98)		
(bruto)	11,3	9,5	6,9	4,5	5,3	5
Alemania				(90-93)		
(bruto)	6,6	4,5	3	3,1		
G-7 (bruto)	4,8	4,6	3,9			

FUENTES: OECD: *Historical Statistics, 1960-1995*, París, 1995, Tablas 2.15, 3.1, 3.2; "Statistical Annex" en *European Economy*, no.71, 2000, Tablas 11, 31, 32; OECD: *Economic Outlook*, n°67, 2001, Anexo, Tabla 21; IMF: *World Economic Outlook*, Washington, D.C., Mayo 2001; Base de Datos, Tablas 1 y 4; Armstrong et al: *Capitalism Since 1945*, p.356, Tabla A6.

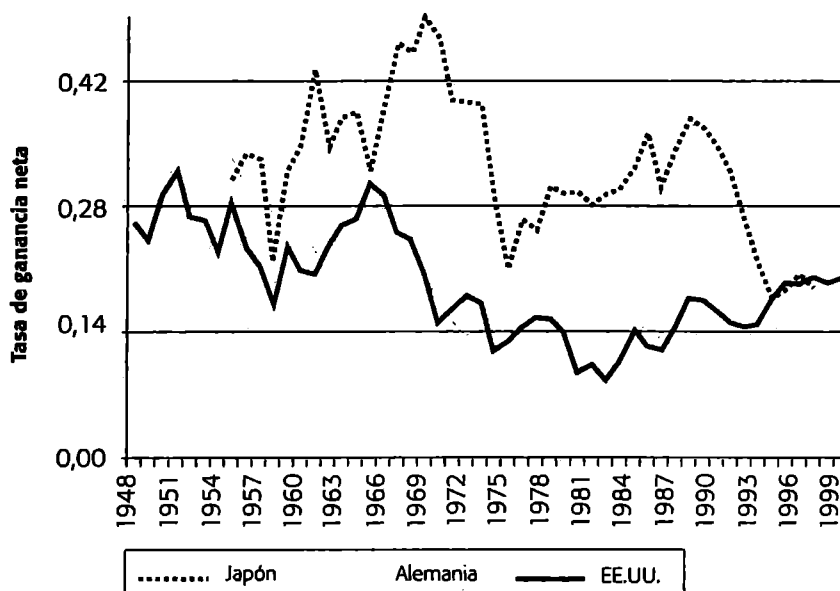
versiones en sus líneas habituales de producción, en vez de mudarse a otras, agravando de hecho el problema. Al mismo tiempo, las compañías de las nuevas economías en desarrollo de Asia Oriental –y en parte de Brasil, México y otros- descubrieron que podían introducirse en ciertos mercados obteniendo beneficios, a pesar de la sobre-capacidad, agravando aun más la situación. Sólo los subsidios públicos a la demanda de las políticas keynesianas y el aumento del gasto público y el déficit pudieron evitar en la década de los 70 que estallara una grave crisis (ver cuadros 3 y 4).

A comienzos de los 80, con el objetivo de luchar contra la inflación y restablecer la tasa de ganancia, EE.UU. y otras economías capitalistas avanzadas intentaron combatir la sobre-capacidad y la sobre-producción heredadas de la era keynesiana a través de altas tasas de interés y una dura austeridad. El objetivo de estas políticas era, en primer lugar, aumentar la tasa de desempleo para reducir el crecimiento de los salarios. Pero también retirar del mercado y recortar la masa excedente de medios de producción de alto coste y baja rentabilidad que estaban hundiendo la tasa de ganancia. Con todo, el resultado inmediato de estas políticas fue el estallido de la crisis de la deuda externa en el Tercer Mundo, acompañada de una recesión seria en EE.UU., que amenazaba con convertirse en una depresión. Hubo que re-introducir de manera vergonzante el keynesianismo, a través del gasto militar masivo de Reagan y el recorte de impuestos para los ricos.

Cuadro 3: Tasas de ganancia neta industrial y no industrial(no agrícola) en EE.UU. - 1948-1999 (con corrección de los impuestos indirectos)



Cuadro 4: Tasa de ganancia neta industrial: Alemania, Japón y EE.UU.
1948-1999



La combinación de ajuste financiero y altos déficit presupuestarios en EE.UU. estabilizaron las economías capitalistas avanzadas, pero también frenaron la retirada de fábricas, equipos y mano de obra excedentes de altos costes, que era imprescindible para recuperar la tasa de ganancias y –muy importante– elevar las tasas de interés real. Los estados capitalistas avanzados no estaban dispuestos a sufrir el tipo de depresión profunda que en el pasado había servido para eliminar los medios de producción y la mano de obra superfluos y asentar las bases de un nuevo ciclo expansivo. Pero el precio de la estabilidad económica fue un aumento sin precedentes del costo de los créditos que, combinado con la baja tasa de ganancia, frenó la acumulación de capitales y el crecimiento económico, que siguió siendo muy dependiente del déficit presupuestario hasta finales de los 80.

Debido a esta reducción drástica de las expectativas de beneficios en la inversión en nuevos equipos y fábricas, el capital se orientó en los 80 de manera muy especial hacia el sector financiero. Pero, con la economía real produciendo un excedente tan reducido, era muy difícil obtener beneficios prestando dinero o especulando, excepto con la ayuda directa o indirecta de los gobiernos, como por ejemplo a través del endeudamiento público a altas tasas de interés o a través de la corrupción, aprovechando las oportunidades de las privatizaciones y la desregulación. A finales de la década ya había estallado una gran burbuja en el sector inmobiliario comercial. La carrera de fusiones y absorciones de compañías que había caracterizado la expan-

sión financiera de los 80 se había parado en seco y en la ignominia. Las compañías, fuertemente endeudadas y tremendamente expuestas a los bancos, estaban en condición muy precaria, exacerbando y extendiendo la recesión que golpeó en 1990. La situación de estancamiento económico se perpetuó en los primeros años de los 90.

La recuperación industrial de EE.UU. En este escenario de tasas de ganancia muy reducidas y débil crecimiento internacional, el sector industrial de EE.UU., y la economía privada en su conjunto, protagonizó entre 1986 y 1995 una notable recuperación de los beneficios y, en última instancia, de su vitalidad. Lo consiguió aprendiendo de sus principales rivales internacionales, Alemania y Japón, renovando su competitividad internacional y su capacidad exportadora. Pero las industrias de EE.UU. no aumentaron su competitividad y su rentabilidad con nuevas inversiones para ayudar a incrementar la productividad. O, al menos, no hasta muy avanzado este juego. Lo hicieron a través del mecanismo capitalista clásico de recorte de los medios de producción de alto coste y baja rentabilidad y la redistribución del ingreso en perjuicio de los asalariados y sus rivales extranjeros.

En la larga recesión cíclica de la primera mitad de los 80 y el primer tercio de los 90, las compañías de EE.UU. redujeron una gran cantidad de medios de producción de alto coste y baja rentabilidad y también de mano de obra, comenzando así una recuperación del crecimiento de la productividad del trabajo en el sector industrial sin la ayuda de un aumento de las inversiones. También se beneficiaron congelando los salarios reales durante diez años a partir de 1985 y aprovechando los recortes fiscales de la administración Reagan, que les permitieron reducir drásticamente la presión fiscal sobre las ganancias. Paralelamente también pudieron sacar partido de la devaluación del dólar de entre un 40-60% en relación con el marco alemán y el yen japonés. Este cambio en las cotizaciones de las divisas tuvo lugar en 1985, cuando EE.UU. obligó a sus principales aliados y rivales económicos a aceptar los "Acuerdos del Plaza", que implicaban una devaluación sustancial del dólar tras cinco años de aumentar su cotización. Por último, la Administración Clinton, desde su toma de posesión en 1993, comenzó a equilibrar el presupuesto. De esta manera redujo el crecimiento de la demanda agregada, ayudando a bajar la inflación y las tasas de interés a largo plazo, mejorando la competitividad al mismo tiempo que ejercía presión para contener los salarios.

Entre 1985 y 1995 el sector industrial manufacturero de EE.UU. aumentó su tasa de ganancia en unos dos tercios. Y gracias a ello creció la rentabilidad

del conjunto de la economía privada por encima de sus niveles de 1973 por primera vez en veinte años. El despegue de la rentabilidad del sector industrial de EE.UU. dependía en gran parte de la extraordinaria recuperación de su competitividad y las exportaciones crecieron más deprisa en los próximos diez años que en ninguna otra década de posguerra. La consecuencia más importante fue que se dejó atrás el largo período de estancamiento inversor en la industria. Más o menos desde 1994, la acumulación de capital se aceleró y la productividad dio un salto adelante, multiplicando el crecimiento de la rentabilidad y sentando las bases para la expansión de los 90.

Estancamiento industrial en Japón y Europa Occidental. En un mundo ideal en el que las producciones especializadas se complementaran, la revitalización de la economía de EE.UU. hubiera terminado por arrastrar a la economía mundial a una nueva era de crecimiento. Pero antes de mediados de la década de los 90, en el mundo real de sobre-capacidad y producción industrial excedente, la recuperación de EE.UU. no sólo sumó poco dinamismo a la economía mundial, sino que tuvo lugar a expensas de las economías de sus principales competidores y socios comerciales, especialmente Japón y Alemania. Y esto es así porque, hasta finales de 1993, se hizo en un contexto de sobre-capacidad y sobre-producción industrial.

Los fabricantes de EE.UU. consolidaron sus beneficios básicamente gracias a un dólar devaluado y unos salarios reales congelados, junto con una reducida presión fiscal sobre las empresas, pero sin la ayuda de un aumento significativo de las inversiones. En lo que resultaría ser en buena parte una situación de suma-cero, aumentaron su tasa de ganancias reduciendo costes hasta conquistar cuotas de mercado de sus rivales, imponiéndoles al mismo tiempo sus precios más bajos. Pero en este proceso generaron un crecimiento muy limitado de la demanda, tanto de inversiones como de consumo, para los productos de sus rivales. Cuando el gobierno de EE.UU. comenzó a equilibrar su presupuesto en 1993, el crecimiento de la demanda generada por EE.UU. en el mercado mundial sufrió un nuevo choque negativo.

El otro lado de la moneda es que desde 1985 las economías industriales de Japón, Alemania y otros lugares de Europa Occidental sufrieron los efectos de un creciente estrangulamiento. La revaluación de sus divisas y el crecimiento de sus salarios redujo su competitividad, aumentando la presión negativa sobre una tasa de ganancias y un ritmo de acumulación del capital ya reducidos. Mientras tanto, el declive del crecimiento de las inversiones, el consumo y la demanda pública en el conjunto de la economía mundial resultó en un estancamiento de la capacidad de compra de mercancías tan-

to en sus mercados internos como externos, sobre todo en EE.UU. Estas economías no pudieron evitar que sus problemas se agravasen en la segunda mitad de los 80, ni las severas crisis que sufrieron en la primera mitad de los 90 y, desde 1991, se hundieron en la peor recesión de la posguerra. A mediados de la década de los 90, cuando el yen se situaba a 79 por dólar, su nivel más alto de posguerra, la industria japonesa difícilmente podía tener beneficios y la economía japonesa comenzó a congelarse.

La burbuja-bursátil como motor de la expansión 1995-2000

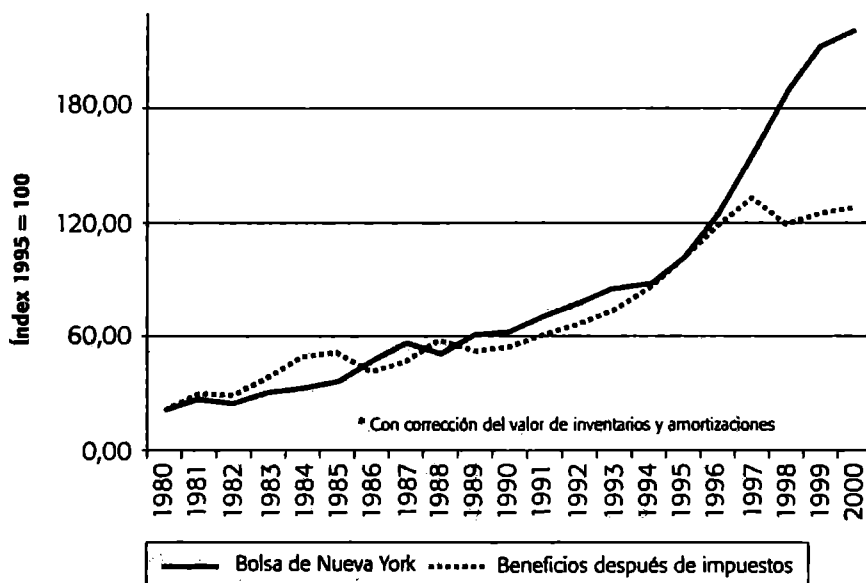
En la primavera de 1995 la revaluación del yen comenzó a amenazar la estabilidad internacional. El gobierno de EE.UU., traumatizado por la crisis del peso mexicano y su colateral “efecto tequila”, no encontró otra salida que intervenir para rescatar la economía industrial japonesa. Lo hizo de una manera muy similar a como habían intervenido los gobiernos japonés y alemán en 1985 para rescatar la economía industrial de EE.UU. de la crisis, en colaboración con las otras potencias del G-7, sosteniendo una revalorización del dólar. Los llamados “contra-Acuerdos del Plaza” de 1995 supusieron un cambio de orientación de la economía mundial, con la consiguiente revalorización del dólar y de las monedas de Asia Oriental ligadas al mismo, y un declive paralelo del yen y del marco, iniciando una nueva época respecto de las tendencias en el desarrollo económico internacional que habían prevalecido en la década anterior.

Declive de los beneficios, revalorización del precio de las acciones. Apenas el dólar comenzó a revaluarse a finales de 1995, después de una década de depreciación, el fardo de la sobre-capacidad y sobre-producción internacional en el sector industrial se desplazó de nuevo desde Japón y Europa Occidental hacia EE.UU. La revaluación del dólar cortó en seco la creciente competitividad de la industria de EE.UU. que había permitido la recuperación de su tasa de ganancias. En 1996 y 1997, la expansión industrial de EE.UU. pudo sostenerse en la medida en que creció la producción, se aceleró el crecimiento de la productividad y los costes de producción se redujeron significativamente. Sin embargo, la industria de EE.UU. perdió vitalidad, estrangulada por la intensa presión negativa sobre los precios resultante de la abundancia de oferta internacional y del incremento de sus costes relativos debido a la revalorización del dólar. De hecho, si los empresarios de EE.UU. no hubieran sido capaces de recortar los salarios reales en estos dos años, la tasa de ganancias del sector industrial hubiera comenzado a caer inmediatamente. Pero no tardó mucho en suceder.

-Mientras tanto, en 1995, según los términos de los “contra-Acuerdos del Plaza” mediante los cuales las potencias del G-7 habían decidido cambiar los tipos de cambio del dólar, el yen y el marco, EE.UU., Alemania y sobre todo el gobierno japonés inundaron de fondos el mercado de dinero de EE.UU. para empujar la revalorización del dólar, fundamentalmente a través de la adquisición de bonos del Tesoro. Pronto les siguieron los gobiernos de Asia Oriental y los especuladores de fondos de inversión de todo el planeta. Como resultado, los intereses a largo plazo de EE.UU. cayeron en picada y paralelamente la Reserva Federal comprimió las tasas de interés a corto plazo (para ayudar a combatir la crisis del peso mexicano).

El relajamiento de los mercados financieros que tuvo lugar en 1995 y la revalorización del dólar provocaron la gran carrera alcista de las bolsas. De hecho, entre 1980 y 1995, el precio de las acciones en las bolsas de EE.UU. había subido considerablemente, pero no más que la tasa de ganancias empresarial. En otras palabras, hasta 1995 la carrera alcista del mercado de valores se justificaba plenamente en base a los beneficios empresariales. Pero, a partir de ahí, los precios de las acciones crecieron mucho más que los beneficios empresariales, sobre todo cuando la tasa de ganancias industrial comenzó a ser negativa. Y la mayor burbuja bursátil de la historia de la bolsa de EE.UU. estalló (ver cuadro 5).

Cuadro 5: Índice de beneficios de las empresas netas de intereses después de impuestos. Índice compuesto de la Bolsa de Nueva York 1980-2000



Si los cambios financieros internacionales de 1995 desencadenaron la carrera alcista de la bolsa, Alan Greenspan y las empresas la consolidaron. A finales de 1996, Greenspan declaraba públicamente su preocupación por la “exuberancia irracional” de los precios de las acciones. Pero en privado estaba mucho más preocupado por un posible parate de la economía de EE.UU., sobre todo teniendo en cuenta la revalorización del dólar y las ambigüedades iniciales del crecimiento de la economía. Por ello, Greenspan no hizo el menor intento de controlar el enorme aumento de liquidez que provocaron el aluvión de dinero extranjero y sus propios recortes de la tasa de interés. De hecho, con la excepción de un aumento en un cuarto de punto a comienzos de 1997, Greenspan mantuvo invariable la tasa de interés desde comienzos de 1995 hasta mediados de 1999, con el resultado de que en la segunda mitad de los 90 la oferta monetaria creció cuatro veces más que en la primera mitad de la década. El relajado régimen monetario de Greenspan infló aún mas los mercados de valores y no por casualidad dio pie al llamado “efecto riqueza”. Es decir, proporcionó a las empresas y las familias la riqueza virtual que les permitió endeudarse más fácilmente y aumentar sus inversiones y consumo, alimentado la expansión económica.

Las empresas de EE.UU. rápidamente sacaron tajada del dinero fácil que Greenspan proporcionaba. Entre 1995 y el 2000 aumentaron sus créditos en relación con el PIB empresarial hasta niveles sin precedentes, no tanto para invertir en nuevas fábricas y equipos, sino para poder recomprar sus propias acciones. De esta manera evitaban el engorroso proceso de tener que crear un valor real para los accionistas mediante beneficios obtenidos en la producción y venta de sus mercancías y servicios, pero al mismo tiempo incrementaban el valor en bolsa de las acciones para beneficio de esos mismos accionistas y de sus gerentes ejecutivos, que eran remunerados generosamente también en acciones. Las empresas de EE.UU. fueron los principales compradores netos en el mercado de valores entre 1995 y el 2000.

El efecto riqueza del alza de los precios de las acciones. La carrera alcista del mercado de valores permitió que la expansión de EE.UU. continuara y se acelerara entre 1995 y el 2000, incluso cuando la presión negativa de la tasa de ganancia industrial privó a la expansión de su sólida base inicial. En tanto el valor virtual de sus activos creció con la burbuja bursátil más allá de cualquier valor económico real, las empresas pudieron disponer de grandes fuentes alternativas de recursos prácticamente gratuitos, independientes de los beneficios industriales. Podían emitir acciones a los precios inflados de la bolsa y podían obtener créditos sin límite utilizando como garantía el va-

lor inflado de sus activos. De esta manera fueron capaces de mantener, e incluso de aumentar, la tasa de crecimiento de sus inversiones en nuevas fábricas y equipos, a pesar de la contribución cada vez menor, en términos relativos, de los beneficios industriales. Gracias a este “efecto riqueza” la expansión alcanzó una gran vitalidad.

Los límites del “efecto riqueza”

Sin embargo, una expansión económica alimentada por la carrera alcista de los mercados de valores cuando al mismo tiempo se estancaba, si no caía, la tasa de ganancia, tenía poco futuro. Más pronto que tarde la caída de la tasa de ganancia tendría que reflejarse en la bolsa. Además, cuando el precio de las acciones comenzó a caer, el “efecto riqueza” comenzó a actuar en sentido contrario y la economía, con cada vez más sobre-capacidad y sobre-producción, se hundió en la crisis.

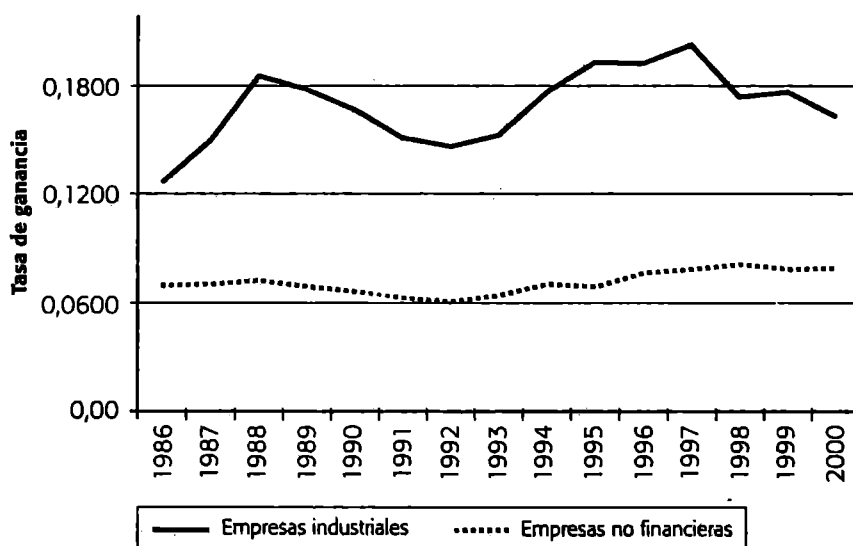
La crisis internacional de 1997-1998. Los problemas de rentabilidad y de burbujas bursátiles ya no eran exclusivas de EE.UU. en este momento. Entre 1985 y 1995, las economías industriales de Asia Oriental habían alcanzado un extraordinario crecimiento, basado en las exportaciones, gracias sobre todo a la devaluación de sus monedas. Éstas, que estaban ligadas al dólar y le seguían en su caída, confirieron a sus economías unas ventajas enormes de competitividad y cuotas de mercado frente a sus competidores japoneses. Pero, a comienzos de 1995, las cosas cambiaron. La misma revalorización del dólar que estaba hundiendo la tasa de ganancia industrial en EE.UU. e impulsando la carrera alcista de los mercados de valores provocó la subida de las divisas de Asia Oriental. Las economías de Asia Oriental comenzaron a sufrir las mismas tendencias contradictorias, con reducción de la competitividad industrial, presión negativa sobre la tasa de ganancia industrial y, por otra parte, aluvión de fondos extranjeros que aumentaron el precio de las acciones en la bolsa, igual que en EE.UU.

La reacción en cadena no se detuvo ahí. Entre 1985 y 1995, como respuesta al alza del yen, los empresarios japoneses habían reorientado su producción a Asia Oriental, aumentando la exportación de bienes de capital a la región, desplazando hacia esa zona la producción industrial de menor valor agregado. Cuando el yen comenzó a caer a partir de 1995, como consecuencia de los “contra-Acuerdos Plaza”, los empresarios japoneses pudieron recuperar cuotas de su mercado doméstico a expensas de sus rivales de Asia Oriental y expulsarlos a su vez de terceros mercados. Pero la crisis consiguiente de la industria de Asia Oriental se volvió contra la economía japo-

nesa, porque privó a las empresas y bancos japoneses de lo que se había convertido recientemente en su mejor mercado. En 1998, Japón se había hundido de nuevo en la crisis.

La economía de EE.UU. tampoco fue invulnerable. Como consecuencia del estallido de las burbujas bursátil, inmobiliaria y de la construcción y la huida del dinero de la región, la crisis de Asia Oriental estalló en 1997-1998 y fue agravada por la vuelta a un crecimiento negativo de Japón. Los fabricantes de EE.UU. perdieron cuotas de mercado en Asia Oriental y Japón y a la vez en los propios EE.UU. y otros países por la exportaciones con bajos costos de Asia Oriental. En 1998 y 1999, las exportaciones de EE.UU., habiendo aumentado a un ritmo sin precedentes durante la mayor parte de los 90, de pronto dejaron de crecer del todo, mientras que las importaciones seguían al mismo ritmo acelerado que antes. Con semejantes presiones, la tasa de ganancia de las industrias de EE.UU. cayeron un 17% entre 1997 y el 2000 y fue la responsable de una caída paralela de la tasa de ganancia del sector no-financiero del 9% en el mismo período (ver cuadro 6).

Cuadro 6: Tasa de ganancia neta de empresas industriales y empresas no industriales no financieras - EE.UU. 1986-2000



Mientras tanto, desde mediados de 1998, el precio de las acciones de las empresas de EE.UU. comenzó a desplomarse, siguiendo la caída de los beneficios empresariales, bajo la doble presión de la crisis de Asia Oriental y la sobrevaluación del dólar. Tras las crisis rusa y brasileña, EE.UU. se sumergió, a comienzos de 1998, en su crisis económico-financiera más seria tras la posguerra. Pero si EE.UU. había caído en la recesión, gran parte de la eco-

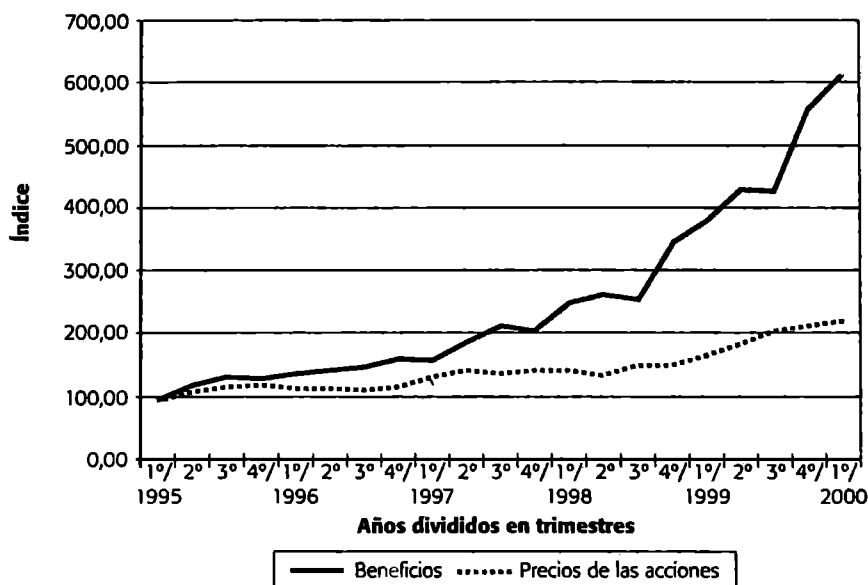
nomía mundial, tan dependiente del mercado nortamericano, podía acabar en una depresión.

La Reserva Federal sostiene la burbuja y la burbuja sostiene el boom. En septiembre-octubre de 1998, mientras los mercados financieros se congelaban, Alan Greenspan y la Reserva Federal ingeniaron su famoso salvamento del fondo de inversiones LTMC y redujeron la tasa de interés en tres ocasiones. Lo hicieron, en primer lugar, para frenar el desplome de la bolsa y contener una crisis que amenazaba con hundir todo el sistema financiero internacional. Pero Greenspan no intervino sólo para salvar a corto plazo la bolsa y el mercado financiero internacional del desastre. Lo hizo también para dar garantías a los inversores de las bolsas que querían que los precios de sus acciones siguieran subiendo, de manera que el “efecto riqueza” de la carrera alcista de los mercados de valores pudiera seguir sosteniendo la economía de EE.UU. y del mundo.

Lo que Greenspan intentaba podría calificarse de “keynesianismo bursátil”. En las políticas keynesianas tradicionales, el gobierno federal “subvencionaba” la demanda a través de un creciente déficit público que superaba a los ingresos fiscales. En la versión de Greenspan, por el contrario, son los crecientes déficits privados de las empresas y las familias más ricas los que debían financiar la demanda, alentándolas a gastar por encima de sus medios gracias al “efecto riqueza” virtual de la burbuja bursátil. Hacia 1997-98, la campaña del gobierno para reducir el déficit y equilibrar el presupuesto acabó por marginar cualquier tentación keynesiana tradicional. Para alentar la demanda de inversiones y de consumo y contrarrestar el declive de la competitividad, las exportaciones y la tasa de ganancia, la Reserva Federal no tenía otra opción que seguir sosteniendo el alza del mercado de valores.

Greenspan alcanzó en gran medida sus objetivos a través de sus garantías formales a las bolsas y sus alabanzas de la “nueva economía”, con unos resultados sin precedentes. Desde finales de 1998 hasta mediados del 2000, el mercado de valores siguió subiendo y el *boom* de la economía de EE.UU. entró en su fase más álgida. Los precios de las acciones alcanzaron su techo histórico, a pesar de la caída de la tasa de ganancia, y todas las empresas -pero especialmente las de telecomunicaciones, medios y tecnología (TMT), que explicaban una parte desproporcionada del alza de los valores bursátiles- tuvieron acceso a una financiación sin límites. Sobre esta base se desencadenó una nueva fase de crecimiento, acumulación de capital y aumento de la productividad, acelerando la expansión aún más (ver cuadro 7).

**Cuadro 7: Tecnología, medios y telecomunicaciones.
Precio de las acciones y beneficios, marzo 1995 - marzo 2000**



Además, por si faltase algo, el impresionante aumento de la demanda en EE.UU., que fue resultado de la aceleración de la expansión, junto con la revalorización del dólar, rescató a la economía mundial de su crisis de 1997-98 y desencadenó un nuevo ascenso económico internacional en 1999-2000. El efecto del muy rápido crecimiento de las importaciones de EE.UU. fue especialmente evidente en Asia Oriental, donde la demanda sin precedentes de componentes de alta tecnología sacó a las nuevas economías industrializadas (NEI) y, en cierta medida, a Japón, de la profunda depresión, empujándolos a un crecimiento rápido. Pero este aumento de la demanda de EE.UU. fue también imprescindible para Europa Occidental. El crecimiento de las exportaciones hacia EE.UU. de automóviles, máquinas herramientas y otros productos posibilitaron una rápida recuperación de las economías alemana e italiana, mientras que la baja cotización de las divisas de la zona euro permitió a los fabricantes europeos el acceso a terceros mercados.

Del hundimiento de la bolsa a la recesión

Los mercados de valores se movían al borde del abismo pero, mientras los inversores no mirasen hacia abajo buscando los beneficios empresariales, podían continuar sin vértigo su carrera alcista. Durante los últimos años de la década de los 90, la caída de la tasa de ganancia fue mitigada, parcial y momentáneamente, por los grandes aumentos de productividad conseguidos por los fabricantes gracias al crecimiento de las inversiones financiadas

gracias al “efecto riqueza”. También fue posible en parte por un crecimiento del consumo del 20% de los hogares más ricos de EE.UU., que pudieron disponer del 90% del aumento de la riqueza virtual generada por la subida de la bolsa. Esto fue responsable, todo hay que decirlo, de una reducción sin precedentes históricos de la tasa de ahorro personal en EE.UU. durante los 90. Con todo, el hecho es que en estos años, a pesar del aumento de la productividad y el crecimiento del consumo, la tasa de ganancia industrial cayó significativamente y el uso de la capacidad instalada no se elevó, indicando que se estaba acumulando un exceso de capacidad enorme, a pesar de que el *boom* alcanzaba su punto más álgido.

Las bolsas comenzaron finalmente a caer en la primavera del 2000, para hundirse definitivamente a finales del verano de ese año, mientras se publicaban una serie interminable de informes sobre los malísimos beneficios empresariales que ayudaron a pinchar todavía más la burbuja bursátil. Un gran número de empresas de comercio electrónico que nunca habían tenido beneficios fueron las primeras en hundirse, a medida que simplemente se fueron quedando sin nuevas inversiones. Pero pronto la caída de la bolsa arrastró a casi todas las principales estrellas del sector TMT, incluyendo algunas empresas tan importantes como los fabricantes de equipos Cisco, Lucent y Nortel y los de componentes JDS Uniphase y Sycamore. Quizás hasta un tercio de los activos que se consideraban más sólidos al comienzo del 2000 se habían desvanecido en el aire.

Como consecuencia de la caída del valor de las acciones, el “efecto riqueza” comenzó a actuar en el sentido contrario. Una vez que el valor de sus activos en acciones se redujo drásticamente, las empresas y las familias no sólo tuvieron más dificultades para financiarse, sino también menos estímulos, especialmente cuando la amenaza de la bancarrota y el desempleo comenzaron a materializarse, obligándolas a equilibrar unas contabilidades estiradas hasta términos angustiosos. Por otra parte, como es natural, habían reducido su gasto en bienes de consumo y capital. Pero con la caída del crecimiento de las inversiones, el crecimiento de la productividad se redujo también, aumentando la presión negativa sobre los beneficios.

La economía se encontró, sobre todo, con una enorme masa excedente de fábricas, equipos y software, especialmente cuando el consumo se hundía. La sobre-capacidad que se gestó tuvo como consecuencia que los beneficios industriales absolutos (sin intereses) se redujeran en el 2001 a un 41% de los de 1997, cuando alcanzaron su techo, desplomando la tasa de ganancia del sector empresarial no financiero un 25% por debajo de la de 1997.

Bajo el impacto ahora negativo del efecto riqueza y con semejante gigan-

tesca capacidad excedente, el crecimiento de la producción y de las inversiones cayó más deprisa que en cualquier otro período comparable posterior a la Segunda Guerra Mundial. El crecimiento del PNB se redujo del 5.2% a mitad del 2000 a un 0,8% en la primera mitad del 2001 y el crecimiento de las inversiones productivas del 11% a un -7.4% en el mismo período. El colapso de las inversiones por la sobre-capacidad industrial y el hundimiento de los beneficios fue el motor de la recesión cíclica.

El empleo y la producción industrial comenzaron a caer inmediatamente de manera profunda, arrastrados por el hundimiento del mercado de valores y el declive de los beneficios. Pero solamente a mediados del 2001 la economía de EE.UU. como un todo comenzó a sufrir la profunda reducción de sus mercados, que era la consecuencia lógica de las caídas del crecimiento y de la acumulación del capital, y a adoptar las medidas clásicas de supervivencia. Desde entonces, las empresas de EE.UU. han venido desprendiéndose de una parte importante de su capacidad productiva y, en particular, de su fuerza de trabajo, en un esfuerzo por intentar restaurar su competitividad y sus contabilidades, ejerciendo al mismo tiempo una enorme presión sobre sus rivales para adaptarse también ellos a la situación de crisis. El efecto agregado ha consistido en una poderosa espiral negativa con caída de inversiones, consumo, bancarrotas, créditos impagos, despidos en masa, que a su vez reducen la demanda, y una acumulación de las tendencias negativas que hacen más aguda la recesión.

El resto del mundo siguió de cabeza a EE.UU. en esta recesión. La última carrera alcista del mercado de valores había rescatado no sólo a la economía de EE.UU., sino también a la economía mundial, de la crisis económica internacional de 1997-98 iniciada en Asia Oriental. Pero con el derrumbe de la bolsa y de las inversiones en EE.UU., especialmente en alta tecnología, la moviola comenzó a proyectar la película en sentido contrario. Bajo el impacto de la caída en picada de las importaciones en EE.UU., las economías de Asia Oriental, Japón, y quizás Europa Occidental, han perdido impulso a mayor velocidad que EE.UU. Y como consecuencia las exportaciones norteamericanas se han reducido aún más deprisa. El resultado ha sido un efecto retroactivo internacional recesivo.

¿Pueden las políticas expansivas contener la marea?

Para contener la terrible caída de la economía en la crisis en el 2001, la Reserva Federal bajó los tipos de interés muy rápida y fuertemente. La idea era, por supuesto, alentar el gasto abaratando cuanto fuera posible el precio de los créditos.

Sin embargo, fue evidente desde el primer momento que esta política tendría un escaso efecto directo en la acumulación del capital, que en definitiva es la clave para cualquier recuperación. Las empresas poseían ya demasiadas fábricas y equipo y, simplemente, no querían invertir por muy baratos que fueran los créditos. En este sentido la Reserva Federal estaba, en palabras de Keynes, “tirando de una cuerda suelta”

La reducción sin precedentes de las tasas de interés había tenido, a pesar de todo, un éxito considerable por lo que se refiere a su objetivo a corto plazo, es decir alentar el consumo privado de las familias. Los créditos superbaratos provocaron un aumento extraordinario de la deuda de las familias, especialmente a través de la refinanciación de las hipotecas, a pesar de que el desempleo crecía. La demanda privada parecía haber salvado por el momento a la economía. En el 2001 y en el primer trimestre del 2002 el crecimiento de la deuda familiar aumentó más deprisa que en cualquier otro momento de la década de los 90. Ello permitió que el gasto en consumo personal creciera en un 3.1% el 2001 y diese un salto al 6% en el cuarto trimestre de ese mismo año. En respuesta a este aumento del gasto de los consumidores, las empresas reconstituyeron sus almacenes, que habían dejado vaciar durante la recesión, y el PNB creció igualmente. Fue esta cadena causal de crecimiento de la deuda familiar, crecimiento del consumo y crecimiento de las existencias almacenadas la responsable del salto adelante sustancial del PNB en el cuarto trimestre del 2001 y el primer trimestre del 2002.

Pero, precisamente porque la recuperación se había basado casi exclusivamente en el rápido crecimiento del consumo privado y en la deuda privada implícita, sus bases fueron muy débiles. El crecimiento de las inversiones productivas, la clave para una economía saneada, se había despeñado de una media anual del 14% en la primera mitad del 2000 a un 4% en la segunda mitad del año para aterrizar en un -3.2% en la primera mitad del 2001. El crecimiento de las exportaciones también se derrumbó: de un 11% en la primera mitad del 2000 a un 3.3% en la segunda mitad y a un -4.5% en el 2001 (aunque comenzó a recuperarse un poco en la primera mitad del 2002).

La caída de las inversiones y de las exportaciones fue la causa de la espiral negativa que atenazó a la economía hasta el final del 2001. El objetivo de los políticos es naturalmente mantener abierta la canilla del gasto y el consumo para que funcione la economía hasta que puedan recuperarse la inversión y las exportaciones, si es posible mediante inversiones atraídas por el aumento de la demanda privada. Pero la preocupación sigue siendo que el exceso de fábricas y equipos, responsables de la caída de la tasa de ganan-

cia, vuelva a frenar una nueva recuperación de las inversiones. De hecho, en el primer trimestre del 2001, la inversión productiva cayó un 6.8% adicional (sobre una base anual). Por lo que se refiere a las exportaciones, aunque hay que esperar que aumenten hasta el punto que la recuperación en EE.UU. aliente el crecimiento del resto de la economía mundial, es casi seguro que seguirán estando por detrás de las importaciones, aumentando la presión del ya altísimo déficit de cuenta corriente de EE.UU.

Una pregunta clave es la de cuánto tiempo el recorte de las tasas de interés podrá mantener el consumo privado. En el 2001, el crecimiento de la deuda familiar en relación con el PNB alcanzó su punto más alto desde 1980 (excepto en 1985) y la deuda de las familias en relación con el PNB alcanzó su récord histórico con casi un 25% más que en 1990. Es bastante posible, sobre todo si empeora el desempleo, por lo tanto, que las familias tengan que recortar su demanda de créditos y reducir su gasto. El consumo de las familias creció en el primer trimestre del 2002 la mitad de lo que había crecido en el último trimestre del 2001 y quizás ésta sea una señal de que el proceso ya está en marcha. Si es así, la recuperación puede estrangularse. En este horizonte de profunda incertidumbre, los enormes “desequilibrios” que son la herencia de la burbuja de los 90 nublan cualquier salida.

El crecimiento sin precedentes de la deuda de las familias, y especialmente de las empresas, fue un elemento central del *boom*. Pero a medida que las expectativas decaían y las bancarrotas aumentaban, las empresas recortaron drásticamente su demanda de créditos para ser menos vulnerables. Si esto continúa a gran escala, afectará muy negativamente a las inversiones.

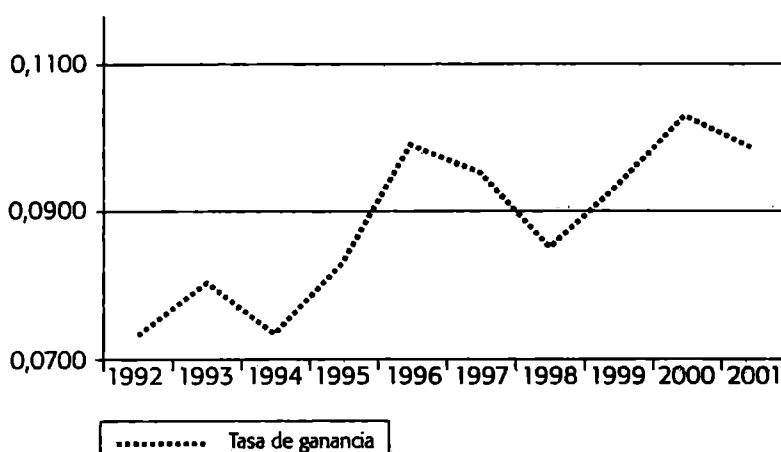
En el 2001, los déficit de cuenta corriente y comercial de EE.UU. habían alcanzado un récord histórico por tercer año consecutivo. Hasta hace muy poco los inversores extranjeros estaban dispuestos a cubrir ese déficit, haciendo grandes inversiones directas en EE.UU. y enormes compras de acciones y bonos de empresas norteamericanas. Pero la recesión de la economía de EE.UU. ha frustrado las expectativas y los mercados de valores siguen muertos, mientras el resto del mundo comienza a encontrar menos atractivos los activos norteamericanos. En el 2001, aunque la compra de bonos por inversores extranjeros se mantuvo, las inversiones directas para comprar o crear empresas en EE.UU. cayeron un enorme 60.4%, mientras que la compra de acciones norteamericanas por el resto del mundo se redujo más de un 35%, y un 45% anualizado más en el primer trimestre del 2002. Como resultado de este desencanto con los activos norteamericanos, la presión sobre el dólar ha sido fuerte y ha comenzado a caer de manera significativa (junio del 2002).

Si estas tendencias se mantienen, la Reserva Federal se encontrará pronto en una encrucijada: o bien deja caer el dólar y se arriesga a una venta masiva de activos norteamericanos en manos de inversores extranjeros, que puede no sólo provocar una crisis de los mercados bursátil e inmobiliarios sino también una devaluación real del dólar, o bien sube la tasa de interés y se arriesga a empujar la economía de nuevo a la recesión.

El precio de las acciones ha caído significativamente como respuesta a este horizonte empresarial cada vez más negativo. Pero, paradójicamente, su caída no ha sido capaz de re-equilibrar el valor de las acciones en relación con los beneficios reales, porque los beneficios también han caído significativamente. Las acciones siguen estando muy por encima de su valor real, y el mercado de valores puede todavía sufrir caídas importantes. Para peor, los escándalos de *Enron*, *Adelphia* y otras grandes empresas, que hasta hace muy poco eran las niñas bonitas del mercado de valores, han provocado una crisis de confianza de los inversores en la contabilidad de todas las empresas... y con buenas razones. De acuerdo con un reciente informe de *SmartstockInvestor.com*, las empresas del Nasdaq 100 declararon beneficios en los tres primeros trimestres del 2001 de 19.000 millones de dólares, aprovechándose de los formularios estándar “pro forma” que se les permite utilizar a este fin. Sin embargo, tuvieron que declarar pérdidas de 82.300 millones de dólares a la Comisión de Garantías del Mercado de Valores para el mismo período, usando el formulario de contabilidad GAAP que exige dicha comisión. Si la bolsa sigue cayendo, con una recuperación económica tan frágil, los efectos en la confianza empresarial y en la economía en general serán probablemente muy negativos, con la posibilidad de una espiral descendente retroactiva que afecte al dólar y al precio de las acciones.

Nubes en el horizonte. En última instancia, lo fundamental es que la tasa de ganancias, de la que depende cualquier recuperación, sigue muy deprimida y las fuerzas que la sostuvieron y reforzaron en los 90 han desaparecido. En el 2001, los beneficios de las empresas industriales cayeron a su nivel más bajo desde 1986. Al mismo tiempo, la tasa de ganancias de las empresas no financieras descendió a su nivel más bajo desde 1981. Sin embargo, el dólar sigue estando relativamente alto, frenando la competitividad internacional de los fabricantes de EE.UU. y haciendo extremadamente difícil la recuperación de la tasa de ganancias industrial. Y, por supuesto, hace tiempo que el “efecto riqueza” generado por la carrera alcista de la bolsa ha dejado de alentar la demanda o de hacer que las inversiones cuesten muy poco (ver cuadro 8).

**Cuadro 8: Tasa de ganancia de empresas no financieras
EE.UU. 1992-2000**



Aunque el crecimiento económico se ha acelerado hasta casi un 6% en el primer trimestre del 2002, la Reserva Federal no se ha atrevido a aumentar la tasa de interés, señal de que no confía en que la economía esté despegando y la recuperación esté asegurada. Por las mismas razones, el mercado de valores sigue con la misma tónica, cayendo hasta situarse en los niveles más bajos en el otoño del 2001 y tras los atentados del 11 de septiembre. Es evidente que el gran capital tiene serias dudas sobre una recuperación basada en el consumo. Greenspan ha declarado que la recesión ha terminado. Pero la economía está lejos de mostrar señales de recuperación.

Detriot, Junio del 2002

Periferias

Revista de Ciencias Sociales

Ediciones FISyP Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas

La guerra tendrá lugar

Daniel Bensaïd*



No es difícil imaginar el informe que los cerebros fértiles de la Casa Blanca o del Pentágono podrían haber presentado ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas después de las inmensas manifestaciones del 15 de febrero, para revelar las pruebas de un complot internacional: “Más de diez millones de miembros de una red terrorista –cuyos lazos con Al-Kaeda son casi indudables– han salido súbitamente y simultáneamente de las sombras en

numerosas capitales vociferando slogans hostiles al eje del Bien. Esos terroristas se han desvanecido tan rápidamente como aparecieron, fundiéndose hábilmente en una pretendida “opinión pública”. La más mínima medida de seguridad exige ubicar dicha opinión bajo alta vigilancia, etc.”

El 15 de febrero constituye, en efecto, una gran primicia mundial: la de la globalización de las resistencias a la privatización del mundo y a la guerra imperial. Los medios de comunicación redondearon la cifra en diez millones de manifestantes en Melbourne, Berlín, New York, Londres, París, Bruselas, Río, Tokyo, Roma. Sin embargo, están lejos de la cuenta. Más allá de los inmensos cortejos de Madrid y Barcelona, más de cuatro millones de personas desfilaron en el territorio español.

Sólo un ciego muy hexagonal puede ignorar el aumento en potencia de este mar de fondo: 300.000 manifestantes en Londres desde noviembre del

* Filósofo marxista, militante del Mayo 68, miembro de la Liga Comunista Revolucionaria (sección francesa de la IV Internacional). Artículo publicado en el diario Le Figaro 17-3-03.

2002, centenas de miles en enero en Washington y en San Francisco, un millón en Florencia para el Foro social europeo. Respondiendo al llamado del movimiento anti-guerra norteamericano, es este Foro el que lanzó la idea de una jornada mundial contra la guerra el 15 de febrero.

Antes del comienzo del pasaje a la guerra misma, la administración estadounidense se enfrenta a una movilización que sobrepasa de lejos el movimiento contra la guerra de Vietnam en sus inicios. Debe enfrentarse a una opinión masivamente hostil. La Santa Alianza "antiterrorista" se fisura y la autoridad imperial se divide. La jornada de pruebas prometida por George Bush y Tony Blair para el 14 de febrero, se convirtió en el día de la comedia de engaños con la presentación por parte de Colin Powell de un malísimo plagio universitario.

La obstinación en ir a la guerra de los cruzados del Occidente en estas condiciones es la apuesta a un juego de poker planetario muy riesgoso. Si ese riesgo es, no obstante, aceptado, es porque lo que está en juego está a la altura de la apuesta.

El problema del petróleo está claramente establecido. Se trata del control de las reservas y las rutas, del cual depende para los decenios que vienen el aprovisionamiento energético del mundo en general y de los Estados Unidos en particular. Lo que está en juego a nivel geopolítico es también serio. La instalación en Bagdad de un régimen dócil al imperio de todas las virtudes modificaría el mapa de la región, establecería una ubicación fuerte en la plataforma de Asia Central y de Medio Oriente, crearía una línea de contención frente a una eventual expansión china.

La apuesta económica es igualmente importante. El relanzamiento del presupuesto armamentístico es una forma clásica de sostener una economía anémica: permite al Estado invertir en un tipo de producción (armas y municiones), en la que el consumo destructivo no necesita del "consumo interno" y del aumento del poder de compra; es, entonces, perfectamente compatible con las políticas de austeridad salarial y de desempleo masivo. Ahora bien, los Estados Unidos son de ahora en más un coloso militar que descansa sobre pies de barro. Se espera que el endeudamiento público y privado llegue a niveles récord, el año pasado vio más quiebras que durante los veinte años precedentes, y la caída fracasante de la casa Enron simboliza la debacle de la nueva economía especulativa.

Medidas de relanzamiento ordinarias no serán suficientes para salir del marasmo. Las condiciones para la apertura de un nuevo período de acumulación de capital a escala mundial son de otra amplitud. Implican una modificación radical de la relación de fuerzas, una nueva repartición de territo-

rios, nuevas relaciones entre las clases fundamentales, nuevos dispositivos institucionales y jurídicos. Tal conmoción no se opera amigablemente, sobre las alfombras verdes de las cancillerías, sino por el hierro y el fuego de los campos de batalla. En la época de la mundialización mercantil, la guerra sin fronteras se transforma así en guerra global, ilimitada en el tiempo y en el espacio, como lo anunciaba G. Bush en su discurso del 20 de septiembre del 2001. Las tensiones aparecidas entre Dolarlandia y Eurolandia se inscriben en esta lógica. Europa hoy no es más que un gran mercado y una moneda, un espacio gelatinoso sin consistencia política ; pero el euro puede transformarse un día en candidato al relevo del dólar, como el relevo del dólar por la libra marcó entre las dos guerras el desplazamiento al otro lado del Atlántico del liderazgo capitalista. Para los dirigentes, la hora de elegir, entre una Europa atlántica rodeada por la OTAN y una “Europa potencia”, tanto rival como aliada de los Estados Unidos, se precisa.

Poniendo a los europeos entre la espada y la pared –”El que no está con nosotros está en contra nuestro”– los halcones de la Casa Blanca toman la delantera.

La rompiente del 15 de febrero no alcanzará probablemente a detener la guerra. Pero maximiza desde ya el costo político para los dueños del mundo. En la hipótesis de un pasaje inminente al acto militar, un desenlace rápido continua siendo probable (ya que el régimen de Saddam es impopular y está carcomido). La instauración de un orden imperial durable en la región es mucho más problemático. El imperio victorioso estará pronto amenazado por el fardo de sus propias conquistas y empujado a recargar estos costos sobre sus vasallos. Ya en obra desde hace decenios, la transferencia planetaria de plusvalía en detrimento de los más frágiles (por el círculo vicioso de la deuda notoriamente) se amplificará con su cortejo creciente de desigualdades e injusticia. La descomposición política y social del continente latinoamericano prefigura esas convulsiones previsibles.

En este nuevo desorden mundial, como lo ilustra la situación argentina a la víspera de las elecciones, los dominadores pueden todavía beneficiarse de la gran distancia entre el ascenso de las resistencias sociales y de los movimientos anti guerra, y las ruinas de las fuerzas políticas de izquierda, desvastadas por veinte años de contra-reforma liberal, desorientadas por la destrucción metódica de los pactos keynesianos (en Europa) y populistas (en América latina y en ciertos países árabes) sobre los cuales reposaba la relativa estabilidad del largo período de expansión.

Pero la guerra es un potente factor de politización. Pone al desnudo la lógica de un sistema en el que el militarismo imperialista es el corolario obli-

gado de la mundialización mercantil. Así después de las manifestaciones inaugurales de Seattle en 1999 contra la Organización Mundial del Comercio, una generación, que no ha conocido ni la guerra fría ni la Unión Soviética, hace su entrada tumultuosamente en política. Es esta juventud rebelde la que engrosa las manifestaciones contra la guerra. Sus próximas citas ya están fijadas, en marzo contra la guerra anunciada, en junio en Francia contra la cumbre del G8, en septiembre contra la cumbre de la OMC en Cancún. La hora sigue siendo de las resistencias.

Pero la multiplicación, en menos de tres años, de los Forum Sociales (Porto Alegre, Florencia, Buenos Aires, Hyderabad, Ramalá!), prepara la hora de las alternativas. Así como la mundialización victoriana creó en el siglo XIX las condiciones de la Primera Internacional, el nuevo militarismo imperial nutre un nuevo internacionalismo de masas que lo sigue como la sombra al cuerpo. El espíritu de Davos y el de Porto Alegre representan dos concepciones del mundo, dos concepciones contradictorias de la humanidad y de su porvenir. Entre las dos no hay, en última instancia, ni “tercera vía” ni coexistencia pacífica posible.

Es por eso que la doctrina de la “guerra preventiva”, oficializada por el Pentágono, es también una doctrina de la contra-revolución preventiva, de desarrollo del Estado penal y militar en detrimento del estado social, de la criminalización de las resistencias sociales.

Tarde o temprano, la guerra de Troya –en Babilonia o en otra parte– tendrá lugar. Comenzó desde la caída del muro de Berlin, con la primer guerra del Golfo. Se continua en América Central y Latina, con los planes Colombia y Puebla. Causa estragos en los territorios ocupados de Palestina.

El 15 de febrero constituye el acta de nacimiento de un movimiento antiguerra mundial. Es sólo el comienzo de una muy larga marcha. ♣



La Guerra del Imperio: lógica de la excepción y retorno de la soberanía

John Brown

No a la guerra de
BUSH

*¿"Remota itaque iustitia quid sunt regna nisi magna latrocinia?
equia et latrocinia quid sunt nisi parua regna?"*¹
Augustinus. De Civitate Dei. IV.4

¿El Departamento de Defensa escucha a N. Chomsky?

Noam Chomsky, había recordado en su intervención pública en Porto Alegre que, si había un actor político en este mundo cuya práctica correspondiese a la definición de terrorismo del Departamento de la Defensa de los EE.UU., este era sin duda la administración norteamericana. La intervención en Afganistán (como tantas otras anteriores) respondía con bastante exactitud a la definición oficial que da el Departamento de Defensa de este fenómeno: *"una utilización calculada de la violencia o la amenaza de una acción violenta con el objetivo de coaccionar o intimidar a gobiernos o sociedades persiguiendo objetivos que son generalmente de carácter político, religioso o ideológico"*.²

Esta definición fue modificada por el Departamento de la Defensa en el mes de diciembre de 2001 y la palabra "violencia" va acompañada desde entonces del calificativo "ilegal" o "ilegítima", en inglés "unlawful".³ La observación de Chomsky no tuvo probablemente ningún papel en este impor-

¹ ¿"En efecto, qué son los imperios sin la justicia, si no grandes bandas de ladrones?" Y qué es una banda de ladrones sino un pequeño imperio. "Agustín de Hipona, *Ciudad de Dios*, IV.4".

² « The calculated use of violence or threat of violence to inculcate fear; intended to coerce or to intimidate governments or society in the pursuit of goals that are generally political, religious, or ideological. » Department of Defense Instruction Number 2000.14 June 15, 1994, <http://www.dtic.mil/whs/directives/corres/text/i200014p.txt>

³ Department of Defense, Dictionary of Military Terms, Terrorism, <http://www.dtic.mil/doctrine/jel/doddict/dota/t/05290.html> revisión, 19 de diciembre de 2001.

tante cambio; éste sin embargo se había hecho indispensable en el marco del programa de utilización generalizada de la violencia política calculada que, después del 11 de septiembre caracteriza la acción exterior de la administración americana.

La primera definición –que data de 1994– se limitaba a delimitar el concepto de terrorismo: la segunda supone la existencia de una excepción siempre que el sujeto de los actos que definen el terrorismo actúe de manera legítima (lawful). En el primer caso, la violencia de Estado permanecía públicamente ocultada; en el segundo, esta misma violencia aparece como el reverso “legítimo” del terrorismo. Un terrorismo que ya no se llama así porque lo practican los Estados Unidos y subsidiariamente sus aliados.

Se trata, pues, en la definición más reciente, de explicitar esta excepción. Lo que es nuevo no es que el Estado –y más concretamente el Estado americano– nunca se haya privado de ejercer la violencia política contra la población de otros países y contra su propio pueblo, sino que reconozca abiertamente que el ejercicio de esta violencia es para él un derecho legítimo. Consideramos esta pequeña adición como un signo esclarecedor del proceso constituyente que está en curso y que está encaminado a establecer una soberanía a escala mundial. La creación de esta nueva soberanía pone en cuestión el conjunto del derecho internacional y liquida también el Estado de Derecho a nivel nacional. Por otra parte, la nueva soberanía se ve obligada, para buscarse una legitimación, a mantener una guerra permanente en la cual el enemigo es constantemente redefinido.

Abandonando toda búsqueda de legitimación por un pacto social basado en la redistribución de la riqueza y en políticas de desarrollo del Tercer mundo, el nuevo poder capitalista sólo puede en adelante obtener el asentimiento de sus súbditos colocándose de manera permanente en una situación de riesgo existencial real o enteramente inventada. El Estado, reducido a su mínima expresión en el neoliberalismo, se convierte en la instancia que protege a los individuos y al pueblo del riesgo del otro por medio de una guerra sin fin y de un control social sin límites. En el marco de una excepción permanente, debe siempre presentarse como si estuvieran él y la sociedad al borde del abismo. La amenaza exterior y la inseguridad interior, cuyos límites recíprocos son ya completamente difusos, constituyen los dos grandes pilares de su autoridad.

Lógica de la excepción

En primer lugar, nos enfrentamos aquí a un problema de lógica: si la violación del derecho por un Estado se convierte en un derecho legítimo, nos

encontramos ante una paradoja innegable, pues una norma legal reconoce explícitamente a un determinado sujeto “legítimo” el derecho a infringirla. Esto tiene por consecuencia que, si este sujeto actúa ilegalmente, está en la legalidad, puesto que la ley lo considera como el único posible autor legítimo de la transgresión y que, por la misma razón, aun actuando legalmente, podrá infringir la ley... Así pues, el Estado americano, ayer en Afganistán y mañana, si nada lo impide, en Irak, realizará actos que define él mismo como terroristas. Si comete actos de terrorismo cuando juzga que es necesario hacerlo, no contraviene su propia legalidad, puesto que actúa de manera legítima, y si actúa en toda legalidad puede incluir entre sus actos aquéllos que califica como terroristas cuando otros sujetos los cometen. En la situación excepcional que es la suya, el soberano está siempre dentro y fuera de la ley. Según Carl Schmitt: *“El caso de excepción revela con la mayor claridad la esencia de la autoridad del Estado. En él, la decisión se separa de la norma jurídica y (para formularlo paradójicamente), en él la autoridad demuestra que, para crear el derecho, no es para nada necesario actuar conforme a derecho.”*⁴

Esta lógica⁵ de la excepción es desde su origen la del Estado soberano moderno para el cual el soberano está al mismo tiempo dentro y fuera del ordenamiento jurídico. Se encuentra fuera del ordenamiento jurídico cuando decide sobre la excepción, cuando reconoce los riesgos existenciales que incurre el Estado y, en particular, cuando nombra el enemigo como origen de este riesgo. El horizonte de la política en una teoría de la sobera-

⁴ Carl Schmitt, *Théologie politique*, NRF, Gallimard 1988, p.23-24

⁵ La paradoja de la soberanía constituye un caso particular de la paradoja de los conjuntos: consideremos el conjunto de todos los conjuntos que no se contienen a sí mismos. ¿Se contiene tal conjunto a sí mismo? En caso afirmativo se contradice la definición del elemento del conjunto que él mismo es. En caso negativo, no satisface su propia definición como conjunto. La forma más popular de esta paradoja es la paradoja del peluquero: consideremos a un peluquero que afeita exclusivamente a todos los hombres que no se afeitan a sí mismos. ¿Se afeitara a sí mismo? Si lo hace, no queda satisfecha la propiedad que lo define, si no lo hace, no es barbero. Consideremos en nuestro caso –como nos invita a hacerlo ese lógico improvisado que es el Departamento de Defensa americano– a un Estado que incriminaría como terroristas a los actos de los que –no teniendo legitimidad para hacerlo– no incriminan al terrorismo. ¿Cuando el propio Estado que incrimina el terrorismo lo practica a su vez, se incrimina a sí mismo? Sí, porque no lo incrimina cuando lo practica. No, porque lo que practica no es terrorismo, puesto que lo incrimina.

La teoría de los tipos de Bertrand Russell intentó aportar una solución a estas paradojas. Según esta teoría: “todo lo que implica la totalidad de una clase no puede ser miembro de esta clase”. De este modo, la clase de todas las clases no podría ser una clase del mismo tipo que las clases que incluye, lo que soluciona la paradoja descartando toda consideración lógica de la propiedad “ser miembro de sí mismo”. Se buscaron otras soluciones en una lógica trivalente donde es posible que una clase se contenga a sí misma, que no lo haga o que pueda a la vez contenerse o no contenerse a sí misma.

nía es siempre un horizonte de guerra: “el caso de guerra sigue siendo, hasta hoy, la prueba decisiva por excelencia[...]Un mundo del que la posibilidad de esta lucha se hubiera eliminado y descartado enteramente, un planeta definitivamente pacificado sería un mundo sin discriminación del amigo y del enemigo y por lo tanto un mundo sin política”⁶.

En la actualidad inmediata, caracterizada por un proceso constituyente que se desarrolla a escala mundial, encontramos numerosas ilustraciones de esta posición. La producción sistemática de un *casus belli* con el fin de intervenir en un país para defender determinados intereses era algo familiar mucho antes de la primera guerra del Golfo y de la guerra de Kosovo, sin embargo, nunca de una manera tan clara como hoy, cuando los Estados Unidos intentan imponer una guerra contra Irak, esta lógica de la excepción soberana ha sido tan manifiesta. Nunca, tampoco, ha mostrado su aspecto constituyente de manera tan explícita. Tomaremos como ilustración la justificación del ataque “preventivo” contra Irak por parte de la administración Bush y de algunos de sus “aliados” europeos.

La marcha hacia Bagdad

Recuérdese que, esta nueva dinámica político-militar se inscribe en el marco de la reestructuración de las relaciones de hegemonía después del 11 de septiembre de 2001. La primera reacción del Gobierno americano después de los atentados fue declarar una guerra “contra quien corresponda” cuyo primer objetivo fue Afganistán, pero cuyo destino es prolongarse en una serie indefinida de ataques contra un número indefinido de Estados incontrolados (*rogue states*). Si el Consejo de Seguridad aprobó el ataque contra Afganistán en clara violación de la Carta de las Naciones Unidas⁷, con el pretexto de que el Gobierno de los talibanes albergaba a Bin Laden, hoy el *casus belli* contra Irak es más difícil de establecer. Por una parte, es absurdo afirmar que el régimen laico iraquí sea el aliado de una organización integrista como Al-Qaeda que alberga hacia él una profunda hostilidad. El argumento para atacar Irak debe buscarse en otra parte: en el hecho improbable de que este país arruinado por las sanciones estaría, según la administración Bush, en condiciones de producir armas de destrucción masiva capaces de amenazar a los Estados Unidos. Irak en respuesta a las primeras amenazas americanas autorizó la vuelta sin restricciones de los inspectores de armamento de las Naciones Unidas a su territorio para probar que no po-

⁶ Carl Schmitt, *La notion de politique*, Champs-Flammarion, p.73.

⁷ Francis Boyle, *No war in Afghanistan*, <http://www.ratical.org/ratville/CAH/fab112901.pdf>

see tales armas y ajustarse a las Resoluciones de las Naciones Unidas correspondientes. Al Gobierno americano no le pareció suficiente. La Resolución de las Naciones Unidas que sirve de base a las inspecciones tuvo que modificarse y sustituirse por un texto más duro y en principio inaceptable para Irak, puesto que implica —como para Yugoslavia en los acuerdos frustrados de Rambouillet— una presencia militar americana en territorio iraquí. Por otra parte, el Presidente Bush y otros miembros de su administración no ocultan que su objetivo no es hacer respetar la ley internacional sino forzar un cambio de régimen en Irak, o incluso hacer asesinar a Saddam Hussein... En este contexto, Donald Rumsfeld, enuncia un principio epistemológico que ilustra perfectamente esta lógica de excepción: *"the absence of evidence is not the evidence of absence"* (la ausencia de pruebas no constituye la prueba de la ausencia... de armas de destrucción masiva). Más allá de toda lógica jurídica, Rumsfeld propone justificar una guerra de agresión contra Irak... porque nunca se sabe. Si la norma penal exige que el crimen se pruebe antes de castigar al culpable, aquí la ausencia de pruebas del crimen no sirve para impedir el "castigo". Cuando se designa al enemigo de manera soberana, esta designación no tiene ya que hacerse en el marco del derecho... La idea de una guerra "preventiva", que es la base de la nueva doctrina de seguridad nacional de la administración Bush constituye así una expresión de la nueva soberanía planetaria.

Del ordenamiento jurídico mundial al Imperio soberano

En la marcha forzada hacia el ataque contra Irak, es necesario destacar que el proceso de justificación de la intervención tiene lugar a dos niveles contradictorios: por una parte, existe una voluntad, por parte de un amplio sector de las élites americanas y europeas, de salvaguardar la forma de las instituciones internacionales al hacer aprobar el conjunto del proceso por las Naciones Unidas, pero por otra parte, es esencial que los EE.UU. pongan de manifiesto que existe también un poder soberano a escala mundial que se expresa a través de los dirigentes de este país. Tenemos así un marco jurídico, y también un sujeto cuyo objetivo es situarse en posición de excepción con relación a él. La soberanía se expresa así muy clásicamente como una relación paradójica con el derecho. La fuerza no basta para asentar la soberanía, puesto que ésta debe expresarse como excepción: el soberano debe estar a la vez dentro y fuera del derecho.

El sistema de las Naciones Unidas prevé una resolución jurídica de los litigios internacionales. El gran teórico del derecho que sentara las bases de este sistema, Hans Kelsen, pretendía sustituir a la lógica de la soberanía y la

guerra por normas jurídicas de alcance universal que comprometiesen a los miembros de las Naciones Unidas y que excluyesen la guerra como instrumento de las relaciones internacionales. *“La idea de soberanía debe eliminarse radicalmente... la concepción de la soberanía del propio Estado es hoy un obstáculo para todos los que pretenden que se cree un ordenamiento jurídico internacional, insertado en una organización basada en una división planetaria del trabajo; la idea de soberanía impide a los órganos especiales funcionar para que desemboquemos en el perfeccionamiento, la aplicación y la actualización del derecho internacional, bloquea la evolución de la comunidad internacional en dirección de una ...civitas maxima (incluso en el sentido político y material de la palabra). Representa una tarea infinita la constitución de este Estado mundial en el cual debemos, con todos nuestros esfuerzos, colocar la organización mundial”*⁸ Este proyecto implica una desaparición de la soberanía clásica y la primacía del ordenamiento jurídico mundial sobre el derecho a la guerra y el derecho de guerra. La idea de una prueba de fuerza decisiva entre Estados queda sustituida por la de un ordenamiento jurídico mantenido por una fuerza común. Este sistema, a pesar de las constantes violaciones de sus normas básicas, pudo mantener una existencia aparente en el marco de la guerra fría cuyo particular equilibrio de fuerzas hacía imposible la aparición de una auténtica soberanía mundial. Después del hundimiento del bloque soviético, no pudo ya mantenerse esta apariencia y el regreso de la soberanía está de ahora en adelante al orden del día. Salvo que la nueva soberanía sólo reconoce ahora un único sujeto soberano.

Todo esto queda ampliamente ilustrado por los avatares del Tribunal Penal Internacional (TPI). Este tribunal tiene por objeto juzgar el genocidio, los crímenes contra la humanidad y los crímenes de guerra⁹ siguiendo la inspiración del tribunal de Nuremberg que juzgara a los dirigentes del régimen nazi. El TPI se enmarca plenamente en el sistema de Naciones Unidas. Había recibido en julio de 2002 un número suficiente de adhesiones de Estados del mundo entero para entrar en funcionamiento. Los actuales dirigentes de los Estados Unidos no lo reconocen y hacen lo que pueden para impedir su funcionamiento. Entre otras medidas, aprobaron un acto sobre la responsabilidad de sus agentes (ASPA) que pretende sustraerlos a la acción del tribunal y proponen a los distintos Estados que se adhirieron a los Estatutos del tribunal que suscriban con los Estados Unidos acuerdos bilaterales de inmunidad para los nacionales de los Estados Unidos. Con

⁸ Hans Kelsen, *Das Problem der Souveränität und die Theorie des Völkerrechts*, Tübingen, 1928, pp. 320 ss.

⁹ Artículo 5 del Estatuto de Roma del Tribunal penal internacional

arreglo a estos acuerdos, sería competencia de los tribunales americanos juzgar a los ciudadanos americanos acusados de crímenes perseguidos por el Tribunal Penal Internacional. Cabe preguntarse cuál sería el resultado de estos juicios, cuando los Estados Unidos se reservan explícitamente el derecho a practicar una serie de actos, que, perpetrados por otros Estados, constituirían actos de terrorismo o figurarían entre los más graves crímenes internacionalmente reconocidos. Sería obviamente imposible que un tribunal americano condenase a los pilotos americanos que destruyeron instalaciones civiles en Irak o Yugoslavia siguiendo órdenes de sus autoridades.

La UE, que apoya unánimemente al tribunal se vió dividida debido a que algunos de sus Estados miembros (Gran Bretaña, España, Italia...) suscribieron o se preparan a suscribir acuerdos de este tipo con los Estados Unidos. Para alcanzar una posición unitaria, el Consejo de la UE autorizó a sus Estados miembros a negociar tales acuerdos con algunas limitaciones más retóricas que reales merced a las cuales se pretende establecer una sutil distinción entre la impunidad y la inmunidad: *"toda solución debe incluir disposiciones operativas adecuadas para garantizar que las personas que hubieren cometido crímenes que caen bajo la jurisdicción del Tribunal no gocen de impunidad. Estas disposiciones deberían garantizar una investigación adecuada y cuando haya pruebas suficientes, el enjuiciamiento por tribunales nacionales de las personas reclamadas por el Tribunal Penal Internacional"*¹⁰. Esto equivale a autorizar a los Estados Unidos a realizar los propios actos que el Tribunal debe perseguir, pero que la primera potencia mundial considera legales (lawful) cuando es ella quien los comete. Nos encontramos así, de nuevo, ante un caso típico de reconocimiento de soberanía, en la medida en que los Estados Unidos reivindican que se les reconozca una posición de excepción con relación al derecho internacional.

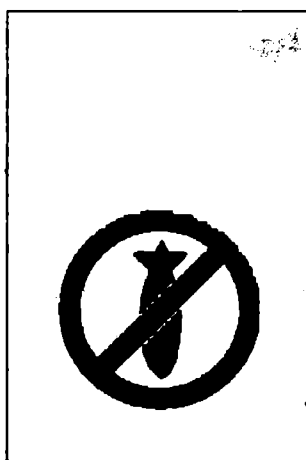
Conclusión

El objetivo de la administración Bush es colocar Estados Unidos a la cabeza de una nueva soberanía mundial, un Imperio reconocido como tal por las otras potencias, en particular, por Europa, Rusia y China. Dos atributos fundamentales de esta nueva soberanía son ya visibles: la capacidad de designar al enemigo en los raros Estados u organizaciones que no reconocen la soberanía imperial y por consiguiente de decidir el estado de guerra (permanente) en nombre de la comunidad internacional y el hecho de que la posi-

¹⁰ Conclusiones del Consejo de Asuntos Generales 30.9.2002, <http://ue.eu.int/news-room/newmain.asp?lang=2>.

ción de excepción (impunidad, derecho al terrorismo legítimo) con relación al derecho internacional que ocupan los Estados Unidos y su satélite israelí obtenga un reconocimiento tácito o expreso casi universal. Sigue siendo problemático otro nivel de legitimidad : el consenso popular a escala mundial –incluso en los países del centro del sistema imperialista clásico, en particular, los propios Estados Unidos– que por el momento no logra consolidarse más allá de la nueva “nomenklatura” que representan las élites globalizadas. La edificación de un orden imperial soberano encuentra aquí un grave obstáculo que hoy se traduce en las maniobras dilatorias de los europeos en la ONU para frenar el ataque contra Irak. Los fundadores del Imperio aún no cruzaron el Rubicón: a nosotros nos corresponde impedirselo aprovechando las divergencias entre antiguas potencias imperialistas. El éxito de Florencia y el mantenimiento de la movilización en Europa y los Estados Unidos constituyen pasos muy importantes en la buena dirección. ♣

Diciembre 2002



DESDE LOS PUNTOS
CUATRO

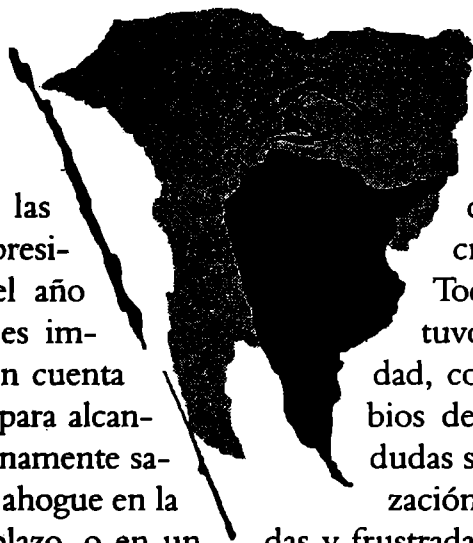
Correo de Prensa Internacional

Xola 81 - Col. Alamos
Tel./Fax (5) 590-0708

C.P. 03400 México, D.F.
csapn@laneta.apc.org

Elecciones del 27 de Abril

Daniel Campione



De frente a las elecciones presidenciales del año 2003 en Argentina, es imprescindible tomar en cuenta una serie de puntos para alcanzar un análisis medianamente satisfactorio, que no se ahogue en la estrechez del corto plazo, o en un examen superficial que compare la imagen de los candidatos. A saber:

1. La completa anormalidad de estas elecciones en cuanto a su diseño: Sólo a presidente y vice, desfasada de los mandatos legislativos y de los gobiernos locales, lo que abre una difícil convivencia. Esta extrañeza se completa con la legislación híbrida urdida por el gobierno provisional, que permite presentar varios candidatos por partido (y que sólo utiliza uno de ellos, el peronismo), y que produce la paradoja de un asentimiento generalizado a la idea de que las elecciones las ganará uno de los candidatos de un partido desarticula-

do y afectado por una crisis que lo excede. Todo el proceso electoral tuvo un dejo de irrealidad, con permanentes cambios de fecha y de normas, dudas sobre su efectiva realización, candidaturas lanzadas y frustradas al poco tiempo. Y a ello hay que añadir que las 'muestras' de procesos electorales, internos y locales, fueron lo suficientemente irregulares como para constituir un anuncio de irregularidades y problemas en el comicio nacional.

2. El profundo desgaste de todos los partidos tradicionales, pero que paradójicamente ha dejado a éstos casi solos en el escenario. Esto se produce por: a) La abdicación de las corrientes más críticas, algunas por rechazo global y sin matices a la institucionalidad política, otras por decidir no convalidar las elecciones con su presentación, b) La fuerte decisión de la dirigencia política de

convertir su desprestigio, su falta de diferenciación entre sí, sus manejos desorganizadores y desmovilizadores, en factores igualmente funcionales a su continuidad, que apunta a un consenso negativo, a una aquiescencia resignada con su permanencia. Incluso se produce el 'acostumbramiento' a las conductas más aberrantes, como la manipulación de fechas, el fraude y la violencia electoral que han menudeado en estos meses. (Catamarca, la interna radical) c) El desgaste acompañado de la falta de respuestas, puede desatar en algunos sectores una paradójica tendencia al regreso a identidades en crisis. d) La peculiar 'clonación' del peronismo que han permitido los 'neolemas', dan múltiples oportunidades de seguir votando o volver a votar peronista a quienes alguna vez sostuvieron esa identidad.

3. Las secuelas del 19-20 de diciembre han incrementado, en lugar de disminuir, el sentimiento de impunidad de la dirigencia política. Sobre todo a partir de la constatación de que han podido atravesar incólumes aun el repudio clamoroso y generalizado de los primeros meses de 2002. Entonces, 'todo está permitido', desde hacer un homenaje a Rodolfo Walsh con Aldo Rico como candidato a gobernador en la tribuna (como Adolfo Rodríguez Saa), a proponer la supresión de la cámara de senadores para encubrir

que en realidad se quiere eliminar ...a la de diputados (como propuso Menem hace pocos días); ser hombre de derechas por origen y convicción (y seguir opinando como tal) y proponerse como el Lula argentino (Ricardo López Murphy), etc. El conjunto social, agotada la capacidad de asombro, y sin alternativas que le interesen, tiende a 'naturalizar' esta situación.

4. El complejo cuadro que ofrece el peronismo. Es el partido de gobierno, y ha logrado estabilizar precariamente la situación. Pero no tiene un liderazgo reconocido, presenta una triple candidatura de las cuales una de ellas emerge de un profundo proceso de desgaste (Kirchner llega a la candidatura luego de que Reutemann se niega a ser candidato y De la Sota no logra apoyos sustantivos) y las otras dos son claramente opositoras al gobierno actual. Y sin embargo, el voto peronista aparece más expansivo que otras veces, como efecto de esta 'ley de lemas' híbrida, y de la desvalorización de las otras opciones, sea por no tener posibilidades de triunfo o por no garantizar 'gobernabilidad'. Esta última se instala como tema desde el poder político, mientras los manejos preelectorales y el *cocktail* de fechas apuntaron a dificultarla para cualquiera que no cuente con el respaldo del PJ, y a partir de una comprobación histórica: ningún otro partido fuera del peronismo ha

logrado terminar un período de gobierno completo desde 1946 en adelante.

5. La 'asombrosa' pervivencia de Menem: Por un lado, es el candidato del *establishment*, pese a las prematuras evaluaciones de que le habían 'soltado la mano'. Paralelamente, sigue buscando con éxito a los sectores más pobres y despolitizados, a partir de las promesas genéricas de orden y estabilidad, de la reavivación de vínculos emocionales, y de la postrísima *performance* de cara a esos sectores de quiénes lo siguieron en el gobierno. Por una mirada deshistorizada, ajena a causalidades que no sean inmediatas y evidentes, muchos lo desvinculan del estallido de la crisis, que se debería al desmanejo delarruista y a la pesificación duhaldista, y no a la concepción estratégica de Menem. El riojano es también la promesa de 'limpiar las calles', de inundar el país con policías y militares. Encarnaría el regreso a esos primeros años 90', donde crecía el huevo de la serpiente, pero una mirada superficial veía inflación que tendía a desaparecer, niveles de desocupación todavía bajos, afluencia de inversiones extranjeras, modernización tecnológica y del perfil de consumo

Hay otro factor menos visible, y con una incidencia 'policlasista': Menem encarna al más radical pragmatismo, al imperio de los valores concretos, materiales, de satisfacción in-

mediata. Es un hombre que gusta sobre todo de la riqueza, el deporte, las mujeres, y esas inclinaciones son compartidas por una vasta proporción de sus conciudadanos, y en ese sentido es 'el que sabe', el que no se fatiga con complicaciones éticas y escrúpulos legales, el pragmático por excelencia dedicado a 'vivir la vida', con los recursos que proporciona el poder como herramientas a su servicio a realizar apuestas fuertes confiando en salir siempre ganador...

El riojano es también la promesa de 'limpiar las calles', de inundar el país con policías y militares, una apuesta factible para el 'partido del orden'. Y la idea de que su primer gobierno, el 'bueno', significó, con un despliegue de talento pragmático, la posibilidad de acceder a modalidades de consumo, vida cotidiana e información que colocaba sino a la sociedad, al individuo, en un sedicente 'primer mundo' que los errores de otros terminaron de frustrar.. Ese perfil humano seduce a un número no desdeñable de votantes de diversas extracciones sociales y conformación cultural.

6. El ascenso de López Murphy, al que no se sabe si calificar de 'asombroso' o más bien de deseado y promovido con sectores con poder económico y especialmente comunicacional, capitaliza el costado más conservador y desideologizado de la antipolítica (se necesita saber y honesti-

dad, nada más), al servicio de un ideario duro de derecha presentado con un olfato político relativamente alto para los modestos *estándares* de la derecha liberal en ese campo. Esta vez abandona el economicismo, adopta consignas de lejano sabor populista (la escoba y la lavandina en manos de la ciudadanía, las decisiones importantes en sus manos), y un corrimiento general hacia el 'centro' con alguna incursión indolora hacia ma-
quillajes progresistas superficiales (y los apoyos de antiguos 'progresistas' y profetas del alfonsinismo que corren a sus brazos).

7. Todas las candidaturas que se visualizan como 'presidenciables' (desde L.M hasta Carrió) no tienen otra mira que 'correrse hacia el centro', acompañada de la persistencia en la 'despolitización' de las campañas políticas. Todo son referencias a cualidades morales e intelectuales, experiencia, saber, seriedad, honestidad, las propuestas programáticas y las ideas ocupan un segundo plano. La propaganda parece responder más a las pautas de una selección de personal jerárquico de una empresa que a un debate político. Subyace un consenso implícito entre todos: lo existente es invariable en sus grandes líneas, se trata de tener buenas cuali-

dades para administrarlo con eficiencia y decencia, sin provocar grandes catástrofes. La creciente intención de voto a López Murphy, mas allá del campo de la derecha liberal tradicional, abreva en ese clima.

8. El papel del grueso de los medios es particularmente deletéreo. Procuran reforzar la 'naturalización' de lo existente, aíslan lo electoral del decurso social general, ha-

cen caer sobre la sociedad responsabilidades más fuertes que sobre la dirigencia, y se convierte en inocente al gran capital, el autor mayor del desaguado. 'Sociologismos' baratos buscan en ca-

racterísticas idiosincráticas de la sociedad argentina la raíz de los problemas, mientras más disimulan las verdaderas responsabilidades cuando mayor es la acumulación de poder de los culpables. La creciente red de comunicación alternativa, que se ha apoderado con brío de las radios alternativas y el 'cyberespacio', no alcanza a ser un contrapeso, pese a su importante crecimiento en llegada y calidad.

9. El componente de invocación de 'amenazas' es fuerte en estas elecciones. Sólo el peronismo podría gobernar (los opositores no lo han logrado), y se necesita de algún modo

restaurar el 'orden' (frente a la delincuencia y frente al movimiento social que ha quedado virtualmente dueño de las calles). Construir una Argentina justa queda como un objetivo relegado, frente a la pretensión más pragmática de construir una Argentina 'gobernable'. El enorme poder de atracción de la derecha se manifiesta también en este campo, y se producen desplazamientos desde una noción de 'gobernabilidad' más compleja a la idea de pasar a la represión como forma de enfrentar el movimiento social. Menem marcó el camino en esto: "La calle está tomada por marxistas y delincuentes". Y allí van todos, empezando por el gobierno provisional, que desaloja fábricas tomadas y clausura espacios de asambleas a velocidad creciente.

10. La posición de la gran empresa. Está iniciando hoy una reorganización gremial (AEA, ADEBA), y ensayando un nuevo discurso, con polo en las empresas exportadoras y cierta reivindicación del capital 'nacional', buscando desligarse del desprestigio que afecta sobre todo a las empresas de servicios públicos y a la banca extranjera. Juegan a Menem y López Murphy, pero toman en cuenta que, dentro de los candidatos con reales posibilidades, nadie busca otra

cosa que no distanciarse demasiado de sus intereses y postulados, y siguen temiendo mucho más el disgusto del capital que el del trabajo: Allí está Carrió con su vice extraído de un partido conservador de rancia prosapia, y Kirchner con el suyo salido no sólo de las filas del gobierno de Menem, sino correspondiendo al estereotipo de 'éxito' que Menem construyó. Ambos pidiendo disculpas cada vez que dicen algo que parezca tentar los límites del consenso del gran capital. Los grandes empresarios reparten donativos entre los candidatos, los hacen desfilar a todos frente a sus 'foros' más importantes, y aportan sus equipos técnicos. Salvo excepciones, los candidatos buscan el calor de los *think tanks* y las consultoras afines al gran capital. Algún *outsider* (Lo Vuolo, Carbonetto), no altera el cuadro general.

11. El proceso de protestas y de apogeo de formas no tradicionales de organización, que tuvo picos en las elecciones de octubre de 2001 y en las movilizaciones que poblaron, a partir del 19 y 20 los primeros meses de 2002, y se desenvuelve cotidianamente en nuevos espacios y actividades ganados por asambleas, piqueteros y organizaciones de todo tipo,

incluyendo un importante movimiento de información alternativa, no tuvo canalización política eficaz hasta el momento. Tendió a consolidar las construcciones en el plano 'micro', dotó de alta visibilidad a las nuevas formas de organización (piquetes, asambleas, fábricas recuperadas), pero no se consolidó en movimiento articulado ni en propuesta, ni siquiera por la negativa. Ni las asambleas vecinales están al borde de la extinción, como suele creerse, ni el movimiento piquetero ha sido cooptado por entero por el aparato estatal, como algunos opinan, pero la disminución del impulso inicial y algunos contrastes en que los partidos de izquierda, por un lado y los sectores más conciliadores por otro, tuvieron bastante que ver, les han restado fuerzas a la hora de plantarse en la crítica al proceso electoral.

12. Contra lo prometido por algunos (la corriente de Zamora en primer lugar), no hubo movilización que denunciara la manipulación y restricciones de este proceso electoral. Las formas de abstención no han estado articuladas ni propagandizadas públicamente. De esa forma, el rechazo a la elección aparece como una forma de refugio individualista, plagada de ambigüedad, una pura renuncia a la política (incluso con sesgo reaccionario en algunos casos), más que una acción concertada contra el sistema. El por-

centaje de abstención y voto negativo podrá ser mayor o menor que en las últimas elecciones, no lo sabemos, pero no ha sido respaldado en la movilización, ni dotado de un significado medianamente claro.

13. Los sindicatos atraviesan el período de menor presencia pública de la historia. La pasividad sindical se ha hecho un modo de vida desde hace mucho para dirigentes como Cavaliere, José Rodríguez o West Ocampo, y hace un tiempo que alberga a Moyano y los suyos. Están dispuestos a cabalgar no sólo sobre la apatía, sino sobre el repudio de sus propias bases, mientras eso sea compatible con la no articulación de alternativas a su dominio. Pero, en grado diverso y con otras características, esto tiende a extenderse a la CTA, que no logra articular luchas reivindicativas de resonancia, y tampoco una propuesta política coherente. Luego de encarnar la reivindicación de un sindicalismo alternativo, con otras prácticas y sistemas de decisión más democráticos, de romper con la superstición de la unidad sindical, de captar la importancia de lo territorial y de las formas no convencionales de organización, ha quedado estancada, perdiendo peso específico el factor de los trabajadores organizados, ganándola los grupos más conciliadores de los 'piqueteros'. En lo ideológico ha quedado 'presa' de sectores que tienden a derivar hacia la política tradi-

cional, sus postulados y prácticas. Mientras los 'gordos' apoyan a Menem a la callada, Moyano milita en la corriente 'adolfista', y la CTA no pudo generar una opción propia, mas allá de la adscripción aquí o allá de algunos de sus referentes.

14. Las propuestas políticas de izquierda sufren la paradoja de que la figura más rutilante (Luis Zamora) es abstencionista y repudia a sus congéneres de los partidos de izquierda, además de que tamiza sus bases de apoyo con un criterio individualista y 'antipolítico'. Por su parte, los partidos tradicionales de la izquierda, no logran despegar de sus conductas atávicas: la falta de manejo de los tiempos (la ilusión del triunfo fulminante), el vanguardismo, las disputas de secta, el desprecio por cualquier rasgo de autonomía del movimiento social, la incapacidad de generar alianzas amplias (y aun estrechas). Quedaron dueños de las calles junto con el movimiento piquetero y las asambleas, crecieron en su base militante y en el apoyo a su acción desde fuera de sus filas, e incluso en el plano electoral, pero siguen siendo propuestas desarticuladas, testimoniales, con candidatos nombrados en conciliábulos misteriosos y entredichos entre grupos incomprensibles para el resto de los mortales. La aptitud de armar alianzas dentro o fuera del espacio propio tiende a cero, y buena parte del movimiento social se

define como de izquierda pero desde el rechazo explícito a los partidos, a menudo sin excluir al alternativismo de Autodeterminación y Libertad.

La perspectiva inmediata

Si hay un escenario 'abierto' éste es el de la Argentina actual. No tanto por el resultado electoral, ya que los candidatos comparten la mediocridad de las propuestas y la falta de voluntad, o de audacia, a la hora de proponer innovaciones de fondo. Sino por lo que ocurra, cualquiera sea el triunfador, después de las elecciones.

El primer problema es el grado de legalidad y legitimidad que ofrezca el resultado electoral. Es probable que la primera minoría tenga un porcentaje muy bajo, los perdedores no se conformen con su condición de tales, haya protestas e impugnaciones, y el próximo gobierno parta de una situación inicial de debilidad, de inestabilidad de su base de sustentación. También que la segunda vuelta, celebrada entre candidatos con propuestas similares y su carga propia de desprestigio, tenga un porcentaje mayor de voto negativo que la primera, contribuyendo también a debilitar la legitimidad de origen.

No puede predecirse la configuración del sistema de partidos en el futuro inmediato, ya que éste vive una transición que dista de haber madurado. Uno de los polos del bipartidismo tradicional, el radicalismo, aparece muy disminuido y con pocas espe-

ranzas inmediatas de remontar su suerte. Este es un elemento muy fuerte, ya que el radicalismo se mantenía como una de las dos fuerzas predominantes desde hace casi cien años.

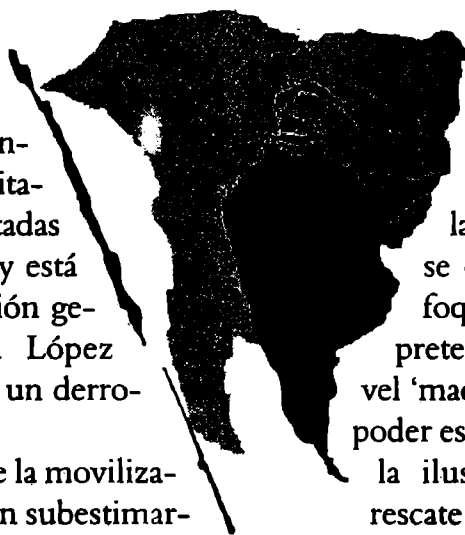
El Frepaso, tercer emergente de la década de los 90' frente a un bipartidismo que ya evidenciaba su crisis, se desmembró casi por completo, y la formación más perfilada para reemplazarlo en ese espacio, el ARI, es de una fragilidad e inestabilidad muy altas. La derecha hace décadas que crea opciones que se deshilvanan sin alcanzar a volverse mayoritarias, a menudo cooptadas por el bipartidismo, y está por verse si la coalición generada en torno a López Murphy logra seguir un derrotero diferente.

Las perspectivas de la movilización popular no deben subestimarse, absteniéndose de sacralizar el actual parate y los pujos de 'normalización' que se impulsan desde el poder. No sólo la mal llamada 'clase política', sino también el poder judicial, los sindicatos, buena parte de la gran empresa (los bancos, las compañías de servicios públicos) amplios ámbitos institucionales están abarcados en la puesta en tela de juicio del lugar que ocupan, en un escepticismo radical siempre al borde del repudio activo, no cristalizado hasta ahora en po-

siciones alternativas que cuenten con respaldos sólidos.

Frente a ello, las asambleas vecinales (que siguen existiendo y teniendo fuerza dentro y fuera del Conurbano), el movimiento piquetero, las empresas recuperadas, el movimiento estudiantil post-Franja Morada, las agrupaciones culturales contestatarias, los medios de comunicación alternativos, todo lo que de nuevo ha parido una voluntad y creatividad autónoma de los centros de poder, son puntales de una organización social renovada y poderosa, que no encuentra todavía su articulación, y en ocasiones se encandila con un enfoque 'post-político', que pretende prescindir del nivel 'macro' y de la disputa del poder estatal. La atenuación de la ilusión antipolítica que

rescate sus mejores valores, y el desarrollo de las búsquedas más coherentes de renovación (más bien re-fundación o re-creación) de la izquierda partidaria, si logran converger de alguna manera, tienen un vasto futuro por delante. Lo más agudo de la crisis, apenas disimulado hoy, reverdecerá en cualquier momento. Y la imaginación constructiva, la capacidad de organización y lucha, la capitalización de las experiencias fracasadas, brotará con fuerza en cuanto la capa de desencanto que hoy parece



cubrirlo todo se resquebraje ante nuevas esperanzas. Los tiempos electorales no coinciden, ni tendrían por qué coincidir con el proceso de cambio cultural y organización, pero sus resultados lo afectarán de diversas maneras.

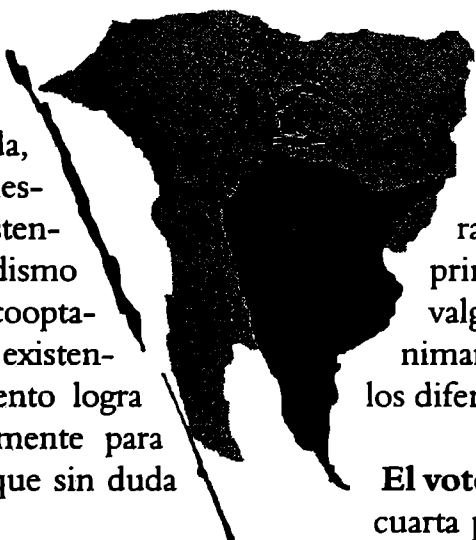
Nada sustancial va a cambiar por el resultado de estas próximas elecciones. Mucho e importante, sin embargo, puede ser modificado por el desarrollo del movimiento social y político de los próximos años, sobre todo si logra incluir eficazmente lo político-institucional en su agenda, eludiendo el triple riesgo del purismo abstencionista, el vanguardismo declamatorio, y la cooptación por los poderes existentes. Y si el movimiento logra prepararse adecuadamente para escaladas represivas que sin duda sobrevendrán..

Postdata 28 de abril

El cuadro fragmentado que se auguraba, se ha confirmado en la votación del domingo. Ningún candidato llegó al 25%, y fueron cinco en total los que sobrepasaron holgadamente el 10%. En cuanto al bautizado 'voto bronca', brilló por su ausencia: bajo nivel de ausentismo y reducida incidencia de votos nulos o en blanco. Estas elecciones, las más 'anormales' en cuanto a su planteo (exclusiva-

mente a presidente y vice, con los híbridos 'neolemas', con constantes cambios de fecha y legislación), terminaron dando un resultado, dentro de esos parámetros, bastante previsible. Si se hace abstracción de la surrealista situación de que dos candidatos de un mismo partido diriman una segunda vuelta de elecciones a presidente, probablemente única en la historia electoral mundial, podríamos decir que nos encontramos con resultados 'normales'. No se dio el ominoso cuadro de una segunda vuelta entre las dos variantes más a la derecha, y nadie inesperado irrumpió en los primeros lugares. Quizás valga la pena explorar mínimamente el sentido de los diferentes sufragios.

El voto a Menem. Casi una cuarta parte de los sufragantes se inclinaron por el ex presidente. Con más presencia en las áreas periféricas y en los centros urbanos medianos y pequeños, el riojano parece haber conjugado el voto de los nostálgicos de los primeros años 90' y sus halagos al individualismo y la satisfacción consumista, con el de sectores de bajo nivel de politización e información, que siguen apostando al perfil de astucia, espíritu siempre ganador y cercanía emotiva de Menem, junto también a la reivindica-



ción de los años de estabilidad económica, si bien con matices diferentes a los del grupo anterior. Alcanzó para mostrar la renovada vigencia de un hombre que hace menos de un par de años llegó a parecer un cadáver político, pero no para ponerlo en condiciones reales de disputar la segunda vuelta con éxito. Más de la mitad del electorado afirma que no lo votaría en ninguna circunstancia, y el hombre de Anillaco no parece tener otro 'reservorio' de eventuales sufragios en la segunda instancia que una parte del electorado de López Murphy, el que votó al ex ministro con adhesión consciente a su programa neoliberal, y no los que se prendaron a último momento de su imagen de hombre 'serio y honesto' viéndolo como una renovación frente a los políticos profesionales tradicionales. Y tal vez alcance 'arañar' parte del electorado de Rodríguez Saa, el más subyugado por las prácticas caudillistas, y menos interesado en el discurso nacionalista y cercano al peronismo 'tradicional' del hombre de San Luis.

Kirchner. El amago de crecimiento vertiginoso de L.M., mezcla de realidad con 'operación', le dio el envión final al candidato de Duhalde. Pero sobre una base creada previamente: La creencia de que Kirchner era el único candidato que garantizaba la gobernabilidad, en medio de este proceso institucional deforme en el

que cualquier otro elegido se hubiera enfrentado a un Congreso y a gobernaciones provinciales abrumadoramente hostiles. Mucha de esa prudencia casi 'fatalista' impulsó ese voto. Y en otra dirección, el gobernador consiguió buena parte del voto peronista que repudia la deriva conservadora del menemismo, pero al mismo tiempo se considera definitivamente 'de vuelta' de cualquier amago de radicalización o de énfasis en el nacionalismo económico, ese que en una forma algo fantasmagórica encarnaba Rodríguez Saa. Todo ello, por cierto, con el valiosísimo aporte del gigantesco 'aparato' bonaerense, y de otros no tan imponentes pero con importantes grados de efectividad.

López Murphy. Ortodoxia y orden. El economista ha logrado catalizar el voto tradicional de la derecha, con un porcentaje que se aproximó al de los mejores momentos de los casi fenecidos partidos de Alzogaray y Cavallo. No todo es homogéneo allí, ya que L.M. supo hacer campaña como 'hombre de orden' a secas, mas allá de la ortodoxia económica, y también como figura reflexiva, capaz de dialogar con intelectuales y hasta de acercarse a los 'progresistas'. Economista de nota, hombre de fortuna propia, recogió asimismo beneficios de la 'antipolítica' más desideologizada, aquella que considera que el problema fundamental es que los políticos 'dejen de robar', y por tanto tien-

de a confiar en alguien con medios propios de vida y que no es un 'profesional de la política'. Apoyado por *La Nación*, elevado a las nubes por algunos encuestadores, su figura ahuyentó hacia Kirchner votos dubitativos y en definitiva, dejó planteada una vez más una opción de derecha, las que hasta ahora siempre terminan por disolverse en Argentina. Está por verse que sucederá ahora.

Lilita y la "centroizquierda". Mezcla de pudor de quienes apenas llegan al 'centro', y de rótulo fácil para un periodismo enemigo de las definiciones complejas, el 'centroizquierda' sufrió de las secuelas de la enorme desilusión del Frepaso, de sus propias reyertas internas, del personalismo y la carga emotiva de su líder; todos manjares pesados para los paladares 'progre', y hay que reconocerlo, de la franciscana pobreza de recursos de su campaña. Pero tal vez lo peor de la actuación de Carrió es que, pese a la tremenda experiencia realizada, repitió los gestos de 'moderación', y los guiños hacia la derecha de sus antecesores. Dejó ir sin pena a sus aliados socialistas, atrajo con fruición a sus amigos conservadores, mientras pareció empeñada en no dotar de contenidos concretos el supuesto viraje radical que su propuesta entrañaba. Todo sonó a menos de lo mismo, y seguramente muchos optaron por el paraguas de Kirchner a la hora de conjugar los peores fantasmas. Con

todo, consiguió los votos suficientes como para mantenerse en vigencia, por lo menos en el rol de oposición ética y fiscalizadora, y tiene una base para recomponer relaciones o buscar nuevas alianzas.

Rodríguez Saa. Los políticos argentinos, después de superar penosamente el acoso de los primeros meses de 2002, plagados de 'escraches' y repudios públicos de todo tipo, tuvieron la paradójica actitud de incrementar su sentimiento de impunidad. Si habían logrado sobrevivir a un momento tan difícil, se podía hacer casi cualquier cosa. Cómo por ejemplo, volver como candidato a un cargo del que se había huído rápidamente y con explicaciones confusas muy poco tiempo antes. El puntano lo intentó, y en aras de la audacia, se permitió homenajear a Rodolfo Walsh y a las Madres de Plaza de Mayo con Aldo Rico en la tribuna, o hacer propuestas nacionalistas en los afiches que se desmentían en los reportajes o en las exposiciones ante empresarios. No logró casi apoyos dentro del PJ, ni arrastró entusiasmos mayores dentro del *establishment* empresario o en los medios de comunicación, quedó a mitad de camino entre la apelación a una renovación que mal podía representar, y el levantar la vuelta a un peronismo 'nacional y popular' que su propia larguísima gestión en San Luis desmentía largamente. Algunos le creyeron, pero no

los suficientes para ponerlo a tiro de *ballotage*.

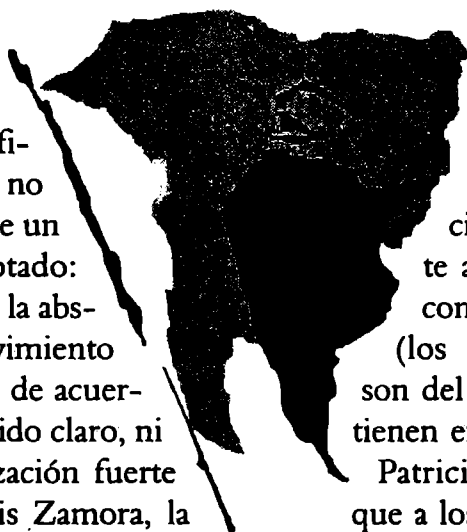
El “que se vayan todos” y la izquierda. El presentismo electoral volvió a las cotas pre-2001, lo mismo que el nivel de voto en blanco y nulo, y el voto positivo por fórmulas de izquierda se mantuvo en niveles muy reducidos. ¿Significa esto que la movilización en contra de la dirigencia política y del entramado de poder más amplio que de una u otra manera la respalda capotó de modo definitivo? Creemos que no se trata de eso, sino de un fenómeno más acotado: quienes proclamaron la abstención desde el movimiento social no se pusieron de acuerdo para darle un sentido claro, ni hicieron una movilización fuerte en favor de ella. Luis Zamora, la ‘nueva figura’ dentro del espacio de izquierda, amagó convertir el ‘voto bronca’ en actividad, pero se diluyó rápidamente y hasta bordeó conflictos y prácticas de la política tradicional, en una muestra práctica de las contradicciones inherentes a impugnar la institucionalidad política desde una construcción hecha desde dentro de ella. Evidentemente, la propuesta de no ir a votar, o de hacerlo con boletas de repudio o en blanco, quedó circunscripta a cuadros y dirigentes de las organizaciones que lo propicia-

ron, y perdió atractivo para la amplia mayoría de los que inicialmente simpatizaban con ella.

En cuánto al voto positivo por izquierda, enfrentaba un diseño electoral de movida poco favorable, como es una elección presidencial exclusiva, sin resquicio para pensar en agentes de cambio a nivel legislativo o local, ni para operar con el corte de boleta. Por añadidura, quedó enredado en algunas taras tradicionales, como

la de amagar frentes a último momento, destinados a frustrarse con la misma ligereza con que se iniciaron, o llevar adelante alianzas que luego no comparten ni los afiches (los de Izquierda Unida son del MST o del PC, sólo tienen en común el rostro de Patricia Walsh), prácticas que a los ojos de muchos po-

tenciales votantes los emparentan con la liviandad de principios de los políticos tradicionales, o los retrotraen al sectarismo tradicional en ese espacio. El crecimiento de los principales partidos de izquierda en el movimiento piquetero y en las fábricas recuperadas, no parece haber tenido esta vez repercusión electoral, quizás porque las ‘bases’ de esos movimientos perciben de algún modo la distancia que media entre la infatigable disposición a la lucha y la construcción social de los militantes de iz-



quierda, y la propensión a los conciliábulos secretos y al desprecio por el movimiento social real de algunos de sus dirigentes.

A modo de conclusión

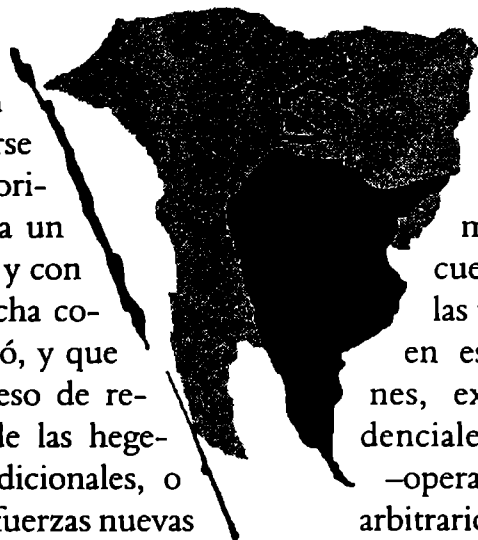
Una lectura pesimista (y afín a los intereses del *establishment*) podría sacar la conclusión de que 'aquí no ha pasado nada', de que buena parte de la sociedad cree entender que los políticos tradicionales son tan desagradables como inevitables, que el máximo de audacia al que puede aspirarse en el electorado mayoritario, es el sufragio a un 'progresismo' difuso y con guiños hacia la derecha como el de Elisa Carrió, y que asistimos a un proceso de reconstitución plena de las hegemonías políticas tradicionales, o bien al despuntar de fuerzas nuevas pero que tengan como base el acatamiento a la supremacía de la propiedad privada y a la intangibilidad de la institucionalidad política actual en sus grandes líneas.

Otra lectura posible es que estas elecciones se desarrollaron en medio de una transición, en la que la evolución social y cultural no se vincula necesariamente en sus tiempos ni en sus expresiones coyunturales, con el comportamiento electoral. Lo cierto es que los dos partidos tradicionales atraviesan una grave crisis,

en que las alternativas dentro del 'sistema' se expresan más en personas y *marketing* electoral en torno a ellas que en fuerzas políticas con alguna solidez, y que la conexión entre el amplio proceso de organización y movilización social de los últimos años y una articulación política de alcance nacional que pueda expresarla sin mediatizarla y mucho menos someterla, requiere de una experiencia y un proceso de construcción todavía

no llevado a término, o mejor dicho, casi recién iniciado.

Queda claro, con todo, que las herramientas ideadas para cuestionar al poder desde las urnas, no funcionaron en estas extrañas elecciones, exclusivamente presidenciales. Aun sumando —operación con bastante de arbitrario— los escasos votos a la izquierda 'concurrencista' con los también escasos votos 'nulos' y 'en blanco', quedan bastante mas acá de la décima parte del electorado. Todo el impulso de los piqueteros, las fábricas recuperadas, las asambleas populares, no logró manifestarse en el plano electoral. Tampoco se hizo demasiado para que ello ocurriera, tal vez en el error que la apatía masiva se iba a mantener 'espontáneamente' en el momento de decidir concurrir o no, o qué cosa meter efectivamente en la urna, pero es evidente que, no



sin vacilaciones y reparos, la gran mayoría decidió incidir de alguna manera en el resultado electoral. Y muy probablemente, muchísimos de los que simpatizan con alguno de esos movimientos decidirán ir a precaverse de una tercera presidencia del hombre de Anillaco, mas allá de los renovados y enriquecidos llamados a la abstención para el segundo turno.

A no desesperar, el tiempo social es más largo que el de la instituciona-

lidad política, el cambio cultural y la construcción de organizaciones requieren de nuevas etapas, ninguna transformación verdadera es instantánea, ni siquiera breve... La apuesta a la transformación social profunda gana en profundidad y consecuencia cuando se logra apartarla de las urgencias de superficie.

Buenos Aires,
26 y 28 de abril del 2003



Bolivia en la encrucijada

Washington Estellano*



Después de los bloqueos del 13 de enero que culminaron con el acuerdo en formar siete mesas, entre el gobierno y la oposición, que se encargarían de discutir y proponer sobre los grandes temas, el motín policial y las jornadas del 12 y 13 de febrero, reprimidas por fuerzas militares, marcaron el punto más bajo de falta de autoridad e iniciativa por parte del gobierno del presidente Gonzalo Sánchez de Lozada. Frente a la crisis de Estado y el vacío de poder, los partidos de la oposición (el Movimiento Al Socialismo (MAS) y el Movimiento Indígena Pachacuti (MIP), también fueron sorprendidos y sobrepasados por los acontecimientos y no ofrecieron una respuesta y propuestas a la altura de las circunstancias.

Fuerzas en pugna

Hay en realidad una relación de cuasi empate entre las fuerzas en pugna. El gobierno vive la inoperancia e incapacidad manifiestas para salir del atolladero. No ofrece otra alternativa que continuar hundiéndose en amenazas de represión y va deslizándose hacia “soluciones” militares cuando el problema es político y socio-económico. Aquí se muestra el fracaso sin salidas del modelo neoliberal. Después de experimentos dolorosos para el pueblo y la sociedad, Bolivia no avanza en la modernidad prometida sino que es hoy menos moderna que hace 20 años.

Por su parte, Evo Morales y el MAS con sus cuarenta parlamentarios, casi todos de origen indígena y campesino, que son el cuerpo de oposición más contundente, tam-

* Sociólogo

bién estuvieron remisos frente a un acontecimiento que les exigía obrar como dirección nacional. Y mostrar su disposición y capacidad dirigente ante los 600 mil votos recibidos y ante la sociedad toda. Siendo correcta la propuesta de la Asamblea Constituyente Popular, y la necesidad de refundar el Estado, en la coyuntura actual lo prioritario es defender los resquicios de la democracia que aún sobreviven y avanzar en propuestas que busquen una salida que permita profundizar los espacios conquistados. Asimismo, realizar acuerdos políticos que revisen las privatizaciones y sus aportes a las finanzas públicas, en vez de recurrir a “impuestazos” contra la población trabajadora y andar por el mundo con la mano extendida del mendigo.

El problema es que esta situación ambigua no va a durar eternamente. Evo Morales y el MAS apuestan a tomar distancia de cualquier acuerdo esperando las elecciones municipales en noviembre de 2004 y las nacionales del 2007. Es demasiado tiempo en esta época de veloces cambios y virajes.

El doble juego de la Nueva Fuerza Republicana

El Embajador de los EE.UU., David Greenlee y su gobierno, no pueden soportar esta situación de progreso de las fuerzas populares. Ya se lo dijo el Embajador Greenlee al Vicepresidente Carlos Mesa, sobre la

preparación de un golpe de Estado y el asesinato de Evo Morales y de los principales dirigentes populares que circulan en una “lista negra”. En esto no está ajena la Nueva Fuerza Republicana (NFR) de Manfred Reyes Villa, vinculado al “experto en operaciones encubiertas” y enviado especial de la Casa Blanca para América latina, el cubano-norteamericano Otto Reich. El coqueteo de Reyes Villa y la NFR con el MAS para involucrarlo en un golpe de Estado contra el presidente Sánchez de Lozada, está en esa línea. El pueblo boliviano ya tiene suficientes testimonios del uso de los golpes de Estado para asesinar a líderes políticos emergentes. Y de la utilización de las fuerzas de izquierda para entronizar a militares de la confianza de los EE.UU. como fue el ascenso en 1964 del general René Barrientos a la presidencia, luego del derrocamiento de Víctor Paz Estenssoro. Y antes aún, el colgamiento del Mayor Gualberto Villarroel en julio de 1946.

En política es aceptable que la izquierda se alíe eventualmente con el centro para una acción puntual, pero es tácticamente equivocado asociarse a la derecha para echar abajo un gobierno débil.

Es evidente que luego del enfrentamiento de la policía contra el ejército del 12 y 13 de febrero, el presidente Gonzalo Sánchez de Lozada buscó un apoyo que cada día se acentúa, en las FF.AA. Así lo dijo directa-

mente en un acto de la Marina, señalando que *"el futuro depende de las Fuerzas Armadas de la Nación"*. En ese mismo acto, el Ministro de Defensa Teodovic afirmó, respondiendo a presiones del Ejército, que fue el presidente Sánchez de Lozada, quien, como Capitán de las Fuerzas Armadas, autorizó la intervención del Ejército en la represión de los policías amotinados. No se refirió en forma concreta a los francotiradores responsables de varias muertes, pero ello sale sobrando. Vale recordar que durante los nueve meses del gobierno de Sánchez de Lozada, fueron asesinadas sesenta personas. Sólo en los acontecimientos del 12 y 13 de febrero hubo treinta y cuatro muertos y más de doscientos heridos.

Otro aspecto de la debilidad del gobierno es su afirmación de que *"defenderá este gobierno democrático incluso con las armas como fue en la revolución de abril de 1952"*. En realidad son dos hechos distintos: en el '52 fueron los obreros quienes enfrentaron y derrotaron al ejército de la oligarquía, mientras que ahora, ¿quién proporcionará las armas y contra quiénes se apuntarán? Los hechos del 12 y 13 de febrero nos dan la respuesta anticipada.

La acechanza golpista

Según trascendidos originados en el entorno presidencial, existen dos planes de golpe de Estado. Uno que surge de la exigencia de la Embajada

norteamericana que habría dado plazos al gobierno de Sánchez de Lozada para lograr la pacificación de país y seguir adelante con su plan de gobierno. El otro, con la intervención directa del embajador Greenlee, se pondría en marcha *"si acontece una convulsión social de envergadura"*. Indudablemente, para la ejecución de este segundo plan, la embajada cuenta con sus amigos tanto en los altos mandos de las FF.AA. como en el propio Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), donde ya existe una lucha enconada entre dos tendencias: una dura, vinculada a la Embajada y a la alta oficialidad del ejército, dirigida por Carlos Sánchez Berzain; la otra, acaudillada por los jóvenes diputados Hugo San Martín y por el jefe de la bancada parlamentaria del MNR, Oscar Arrien.

Los planteamientos de las organizaciones patronales de Santa Cruz amenazando con actitudes separatistas, las acciones de bandas armadas que se enfrentan con las autoridades del Estado en el agro cruceño; las reuniones de las élites económicas y políticas de Cochabamba manipuladas por la NFR con el propósito de formar un movimiento regionalista de derecha, son todos hechos que van socavando la autoridad central y están preparando el ambiente para salidas de fuerza.

Con esa misma intencionalidad, se inscriben los espectáculos montados por el actual Ministro de Gobier-

no, Yerco Kukoc, un hombre del grupo de Sánchez Berzaín. Éstos están dirigidos a comprometer al diputado Evo Morales con las FARC de Colombia, con grupos irregulares del Perú y con el narcotráfico. A esos fines se montó en estos días una burda falsificación con la detención de un miembro de Derechos Humanos de Colombia, dirigentes de los cocaleros de Yungas, y de un ex alcalde campesino del MAS; para cuya acción se invitó a periodistas y camarógrafos. Nunca pudieron presentar pruebas creíbles en su contra e, igualmente, el juez los mandó a la cárcel de alta seguridad, sin dictar sentencia. Hay una campaña mediática orquestada desde el Ministerio de Kukoc, orientada a cuestionar a diario el comportamiento político y personal del diputado Evo Morales. Son todos factores que concurren para crear el ambiente psicológico proclive al golpe de Estado.

Los desafíos para Evo Morales y el MAS

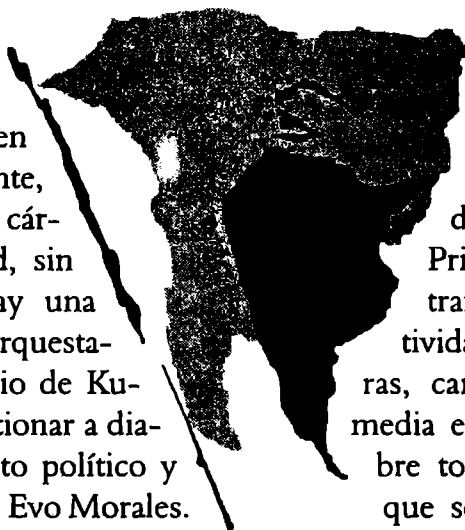
Mientras tanto en una reciente encuesta realizada por la consultora "Apoyo", Evo Morales recibió el 39 por ciento de aprobación a su gestión, mientras el presidente Sánchez de Lozada registra un índice de aprobación del 19 por ciento, y con una desaprobación que se mantiene en el

79 por ciento cuando apenas tiene nueve meses en el cargo.

Más allá, empero, de los siempre relativos registros y representatividad de las encuestas, el MAS tiene el desafío de conquistar a las masas de las ciudades y avanzar en su organización en toda la amplia gama de los embrionarios movimientos sociales urbanos. Un factor favorable es la reanimación del movimiento obrero y la alianza objetiva con el movimiento campesino. Esto se expresó claramente en las masivas marchas de decenas de miles de trabajadores en el reciente Primero de Mayo, mostrando no sólo la combatividad de las masas obreras, campesinas y de clase media empobrecida sino, sobre todo, la reorganización que se está procesando en

las organizaciones de obreros fabriles, de los mineros y en las Centrales Obreras Departamentales. En los recientes congresos de los mineros y de los fabriles hubo una barrida de los viejos dirigentes -la mayoría cooptados y vendidos al MNR. Y los dirigentes de la Central Obrera Boliviana (COB) fueron expulsados de la marcha del Primero de Mayo.

El desafío para el MAS -y para Evo Morales, que es empujado a una "jefatura" de caídas caudillescas-, es conformar una fuerte estructura par-



tidaria. Las grandes masas populares que se centralizaron electoralmente en el MAS, tienen una composición en alto grado heterogénea.

Como es sabido y lo señalaba el diputado Antonio Peredo, el MAS está compuesto por tres tendencias: una de composición andina, campesina indigenista (que también es la base del MIP); otra tendencia relacionada a las posiciones originadas en la Teología de la Liberación; y, finalmente, la tendencia guevarista que, aclara Peredo, ya existía en el MAS antes que él ingresara. Por otra parte, reúne a grandes masas sin partido que están dispuestas a ser conquistadas para la lucha por la transformación social.

Esta situación exige una reorgani-

zación interna y una definición programática, que está implícita en los grandes temas y en el combate contra el neoliberalismo, pero que exige elevar la formación teórica y política de sus dirigentes, cuadros medios y de base. Es decir, una refundación, como dicen los militantes y dirigentes del MAS, que elabore una táctica y estrategia de poder con base en la recuperación de la riqueza hidrocarburífera, una plataforma contra el ALCA y el problema de la tierra y el territorio. Y propuestas concretas para enfrentar la parálisis económica, los cierres de empresas y la desocupación y miseria crecientes que agobian a la gran mayoría de los bolivianos.

La Paz, mayo 2 de 2003.

dialéktica

Revista de Filosofía y Teoría Social

Ecuador: ¿Argentina, segunda parte?

Fernando López Romero*



En tiempos de horrores generalizados y dolorosamente compartidos por los explotados y oprimidos de todo el mundo, es mucho más que obligatorio aprender de unos y todos, especialmente las formas de lucha y resistencia. Después de Argentina, ¿acaso será Ecuador la nueva vitrina del neoliberalismo que salte en pedazos?

El siguiente informe de situación no pretende dar respuesta a esta pregunta, solo compartir algo de la experiencia de más de dos décadas de re-

sistencia a la barbarie neoliberal y la angustia y la esperanza que nos convocan en estos días. (NdR: Esta es la segunda parte de un extenso artículo cuyo texto completo puede consultarse en nuestra página web)

El último período de la lucha de clases: perspectivas y urgencias

Del derrocamiento de Mahuad al gobierno de Lucio Gutiérrez

La victoria de Lucio Gutiérrez, fue en un comienzo una victoria de todo el campo popular. Reveló la crisis política de las clases dominantes y de sus representantes políticos, el fracaso de sus propuestas neoliberales y el profundo anhelo de cambios del pueblo ecuatoriano. En ese sentido la victoria electoral recogió las luchas del 21 de enero, del 5 de febrero y los innumerables levantamientos y acciones de resistencia.

* Dirección Nacional de la Corriente Democracia Socialista, Sección Ecuatoriana de la Cuarta Internacional.

A partir de la derrota del 22 de enero del 2000 la CONAIE había comenzado a discutir con fuerza el tema de las elecciones presidenciales del 2002, planteándose la posibilidad de ir con un candidato de sus propias filas. Al no concretarse esta posibilidad se decidió el apoyo a Lucio Gutiérrez quien en ese momento era el candidato presidencial de su partido, la "Sociedad Patriótica 21 de Enero" fundada luego de su salida del Ejército y constituida principalmente por policías y militares en servicio pasivo, y apoyado también por el pequeño y viejo Partido Socialista con el apoyo de sectores campesinos, indígenas y sindicales. La dirección del Movimiento Pachakútic miró en Gutiérrez la continuidad de la lucha del 21 y la posibilidad de una votación significativa que le permitiera al Movimiento mantener su registro electoral y fortalecer la participación parlamentaria y en los gobiernos locales. Gutiérrez, a pesar de que se comprometió con un programa de oposición al neoliberalismo, a la guerra en Colombia, al ALCA y a la Base de Manta, era visto con desconfianza por la mayoría del Movimiento, no solo por sus ambigüedades ideológicas sino porque se desconfiaba de la fuerza electoral que realmente podía representar. La victoria en la primera vuelta fue una sorpresa para la que el Movimiento no estuvo preparado.

La definición del carácter de clase del Gobierno

Antes de la primera vuelta se habían acercado a Gutiérrez personajes como Mario Canessa del Banco de Machala y hoy Ministro de Gobierno. Entre la primera y la segunda vuelta sectores empresariales que se habían beneficiado de gobiernos anteriores iniciaron el cerco a Lucio Gutiérrez. Se cambió el discurso y se hicieron más visibles personajes como el banquero Guillermo Lasso del Opus Dei, representante del Banco de Guayaquil y futuro embajador itinerante, que había sido una especie de super ministro durante el Gobierno de Jamil Mahuad.

El personaje más importante y quien realmente detenta el poder, es el Economista¹⁶ Mauricio Pozo cercano al Grupo Banco del Pichincha y al PRODUBANCO y con estrechos lazos con un grupo de tecno-burócratas de origen ecuatoriano al servicio de organismos financieros internacionales, especialmente del BID, Banco Mundial y la Corporación Andina de Fomento, como Augusto de la Torre y Fidel Jaramillo, quienes habían sido funcionarios importantes de los gobiernos de Sixto Durán Ballén y Fabián Alarcón. El poder de Pozo radica en sus vínculos con la gran burguesía y en la oferta hecha a Gutiérrez, de que bajo su dirección se firmaría de inmediato una Carta de Intención con el FMI que garantizaría la estabilidad macroeconómica del fu-

turo Gobierno. Antes de la Segunda vuelta electoral del 24 de noviembre Lucio Gutiérrez buscó y recibió la santificación de los grandes medios de comunicación, la Cámara de Comercio Ecuatoriano Americana, la Cámara de Comercio de Quito, la Embajada de los Estados Unidos, la jerarquía de la Iglesia Católica, el Alto Mando Militar, el Departamento de Estado Norteamericano y el Pentágono. Para ello dio un viraje de un discurso popular cercano a la izquierda hacia un discurso de unidad nacional: "el Ecuador es mi ideología".

De la alianza electoral de la pequeña burguesía y los sectores indígenas y de trabajadores con una débil presencia burguesa en la primera vuelta, a la alianza de clases entre el pueblo y un sector de la burguesía en la segunda y a la consolidación del carácter de clase burgués del gobierno de Gutiérrez transcurrieron menos de cinco meses. El proceso de configuración de los cuadros de gobierno fue una primera batalla. El ala izquierda del Gobierno, Pachakútic y el Movimiento Popular Democrático, fue relegada a ministerios periféricos o sin capacidad de decisión. El Partido de Gutiérrez se ha reservado el control del Fondo de Solidaridad y el Ministerio de Bienestar Social, posiciones claves para impulsar la creación, mediante mecanismos clientelares, de una base social de apoyo.

La burguesía a través de Pozo y Canessa controla el área económica y

de Gobierno. El poder de Pozo sobre el Ministerio de Economía y el área económica es casi absoluto y lo ejerce a través de una serie de funcionarios de importancia que han permanecido en sus puestos desde el gobierno anterior. La pequeña burguesía del partido de Gutiérrez ha pasado de aliada del movimiento indio y Pachakútic a instrumento de la burguesía. Su juego propio es copar puestos que le permitan acceder a recursos económicos y capacidad de movilización política. Hay una cada vez mayor concentración del poder en Gutiérrez, sus colaboradores cercanos y los ministros neoliberales. En tanto se ejecutan acciones para dividir al movimiento popular organizado que nos recuerdan al bucaramato.

En el periodo de transición, antes del cambio de mando el pasado 15 de enero, crecieron las dudas y sospechas. Hasta la firma de la Novena Carta de Intención, Gutiérrez pretendió jugar un papel de tipo bonapartista: árbitro de los distintos sectores. Si la primera vuelta fue una victoria popular y la segunda una victoria compartida con sectores burgueses, la transición y la configuración del gobierno comenzaron a oler a derrota. Esto ha llevado a muchos a pensar que Lucio Gutiérrez fue el hombre oculto del Imperio en el 21 de enero y a sospechar de sus relaciones con los servicios de inteligencia del Ejército que le habrían servido para ser Edecán de los presidentes

Abdalá Bucarám y Fabián Alarcón Rivera y hombre muy cercano al General Mendoza, miembro militar de la Junta del 21 de Enero del 2000, que fue quien en la madrugada del 22 renunció y entregó el mando a Gustavo Noboa Bejarano.

Sin descartar por completo esta teoría de la conspiración, lo que ha definido, más allá de cualquier declaración pública, el carácter de clase del nuevo gobierno son tres cuestiones: la firma de la carta de Intención, su acercamiento a la derecha socialcristiana y social liberal y su alineamiento con Washington en la guerra colombiana.

La inmovilidad de las organizaciones populares

Lo que no debe dejarse de lado en el análisis es que desde enero y febrero del 2001 no hemos tenido grandes movilizaciones de sectores populares como las que precedieron y fueron el marco para el derrocamiento de Jamil Mahuad. No se deben olvidar tampoco los conflictos internos de la CONAIE que llevaron al acortamiento de mandato de Antonio Vargas, quien fue miembro del Triunvirato del 21 de Enero y a quien se acusó de errores en la conducción del movimiento indígena que produjeron una importante pérdida de credibilidad al haber falsificado miles de firmas en

una campaña para llamar a una Consulta Nacional sobre privatizaciones, Plan Colombia y Base de Manta.

Como explicaciones posibles caben varias reflexiones. La campaña electoral se produjo en frío, sin grandes movilizaciones autónomas, sin presiones por demandas, sin luchas significativas y hasta hoy el movimiento indígena no ha vuelto a movilizarse, las luchas parciales por pago

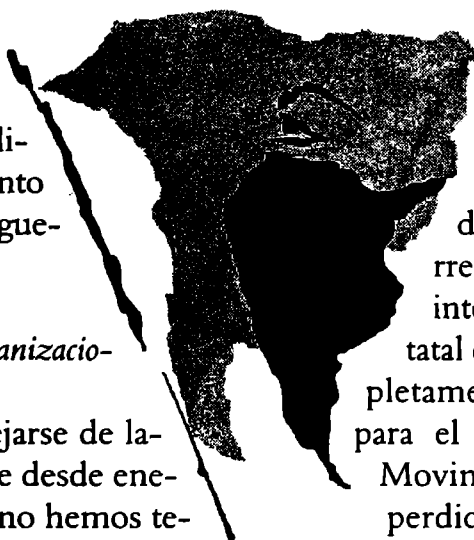
de salarios que estuvieron presentes en enero y febrero han cesado por completo. La lucha social y de clases pasó del terreno electoral hasta el interior del aparato estatal en condiciones completamente

desfavorables para el campo popular. El Movimiento indígena ha perdido la iniciativa, ha

perdido parcialmente credibilidad y sus dirigentes y brazo político se encuentran entrampados en las redes del gobierno y del Estado.

Visiones y límites del Movimiento Pachakútic y del movimiento indígena

No se debe dejar fuera del análisis que el Movimiento Pachakútic ha concebido la participación en el Gobierno como un espacio conquistado para impulsar el proyecto político de la CONAIE y desarrollar la lucha popular, como un ejer-



cicio de responsabilidad con sus propias luchas y las del conjunto del pueblo y para darle continuidad a la resistencia. Pero después de la definición de clase del Gobierno resulta difícil y peligroso permanecer como un aliado subordinado, y en los hechos como cómplice de las políticas antipopulares. El argumento de que no se debe ceder espacio a la oligarquía dentro del gobierno resultada cada vez más difícil de sostener.

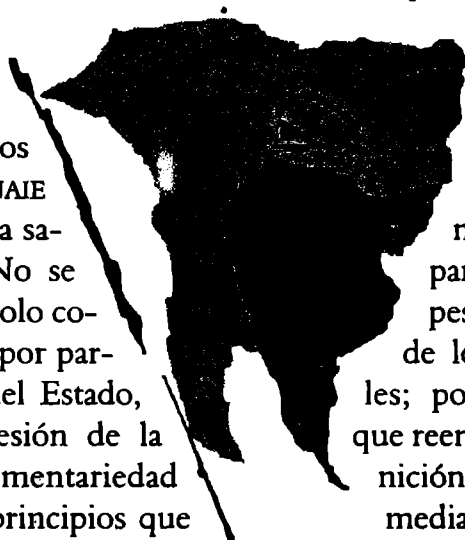
Dentro del Movimiento, su dirección y una parte de los dirigentes de la CONAIE no están dispuestos a salir del Gobierno. No se debe entender esto solo como una cooptación por parte del gobierno y del Estado, sino como la expresión de la idea de la complementariedad que es uno de los principios que rigen la cultura indígena. Además, durante décadas el movimiento indio ha luchado contra la exclusión del Estado uninacional y unicultural y no quieren volver a ser excluidos. El movimiento indígena y su brazo político no son fuerzas socialistas, se han identificado por su capacidad de ligar su propio proyecto político de Estado plurinacional y pluricultural con la oposición a las políticas de ajuste y las privatizaciones, lo que les ha tornado de hecho en fuerzas anti-capitalistas, pero para el tránsito con-

ciente hacia posiciones revolucionarias explícitas faltan muchas luchas.

Necesidad de decisiones

El Movimiento Pachakútic debería condicionar su permanencia en el Gobierno a un cambio político que contemple las siguientes medidas: revisión de los acuerdos con el FMI; defensa de los bienes nacionales; auditoría inmediata de la deuda externa e interna para impulsar una política de suspensión inmediata del servicio de la deuda; impulso a la producción nacional para el mercado interno y entrega de tierras para comunidades y campesinos y respeto efectivo de los derechos territoriales; políticas de integración que reemplacen al ALCA; definición de una posición de mediación frente a la guerra Colombiana y derogatoria de los acuerdos de la Base de Manta y prohibición de nuevos emplazamientos militares; condena de la agresión a Irak; respeto de la autonomía de las organizaciones populares; salida de los ministros neoliberales.

Esta política solo puede llevarse adelante con la movilización independiente de los sectores populares que modifique las actuales relaciones de fuerzas y saquen a las organizaciones populares de la inmovilidad en la que se encuentran.



Las políticas de ajuste y las privatizaciones.

Las medidas contenidas en la Novena carta de Intención continúan las políticas de ajuste estructural y concentración de la riqueza, se mantiene la servidumbre de la deuda externa y se anuncian políticas de enajenación de bienes nacionales a través de agresivas privatizaciones.

Las arcas vacías dejadas por el Gobierno de Noboa han servido como pretexto para la adopción de las políticas de ajuste. Pero el gobierno ha dedicado solo una pequeña parte de los recursos obtenidos del crédito de estabilización del FMI a cubrir la brecha fiscal, la parte más importante se ha destinado al servicio de la deuda externa que Noboa había suspendido en el año 2002. En realidad las cifras verdaderas del déficit fiscal permanecen ocultas.

Por sobre el Informe presentado por el ex Presidente Gustavo Noboa quien, para variar, dijo que dejaba un país en marcha (no aclaró en marcha hacia dónde...) la situación de la economía ecuatoriana era para comienzos del 2003 extremadamente crítica. Según datos elaborados por el economista Carlos Noir, si bien a partir de la dolarización ha existido un crecimiento del producto interno bruto de 2,33% en el 2000, de 5,64% en el 2001 y de 3,47% en el 2002, a partir del tercero y cuarto trimestre del 2002 se empieza a producir una fuerte desaceleración del ritmo de creci-

miento de la economía. En el año 2003 la desaceleración será mucho mayor pese al optimismo oficial que plantea un crecimiento del PIB en un 3,5 a 4 %, en una nueva previsión en el mejor de los casos solo crecería entre el 0,5 y el 1%. Los sectores más vulnerables son el agrícola y el industrial.

De otro lado, el Estado verá reducidos sus ingresos por una baja de la producción y de los precios del petróleo, una caída de las exportaciones agrícolas y una disminución de entre un 20 al 30% de los dineros remitidos por los trabajadores emigrantes. La propuesta de Presupuesto aprobada para el año 2003 contempla el 38% para el servicio de la deuda y apenas el 4% para inversión. Se estima que se necesitarán entre 2500 y 3000 millones para servir la deuda externa en tanto aumenta en similares proporciones el servicio de la deuda interna, que ha crecido debido a la emisión de bonos del Estado para cubrir necesidades presupuestarias y el salvataje del sistema bancario.

La carta de Intención y las consabidas medidas de ajuste.

Se vienen alzas en el gas doméstico, combustibles, tarifas eléctricas y de otros servicios. Pero lo más grave son las reformas que seguirán a los ajustes y que han salido anunciadas ya por el gobierno: privatización de la refinería y de los principales campos petroleros; nuevas concesiones en el

sector de telecomunicaciones y eléctrico; aumento de los impuestos para los asalariados y asalariadas; unificación salarial; flexibilización laboral; privatización de los fondos de pensiones; privatización del agua; profundización de las políticas aperturistas para las inversiones y el comercio; aplicación del ALCA.

Los más importantes grupos económicos construyen consensos para llevar adelante y para beneficiarse de este conjunto de reformas de Segunda Generación.

Este programa conducirá hacia la quiebra masiva de empresas. Se estiman en 1500 las empresas ecuatorianas que desaparecerían si se aplican los Acuerdos de Libre Comercio. Tendremos un incremento del desempleo, lo que afectará a los salarios reales contribuyendo a una mayor contracción de la demanda, incremento de los precios, caída del PIB y mayor inestabilidad económica y política. Una situación de esta naturaleza sólo podrá ser sostenida por un régimen político cada vez más autoritario y represor de las luchas sociales.

El panorama de terror se completa con una mayor participación en la guerra colombiana en la que las Fuerzas Armadas actuarán como fuerza de contención en la frontera norte según el diseño estratégico del Pentágono atrayendo la guerra a nuestras tres provincias fronterizas. Nuestra existencia nacional estaría amenazada de muerte.

La salida de la dolarización y la consolidación del poder de la clase dominante

Ya en el corto plazo la dolarización es insostenible para la economía ecuatoriana. Proporcionó un marco de estabilidad macroeconómica a un costo social y productivo altísimo, pero esa situación está terminando. Los supuestos en los que descansa una economía polarizada no se han cumplido. No se ha detenido la inflación; no han bajado las tasas de interés bancario; la única inversión extranjera es la que ha llegado para la construcción del nuevo oleoducto, que pronto se acabará y la que ha llegado por incremento de la deuda. No han aumentado las exportaciones y en el caso del petróleo hay una baja; las remesas de los trabajadores migrantes, segunda fuente de ingresos para el país hasta el año anterior, han comenzado a caer. De otra parte la economía no está en capacidad de competir ni con los vecinos inmediatos y harán falta muchos años para superar la brecha de competitividad.

Los mismos sectores que hace tres años impulsaron, aplaudieron y se beneficiaron de la dolarización han comenzado a empujar hacia una salida que les favorezca: importadores, financistas, exportadores, empresarios, políticos corruptos, narcotraficantes. Una salida de la dolarización daría enormes ganancias a quienes tienen depósitos en dólares en el exterior estimándose en 16000 mi-

llones de dólares el dinero ecuatoriano que al momento está en Miami, Panamá y otros paraísos fiscales. Todo esto según Carlos Noir significa alrededor del 76% del PIB. En el nuevo esquema monetario se congelarían los dineros de los pequeños, medianos y hasta grandes ahorristas y las cuentas de las empresas. En su lugar se les entregarían nuevas monedas que paulatinamente irán perdiendo valor. Todo este mecanismo enriquecerá aún más a la banca. Los exportadores tendrán en la devaluación un colchón para superar sus problemas de competitividad. El panorama es terrible para quienes tienen créditos en dólares.

Prepararnos para resistir

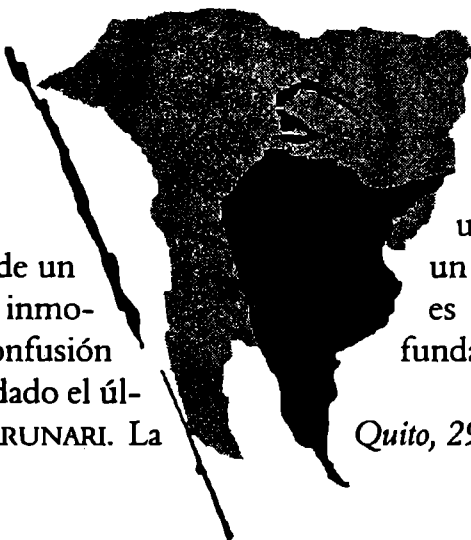
La primera evidencia de un cambio en la situación de inmovilidad, desaliento y confusión del campo popular la ha dado el último Congreso de ECUARUNARI. La

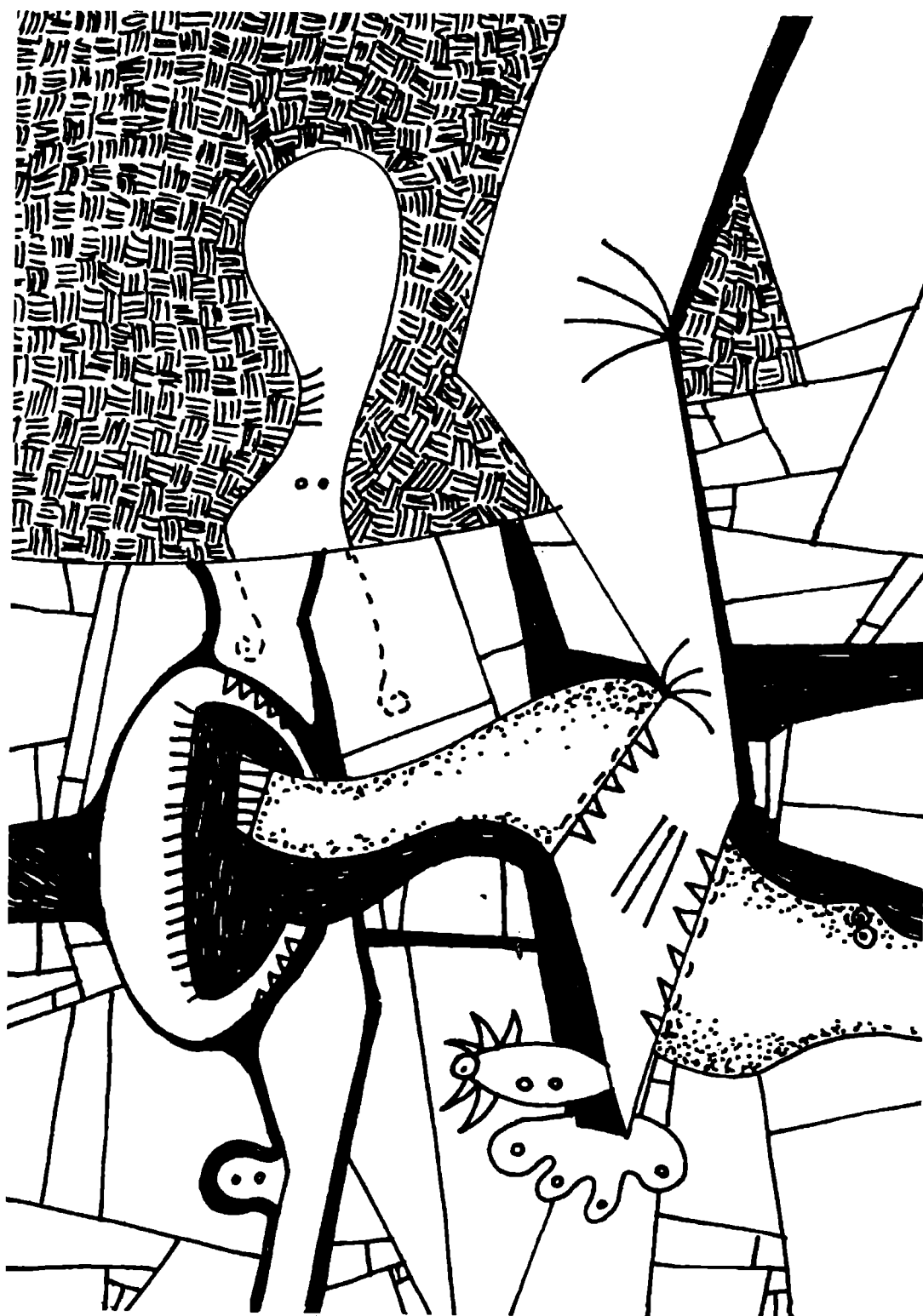
principal filial de la CONAIE ha anunciado su independencia con respecto al Gobierno, su distanciamiento con la línea de Pachakútic y su disposición para pasar a la movilización. La lucha en las nuevas condiciones será mucho más dura que en el pasado y solo puede ser sostenida con un programa y direcciones amplias que garanticen acciones unitarias de todos los sectores populares.

Un papel decisivo, ante la crisis de las direcciones políticas del campo popular, principalmente de Pachakútic, deberán desempeñar las fuer-

zas de la izquierda anticapitalista, por ahora dispersas. La unidad de ésta izquierda en un frente dotado de un programa común es la tarea estratégica fundamental.

Quito, 29 de abril del 2003





Los movimientos antibelicistas de contestación femenina

Mabel Bellucci*

Desde principios del siglo XX hasta la actualidad, con un perfil espontáneo y fugaz, emergen colectivos de mujeres contra la lógica belicista y a favor de la legitimación de la vida. Sus reclamos abarcan un amplio abanico de posiciones que convergen en una misma dirección. Es decir: accionan contra el sistema de la guerra, los levantamientos y golpes militares; el alistamiento obligatorio; las ocupaciones de territorios bajo la intervención de potencias que esgrimen razones humanitarias. Asimismo, denuncian el irrespeto a la autodeterminación de los pueblos bajo limpiezas étnicas y religiosas. A la vez, consideran que toda confrontación bélica responde a una necesidad del mercado armamentístico y también a un control hegemónico del mundo por parte de las naciones imperiales.

Valdría suponer entonces que, por un lado, cuestionan el orden patriarcal militar del Estado capitalista, al desnudar su carácter autoritario y represor. Por el otro, se oponen a colaborar con las fuerzas armadas, convocando a la desertión de las filas y, en algunos casos, haciendo un llamamiento a la huelga de vientres.

En líneas generales, estos variados movimientos intervienen de manera irruptora y autogestiva a través de frentes, redes, comités o multisectoriales; generando una multiplicidad de acciones de resistencia y de desobediencia civil que franquean las fronteras nacionales, étnicas y religiosas. Más de las veces su presencia es discontinua justamente por no estar instituida y también por esa forma de denuncia y malestar con la coyuntura histórica atravesada:

Charles Tilly llama a estos estilos de emergencia "*acciones colectivas comunales*"¹; definiéndolas de esta manera: "*Lógicas que, aún cuando no sean asumidas ba-*

* Feminista, asambleísta y activista autónoma y nómada.

jo la forma de políticas conscientes por parte de sus actores, conllevan un alto grado de significación social y política, en la medida en que se presentan como objetivas y 'respuestas' al nuevo orden de cosas, 'orden' éste que es subjetivamente percibido, en verdad, como 'desorden'".²

El grado de envergadura social que representa esta agitación de conjunto tiende a cristalizar grupos humanos con intereses comunes. O, mejor dicho, transforma sedes de individuos en grupos de afinidades.

Lógicamente, no sólo las mujeres representan sujetos activos que se aprontan a la contestación y a la resistencia autoorganizada ante las flagrantes **violaciones consideradas de lesa humanidad**, pero es posible que ellas logren visibilizar el sentimiento de indefensión y horror que afecta a la sociedad en su conjunto. No obstante, el sentido común hegemónico supone que las mujeres se posicionan frente al sistema de la guerra porque prevalece el sentimiento de preservación de la vida a partir de su papel reproductor. Esta premisa remite a una mirada esencialista que debería ser puesta en discusión al no contemplar que esta tendencia genérica podría asumirse como una modalidad alternativa en tanto y cuanto esos mismos intereses sean potencializados organizativamente en colectivos en agitación.

Aunque son conocimientos no reconocidos desde lo social –ya que surgen de las experiencias adquiridas dentro de la unidad doméstica y en el espacio local–, el saber cotidiano y la conciencia práctica³ de ciertos sectores de mujeres, hábilmente aplicados en la acción (por más que después no se formulen desde el discurso)⁴, podrían representar el punto de partida de sus prácticas movimientistas. Posiblemente, les permitiría entonces procurar estrategias en situaciones de riesgo.

Desde esta mirada, se logra resignificar una posición que hasta entonces era vivida como natural. Así, las mujeres, al configurar colectivos adquieren una nueva dimensión social y política de acuerdo a ciertas prioridades. Entre ellas, legitimar la vida para oponerse a las posiciones militaristas y armamentísticas, lo cual encierra la posibilidad de una solución no violenta del conflicto y la inmediata apertura de negociaciones. Así también desnuda las

¹ Tilly, Charles (1978): *From Mobilization to Revolution*, Adison Wesley Publishing Co., Reading, EE.UU., pág. 69.

² Grüner, Eduardo (1991): "Las fronteras del (des)orden. Apuntes sobre el estado de la sociedad civil bajo el menemato", en *El Menemato*, Edit. Letra Buena, Buenos Aires.

³ Conciencia práctica: conocimiento táctico, hábilmente aplicado en la orientación de cursos de conducta, pero que el actor no puede formular discursivamente. Véase Schmukler, Beatriz (1986): "Las madres y la producción cultural en la familia". En Estela Grassi (comp.): *La antropología social y los estudios de la mujer*, Edit. Humanitas. Buenos Aires, pág. 173.

⁴ Schmukler Beatriz, op.cit, pág. 36.

lógicas de la barbarie capitalista expresadas por el racismo, el etnocentrismo y la xenofobia.

Txems Finez, en el debate sobre la objeción de conciencia llevada a cabo por el movimiento de insumisos en España, sostiene que *no se puede seguir manteniendo la autonomía de lo militar frente a lo civil para preservar una organización que se gobierna según sus propias leyes y en atención a particulares intereses. Urge entonces la necesidad de recuperar la conciencia cívica como conciencia crítica de la lógica antimilitarista y de derechos humanos para potencializar respuestas organizadas, mixtas o de mujeres, que apuestan a métodos no violentos de resistencia como una forma de desobedecer las normas prescriptas del sistema militar –patriarcal*⁵.

Al mismo tiempo, los presupuestos antibelicistas y de derechos humanos deberían ser la nutriente de todos aquellos movimientos que bregan *por vivir en igualdad, respetando las diferencias*. Cabe recordar que, hacia finales del XIX, esos mismos presupuestos representaron el eje del pensamiento obrero internacionalista.

El movimientos antibelicista y antimilitarista de mujeres Haciendo historia...

En la mayoría de los países centrales, mujeres de distintas vertientes ideológicas y sectoriales ponen en marcha instancias organizativas autónomas para manifestar sus posiciones antibelicistas.

La Primer Guerra Mundial genera tensiones en cuanto divide al mundo entre reclutamiento militar para los varones e industrial para las mujeres.

En los últimos días de paz del verano de 1914, la campaña en favor de la neutralidad se había extendido por numerosos países. Entre los grupos, se encontraba la Alianza Internacional Por el Voto de la Mujer, cuyas múltiples acciones incluyeron la recaudación de doce millones de firmas de mujeres de veintiséis países en favor de un intento de solución pacífica ⁶.

Asimismo, un año después, Rosa Luxemburgo y Clara Zetkin son las promotoras de la Primera Conferencia Internacional por la Paz, en La Haya, posibilita la creación de una plataforma *para la mitad de la humanidad basándose en el sentimiento antibélico*⁷. De su tradición heredamos también esta

⁵ Finez Txems (1990): "Los grandes retos actuales." En: *El debate sobre la objeción de conciencia*, Papeles para la paz, Consejo de la Juventud. Nº 38, Euskal Herria, España, pág. 221.

⁶ Castellanos Roig, Mercedes (1982): *La Mujer en la Historia. Francia, Italia, España. Siglos XVII-XX*, Serie Estudios 3, Instituto de la Mujer., Ministerio de Cultura, Madrid, pág. 292.

⁷ Evans, Sara M. (1993): *Nacidas para la libertad*, Edit. Sudamericana, Buenos Aires, pág. 168.

convicción fundada contra la guerra. Son las mujeres alemanas quienes advierten, en su propia tierra, como el militarismo condena al exterminio humano. A raíz de este multitudinario evento se constituye, en Nueva York, el *Partido de Mujeres por la Paz* y *La Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad*. Fue un intento de síntesis precursor entre los movimientos pacifistas y feministas.

En vísperas de la entrada de Italia en la guerra, aparece en el diario *Avanti*, el llamado del *Comité Internacional de las Mujeres Socialistas* a las obreras del mundo para *evitar que millones de ciudadanos sean reducidos a cadáveres, mutilados, inválidos, desocupados, mendigos, viudas y huérfanos*⁸. Y terminan diciendo que *este grito se alza en todas las lenguas y encuentra eco en todas las trincheras*⁹.

Otro dato que no se puede soslayar, es la significativa importancia de la *Unión de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo*, colectivo constituido, en 1933, dentro y fuera de España¹⁰. Su sede funciona en París, presidido por Dolores Ibarruri, Irene Falcón y Victoria Kent, entre otras tantas mujeres de destacada trayectoria. Entre sus objetivos fundacionales, se encuentran *la lucha contra el fascismo enemigo de la mujer, contra la guerra, por la incorporación de la mujer antifascista, por la libertad y el trabajo y por la educación y mejora de los derechos femeninos*¹¹.

Finalizando la década de los cincuenta, en Washington, se funda el movimiento *Huelga de Mujeres por la Paz*. Su convocatoria numerosa y su posición confrontativa con los lineamientos de la Guerra Fría lleva a que el subcomité de Actividades Antinorteamericanas de la Cámara de Representantes, intente probar la infiltración de comunistas dentro de sus filas¹².

En tanto que en las periferias de las universidades, los estudiantes se reúnen para discutir sobre la aterradora guerra nuclear y sobre el materialismo de la cultura norteamericana, dando paso al movimiento pacifista. En 1962, se crea el *Comité de Acción No Violenta*¹³ dirigido hacia un nuevo público atento por la ética de la guerra y los peligros de la carrera armamentística nuclear. Durante ese mismo año, a raíz de una nube radiactiva proveniente de una prueba nuclear, se organiza una huelga de 50.000 mujeres que abandonan sus

⁸ Parca, Gabriella (1981): *L' avventurosa storia del femminismo*, Edit. Mondadori, Milán, pág.88.

⁹ Parca, Gabriella, op. cit; pág. 88.

¹⁰ Castellanos Roig, Mercedes, op. cit., pág. 292.

¹¹ Ibarruri, Dolores (1939): *El único camino*, Moscú, pág. 210.

¹² Evans, Sara M., op. cit, pág. 255.

hogares y cocinas para exigir al poder político *que terminen con la carrera armamentista, no con la raza humana*¹⁴.

Iniciados los setentas, los desafíos del movimiento feminista; de los frentes estudiantiles de izquierdas; de la comunidad negra por su autodefinición; de la resistencia de las minorías sexuales así como de la oposición frontal a la guerra de Vietnam, generan una radicalidad de las luchas políticas y culturales. Clima, por cierto, pocas veces atravesado por la potencia del norte. Así, en enero de 1969, las mujeres blancas y negras se movilizan a Washington como señal de protesta contra la guerra. Esa marcha se la conoce como *Brigada de Jeanette Rankin*¹⁵, en homenaje a la primer mujer congresal que votó en contra de la participación de su país durante las dos guerras mundiales.

En tanto que en 1988 surge, en Israel contra la ocupación de ese país a Cisjordania y Gaza, el movimiento de *Mujeres de Negro contra la Guerra*. Tomando el modelo de las Madres de Plaza de Mayo, su accionar se centra en denunciar la tragedia que sufren los pueblos agredidos por las potencias imperiales.

Así, comienzan a juntarse con sus pares palestinas y pueblan las calles de la plaza Hagar, en Jerusalén, y hacen oír su voz bajo la consigna *Basta a la ocupación*¹⁶.

Mujeres de Negro condenan todo tipo de violencia, desde la masculinidad heterosexista **que ejerce formas diversas de violencia contra las mujeres** hasta el militarismo y la guerra. En vigiliassilenciosas apoyan la democracia multiétnica e intentan construir una política de paz internacional ante cualquier avasallamiento al derecho de las minorías. Sin olvidar su propósito de dismantelar el orden patriarcal militar vigente. Sus campañas se caracterizan por unir a mujeres de bandos encontrados para realizar plantones una vez a la semana de forma permanente¹⁷.

Dos años más tarde, después de haberse multiplicado por Medio Oriente, se suman las ex yugoslavas. Ellas denunciarán la violación como arma y botín de guerra, el nacionalismo colonialista así como la militarización de los Balcanes.

¹³ Rowbotham, Sheila (1980): *La mujer ignorada por la historia*, Edit. Pluma y Debate, pág. 169.

¹⁴ Ruiz, Reina (1990): "Mujer y Ejército". En: *El debate sobre la objeción de conciencia*, Papeles para la Paz. Nº 38. Consejo de la Juventud Euskal Herria, España, pág. 241.

¹⁵ Evans, Sara M., op.cit, pág. 275.

¹⁶ Gemetro, Florencia: "Resistencias. Por la paz". Suplemento LaS/12, Diario Página/12 del 21.2.2003, Buenos Aires, pág. 11.

¹⁷ Cockburn, Cynthia (1999): *Poder Decir: Ni esto ni lo otro*, Peace Brigades International, The National Peace Council, Londres, pág. 3.

Con el correr de la década de los noventa, el movimiento logra extenderse a Italia, España, México, Alemania, Gran Bretaña, India, Turquía, Sudáfrica y Filipinas.

Una de sus principales propuestas, consta en *Queremos convertir la resistencia en una desobediencia pública como alternativa a la guerra. No aceptamos la globalización económica del capital productivo y especulativo*¹⁸.

Frente a la actual agresión contra Irak, el movimiento convoca a apoyar a todos los militares, hombres o mujeres, de cualquier facción que decidan desertar de las fuerzas armadas durante dicho conflicto. En el escrito, las Mujeres de Negro recuerdan que lo vienen haciendo desde hace 20 años en las diferentes contiendas, tales como la de Israel con Palestina, en Kosovo y Sarajevo. A la vez, expresan su solidaridad con la población civil en Irak y, en especial, con las mujeres, también con los movimientos pacifistas en Estados Unidos.

Para ellas, ambos ejércitos deben facilitar el acceso a las operaciones humanitarias así como respetar los acuerdos de Ginebra sobre el trato a prisioneros de guerra¹⁹.

Por último, al efectuar un repaso de nuestro belicoso siglo XX (Primer y Segunda Guerras Mundiales, Guerra Civil Española, Medio Oriente, Golfo Pérsico, Kosovo, Sarajevo) se devela que si los colectivos de mujeres -que no siempre fueron numerosos- se movilizan, parten de cuestionar el orden prescripto en su conjunto al priorizar la legitimación de la vida y denunciar el militarismo patriarcal del sistema capitalista.

En Argentina

Durante las primeras décadas del siglo pasado, las primeras voces premonitorias que se alzan para cuestionar los efectos devastadores del militarismo y la guerra, parten de las filas del movimiento obrero. Pese a que estos debates son levantados por las referencialidades masculinas de la época, grupos de mujeres activistas, intelectuales y de sectores populares se organizan espontáneamente a la hora de hacer oír su repudio. A modo de ejemplo, se podría recordar determinados acontecimientos políticos significativos llevados a cabo por colectivos y voces individuales.

Durante 1900, se plantea una perspectiva de guerra entre Argentina y Chile: Gabriela Laperrière de Coni -dirigente socialista y feminista- expre-

¹⁸ Comunicado por la agresión a Irak del movimiento de Mujeres de Negro contra la Guerra. MN/MEL, 2.3.2003.

¹⁹ Idem.

²⁰ Feijóo, María del Carmen y Hilda Sabato (1983): "Las mujeres frente al Servicio Militar". En revista *Todo es Historia*, Buenos Aires.

sa la posición de su partido en conferencias en torno a la paz, que se desarrollan en ambos países en conflicto²⁰.

Un año después, en nuestro país se sanciona la obligatoriedad del servicio militar. Ello moviliza a las fuerzas más representativas de las corrientes librepensadoras de la época, sean anarquistas, liberales como socialistas. Nuevamente, Gabriela Laperrière de Coni aparece en el escenario público asumiendo posiciones antimilitaristas²¹.

En 1928, se desencadena la Guerra del Chaco. La misma significó una denodada lucha entre dos compañías petroleras transnacionales (una de origen norteamericano y otra inglesa) instaladas en la zona del Chaco boreal. Frente a tales circunstancias, el Partido Comunista Argentino organiza una comisión *La Alianza Femenina Antigüerrera* para rechazar la acción bélica desatada entre Paraguay y Bolivia²².

En ese mismo año, se lleva a cabo, en la ciudad de Buenos Aires, el *Tercer Congreso Internacional Femenino*, auspiciado por el Club Argentino de Mujeres. Uno de sus puntos pragmáticos considera que este simposio *debe construir al afianzamiento de la paz universal*. El taller *la Mujer y su opinión sobre la guerra* fue el más concurrido y el que más estado público adquirió²³. Asisten al mismo, figuras de notable trayectoria internacional y nacional, tales como la escritora Salvadora Onrubia, la activista anarquista Juana Rouco Buela, la socialista Sara Justo, la feminista Paulina Luisi, por nombrar algunas de las más aguerridas expositoras.

En tanto que a lo largo de la década del '30 -por efecto del *crack* económico capitalista del '29 y el ascenso del fascismo en Europa- bajo el marco interno de militarización del poder, un grupo de mujeres motorizan sus fuerzas intelectuales para elaborar denuncias y cuestionamientos al sistema imperante. Escriben muchísimo contra la guerra y otras formas de explotación humana e injusticia social. Tanto es así que el quincenario de mujeres anarquistas *Nuestra Tribuna* lanza la propuesta de una pronta organización de un *Congreso Antimilitarista Panamericano Femenino* por la paz de los pueblos, amenazada por el los intereses hegemónicos de las clases dominantes. Aparecen así, innumerables artículos, editoriales, reportajes, elaborados por y

²¹ Feijóo, María del Carmen, op. cit.

²² Datos extraídos de entrevistas con Fanny Edelman y de Jacinto Macizo. La primera fue una antigua dirigente del Partido Comunista Argentino, mientras que Macizo activó en el movimiento anarquista y participó en la resistencia española. Entrevistas realizadas entre mayo y junio de 1985.

²³ Rouco Buela, Juana: "La mujer y su opinión sobre la Guerra". En: Revista *Mundo Argentino*, Noviembre de 1928, Buenos Aires, pág. 23-24. Véase también Bellucci, Mabel (1988): "Entonces la Mujer". En: Revista *Todo es Historia*. Buenos Aires, págs. 55 a 57.

para mujeres; sin olvidar sus colaboraciones en los principales diarios obreros y revistas de la época²⁴.

Otro detalle importante es la obra de teatro escrita por Elías Castelnuovo, *El Mutilado* que -con una visión anticipatoria al fenómeno de las Madres de Plaza de Mayo- describe la caminata congojosa de un grupo de madres que reclaman la devolución de sus hijos a un sanguinario emperador²⁵.

Hacia finales de 1936, se prepara la *Conferencia Interamericana de la Paz*, bajo el nombre *Debates y Derechos de la Mujer ante los problemas de la Paz*. A este evento asiste un numeroso contingente de activistas sociales y feministas que recomienda a los gobiernos americanos adoptar en sus legislaciones el reconocimiento integral a la población femenina de los derechos ciudadanos²⁶.

El desenlace de la Guerra Civil Española vuelca a la mayoría de los nativos de ese país residentes en Argentina y, en una buena medida, a sus mujeres, a la defensa de la República. Se genera una pronta respuesta a través de la creación de asociaciones que se enrolan en el frente de batalla. También se llevan a cabo tareas de recolección de ropa, alimentos y medicina así como expresiones de repudio por intermedio del teatro, los manifiestos y el periodismo²⁷.

El horror de la Segunda Guerra Mundial, en Europa, moviliza a las activistas socialistas, comunistas, anarquistas y liberales de nuestras principales ciudades a denunciar y accionar contra las atrocidades de la contienda bélica.

En tanto que durante la última dictadura militar, llevada a cabo entre 1976 y 1982, las mujeres resisten tanto contra el terrorismo de Estado como la Guerra de las Malvinas. Las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, las madres

²⁴ Rouco Buela, Juana (1964): *Historia de un ideal vivido por una mujer*, Edit. Reconstruir, Buenos Aires, pág. 53. Véase también Belluci, Mabel, op. cit.

²⁵ Rouco Buela, Juana (1927) "La guerra", En: Revista *Mis proclamas*, Edit. Lux. Chile. Pág.14-15.

²⁶ Gregorio Lavié, Lucila (1948): *Las Mujeres de América y la Paz*, Secretaría de Educación de la Nación. Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, pág. 3.

²⁷ Rouco Buela, Juana: "El Porqué de un Congreso Anarquista Femenino" En: Periódico *Nuestra Tribuna*, N° 39 del 1.7.1925. Buenos Aires, pág. 1. Evidentemente, ella intenta movilizar a las mujeres también con sus declaraciones públicas así como con sus artículos periodísticos.

En la publicación chilena "Mis Proclamas" (1927) es columnista. En varios de sus escritos entrelaza posiciones pacifistas con propuestas insurreccionales. Veamos: "(...) Y es bueno estar preparados, sobre todo las mujeres, para contestar a la guerra con la revolución" (...) "Las mujeres están llamadas a desempeñar en nuestros días un importantísimo papel antimilitarista. ¡Abajo la Guerra! ¡Abajo las armas! ¡Que cese la violencia organizada!"

de los soldados combatientes y los grupos objetores de conciencia contra el alistamiento obligatorio, son ejemplos emblemáticos de los modos de autoorganización espontánea y de resistencia civil. Esos mismos que expresan la necesidad de recuperar la identidad ciudadana en el marco de los derechos humanos.

1991: surgen las Mujeres de Negro en Argentina

Al iniciarse el conflicto en el Golfo Pérsico, en 1991, amplios sectores de las izquierdas y del nacionalismo popular local, apoyan las posiciones de Irak, amparándose en la aventura “antiimperialista” experimentada por el gobierno militar de F. Galtieri (1982) contra el dominio colonial de Gran Bretaña sobre las Islas Malvinas, en el Atlántico Sur²⁸.

En este contexto pro-saddamista se constituye un movimiento alternativo a las posiciones tradicionales de las izquierdas, el *Comité NO a la Guerra en Medio Oriente*.

Posiblemente, este frente significa un intento de retomar el espíritu antibelicista y antimilitarista de las vanguardias obreras e intelectuales de las primeras décadas del siglo, a partir del ingreso de las corrientes inmigratorias de ultramar.

El *Comité NO a la Guerra* agrupa aproximadamente cuatrocientos personas que expresan un amplio arco de la cultura y de la intelectualidad de Buenos Aires y de otras ciudades del país.

Esta iniciativa toma estado público mediante una solicitada a través de la cual se repudia tanto al ataque militar de las fuerzas norteamericanas y sus aliados como la aventura de Saddam Hussein en el Kuwait. Ante esta situación, exhortan al conjunto de la sociedad a pronunciarse *contra la guerra y por el cese inmediato de todos los bombardeos*. Asimismo, piden junto al retiro de las naves argentinas, *la inmediata apertura de negociaciones en la región del Golfo, a través de una Conferencia Internacional, que busque una salida integral a los conflictos de Medio Oriente, en base al respeto del derecho de autodeterminación de los pueblos y, en particular, los derechos del pueblo palestino, evitando por todos los medios la continuidad de las hostilidades*²⁹.

En tanto que las mujeres que integran el Comité, en buena parte feministas autónomas, figuras referenciales de los organismo de derecho huma-

²⁸ Bellucci, Mabel y María A. Gutiérrez (2000): “La guerra es el problema no la solución. El Comité No a la guerra en Argentina”. En: *Revista Doxa*, Año X. Nº 20, Buenos Aires, págs. 151 a 153.

²⁹ Volante del Comité No a la Guerra.

nos, de frentes estudiantiles y artistas- junto con el Servicio Paz y Justicia (SERPAJ) y el apoyo de Greenpeace- convocan a manifestar públicamente su repudio contra la guerra. Nuestro frente de Mujeres de Negro marcha por las calles de Buenos Aires y finaliza su accionar y performance en la Plaza de Mayo; concentrándose a lo largo de las escalinatas de la Catedral Metropolitana. La actriz Cristina Banegas lee un conmovedor documento, escrito por María Moreno y Martha Rosenberg.

Una parte del texto dice: *Empecinadas en devolver como resistencia lo que se nos adjudica como única alternativa, y así como el blanco dejó de significar rendición, sino todo lo contrario en los pañuelos de las madres de Plaza de Mayo, queremos extender el sentido del luto para convertirlo en arma política; ya no es sólo el signo del dolor por la pérdida de un ser querido, la tragedia privada y su rito acotado entre cuatro paredes. Estamos de luto por nosotras y por las otras madres, por hijos, amantes, hermanos que nunca conoceremos. Estamos de luto pero ennegrecidas por el petróleo cuyo botín hacen muertos vivos de los seres vivientes en los mares contaminados por el desecho industrial. Estamos de luto porque nos negamos a ser las viudas de la sociedad civil y queremos que el negro de nuestros vestidos sea un borrón en medio de la obscenidad de las imágenes de la guerra en el Golfo. Estamos de luto como Antígona porque como ella creemos que hay leyes no escritas, leyes que aún no han sido promulgadas, ni selladas en la mesa de negociaciones ante las Naciones Unidas, pero que conducen a la resistencia.* ³⁰

Por esos días, Madres de Plaza de Mayo- Línea Fundadora, expone también una posición contraria al envío de tropas argentinas a la zona del conflicto³¹. En un documento, ellas expresan:

Nosotras, las Madres, condenamos todo acto de ocupación de territorios en otro país. Nuestra lucha se basa en la libre determinación de los pueblos. Nosotras condenamos las injerencias de países que, con el pretexto de defender la paz, ocultan sus mezquinos intereses políticos y económicos". En consecuencia, nosotras no aceptamos el envío de Fuerzas Armadas al Golfo, porque

1) Es una cuestión que deben solucionar los países árabes, sin intervención extranjera como fue la de Estados Unidos y la OTAN en momentos de la invasión a las Malvinas

2) Las Fuerzas Armadas Argentinas no tienen reservado más que un sólo lugar

³⁰ Este documento fue entregado por la feminista Martha Rosenberg.

³¹ Manuscrito presentado por Nora Cortiñas, integrante de Madres de Plaza de Mayo- Línea Fundadora. El petitorio presentado el 8 de Marzo de 1991 a la Cámara de Diputados de la Nación incluye las siguientes demandas: 1) el cese inmediato de las acciones de guerra. 2) El retiro de las naves y Fuerzas Armadas argentinas. 3) El respeto a la autodeterminación de todos los pueblos de Medio Oriente. 4) La salvación pacífica de los conflictos con negociaciones inmediatas entre las partes.

dentro de la historia de la humanidad: la prisión. Ellas están inhabilitadas porque son responsables del genocidio argentino.

3) Nosotros somos un país que sufre por lo hecho por las mismas Fuerzas Armadas y la policía sin escrúpulos que participaron con ellos.

Bajo el lema internacional *la guerra es el problema no la solución*, este acontecimiento político se repetirá ocho años más tarde, contra la intervención multinacional de la OTAN. Esgrimiendo “razones humanitarias”, decide “rescatar” al pueblo yugoslavo de la opresión y limpieza étnica del régimen de Milosevic.

Todas estas expresiones de repudio por parte de las integrantes del *Comité NO a la Guerra*, representan propuestas inaugurales y antecesoras de la última manifestación llevada a cabo, en Buenos Aires, por un grupo de mujeres de partidos políticos junto con organismos de derechos humanos contra la masacre lanzada por Estados Unidos e Inglaterra sobre Irak.

Buenos Aires, Abril de 2003



Poder y anti-poder

Acerca del libro de John Holloway,
Cambiar el mundo sin tomar el poder

Joachim Hirsch*



Quien espera un consejo práctico de cómo hacer para cambiar de una vez por todos el mundo, quedará decepcionado con este libro. Porque, antes que nada, afirma que, si los objetivos son la emancipación y la liberación, la manera como seguramente no podrá cambiar es mediante la toma del poder (estatal). El libro busca demostrar que el desafío está en desarrollar anti-poder, poder creativo; que cambiar el mundo debe entenderse como negación de lo que comúnmente se llama política y que se agota en la reproducción permanente de relaciones de poder y sumisión. Una “sociedad sin relaciones de poder” es la meta a alcanzar.

Tres ejes conceptuales sostienen la argumentación: el grito; el poder instrumental versus el poder creativo; y la fetichización. Por “grito” se entienden la furia frente al status quo, la rebeldía y la negación a seguir siendo partícipe que se encuentran en el comienzo de toda reflexión crítica. Es la furia, no la razón, la que impulsa la idea. En un retorno a la subjetividad inmediata que tiene algo de existencialista, “la resistencia a aceptar lo inaceptable” y la conciencia de la posibilidad de un “ser diferente radical” se constituyen en punto de partida del pensamiento y de la acción. En las condiciones sociales existentes, el poder genuino, creativo de los seres humanos, su capacidad de configurar autónomamente la vida social, negada por la “interrupción del flujo social de la acción”, la heteronomía que resulta en esencia de la separación de las condiciones de su actividad. De ahí surge el poder instrumental que interrumpe el flujo de la acción y encuentra su culminación histórica en la relación capitalista y la racionalización de las relaciones sociales que ella conlleva. Esta racionalización se evidencia en el pro-

* Economista

ceso de fetichización, en la cosificación de las relaciones sociales por la cual lo producido por los hombres se transforma en poder objetivo sobre ellos, tal como lo describen Marx y Engels en la “Ideología alemana”. La fetichización encadena a los hombres con el status quo, tanto en su pensamiento como en su acción, completando su “deshumanización”. La reproducción de dominación y explotación por el propio pensamiento y la propia acción, la penetración del poder instrumental en todos los sujetos, constituye el problema central de una teoría de la revolución.

A partir de ahí, los intentos comunistas –fracasados– y socialdemócratas de transformar el mundo mediante la toma de poder estatal, deben criticarse en general. El juego de poder y contrapoder terminan reproduciendo las relaciones instrumentales de poder de distintas formas. El Estado es, de la misma manera que la mercancía y el dinero, expresión de la fetichización de las relaciones sociales. No es el espacio de poder sino la manifestación de las divisiones que caracterizan la sociedad capitalista. Para decirlo con los términos de la teoría materialista del estado, el Estado es parte de las relaciones de producción capitalistas y no externo a las mismas, por lo tanto no puede ser un instrumento neutral. Cristaliza las divisiones e identificaciones que forman parte del poder instrumental. Entonces hay que deshacerse del fetiche del estado en vez de adoptarlo. De esta manera se llega al cuestionamiento de la tradición del marxismo “científico” que, al positivizar la teoría marxista, cae en el fetichismo de la sociedad burguesa. Al quedar atrapado en el concepto instrumental de poder, lo reproduce en la teoría y la práctica: La liberación se transforma en acción de vanguardias, no a través de sino “para” los oprimidos, como espectáculo de un partido que lleva la etiqueta de “revolucionario” sin merecerlo en lo más mínimo.

Sin embargo la sociedad capitalista tampoco es una caja cerrada de obediencia ciega. La fetichización no es un estado sino un proceso en lucha permanente. Resulta así porque el poder instrumental sigue dependiendo de los potenciales de poder creativo, su utilización y explotación, lo cual brinda posibilidades para una acción liberadora. Se dirige contra todas las identificaciones y clasificaciones, sea como clase, sexo o nación, que representan la antítesis del reconocimiento mutuo. “Para la teoría burguesa la subjetividad es identidad, mientras que en nuestro argumento, la subjetividad es la negación de la identidad.” (p. 112). El desafío está entonces en “buscar la esperanza en la naturaleza del poder capitalista mismo. Un poder ubicuo implica una resistencia ubicua.” (p. 120). Esta resistencia descansa en que los hombres mismos son quienes reproducen el status quo, crean y reproducen su opresión. La dependencia del poder instrumental

—del capital— del poder creativo es la causa de su fragilidad y vulnerabilidad. Es a partir de ahí que se vislumbra la esperanza para otro estado de cosas. La crisis permanente del capitalismo, que solo adopta distintas formas históricas, resulta de que el capital esté forzado a liberarse del poder creativo del productor y, al mismo tiempo, a someterlo de maneras siempre nuevas. Así, resistencia y lucha forman parte intrínseca de la relación de dominación y explotación existente.

Holloway desarrolla en su libro un esbozo de teoría crítico-materialista que ya tiene tradición. Parte de una interpretación de Marx orientada en sus escritos tempranos y trabaja con la misma intensidad y mirada crítica los escritos de Georg Lukács y la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt. Eximido de toda crítica queda sin embargo Marx mismo. Las problemáticas y contradicciones contenidas en su obra no se someten a análisis. Holloway toma como referencia y radicaliza los hallazgos de una teoría del Estado que retoma la definición de las formas sociales en un lenguaje atractivo y comprensible probablemente éste sea un mérito también de la traducción (que, sea dicho al paso, es excelente y cuenta con una serie de comentarios apropiados)¹. Sin embargo, reproduce de esta manera la problemática ya muchas veces discutida del marxismo “hegeliano”. Aunque admite que los sujetos son marcados, formados, “dañados” por las relaciones sociales existentes, su argumentación se basa en el supuesto de una subjetividad esencial y “humanidad” —más allá de todas las condiciones sociales— que se enajena a sí misma en una relación de separación y fetichización que atraviesa la historia y encuentra su culminación en la sociedad capitalista: el sujeto se “desubjetiviza” y la humanidad se “deshumaniza” a causa del despliegue del poder instrumental. De esta manera, Holloway formula una posición contraria a las teorías postestructuralistas y deconstructivistas de la actualidad, pero también deja de lado algunas críticas desarrolladas en este contexto. El retorno existencialista, para llamarlo de alguna manera, a la subjetividad inmediata en la categoría del “grito” no sólo cae simpático, seguramente es necesario como punto de partida de toda teoría crítica. Es dudoso, sin embargo, si es suficiente para lograr deshacer el nudo gordiano definido por la dimensión y el sujeto de la crítica. El concepto de sujeto en Holloway transforma la liberación en la recuperación de algo originario, existente en la esencia del ser humano, precisamente en “des”enajenación. Frente a esta concepción, la frase de Marx que el hombre es un “conjunto de relaciones sociales” debería reconsiderarse seriamente. De otra manera, ni siquiera es

¹ [N.d.T.] El elogio de Hirsch se refiere a la traducción al alemán por Lars Stubbe.

necesario plantear la pregunta: ¿cuáles son los sujetos que luchan, por cuál libertad y forma de existencia social están luchando? y se llega al peligro de que la “dignidad” —el parámetro normativo enunciado una y otra vez— se transforme en una metáfora vacía. También hubiera sido valioso en este contexto discutir más detalladamente el “antihumanismo teórico” de Althusser, que se opuso a las implicaciones totalitarias de una interpretación hegeliana de Marx.

Holloway presenta argumentos importantes y extraordinariamente considerables para una crítica de las teorías de izquierda, entre otras, su positivismo siempre soslayado, su funcionalismo, su familiaridad en última instancia con el poder dominante. Al mismo tiempo demuestra una falta de rigor considerable a la hora de tratarlas con mayor profundidad. Así, Foucault es reconocido como un teórico de las relaciones de poder complejas, pero no se profundiza en que su concepto de poder es diametralmente opuesto al del autor, pues para el primero, la relación entre poder instrumental y poder creativo no es simplemente “antagónica”. Por otra parte, Holloway mismo es bastante impreciso respecto de esta relación cuando, por ejemplo, llama la atención a que nosotros formamos parte, “profunda e inevitable” del antagonismo entre poder instrumental y poder creativo (p. 73). No aclara si es así por principio o solamente en la sociedad capitalista. En el primer caso, Foucault podría haber argumentado de una manera similar, sin embargo le reprocha haber quedado atrapado en las categorías burguesas, algo poco sostenible en esta simpleza. Tomar más en serio a Foucault hubiera significado, sin embargo, problematizar el principio de oposición entre “poder” y “anti-poder” sobre el cual descansa todo su argumento.

Gramsci la saca aún mucho peor, quedando prácticamente descalificado en unas pocas palabras como otro más que se dejó engañar por el fetiche, concretamente, la política de vanguardia centrada en el Estado. Seguramente es posible criticar a Gramsci en este contexto, pero la afirmación de que habría pasado por alto la importancia de las luchas permanentes (de clase), es simplemente insostenible. Mete en la misma bolsa a la teoría de la regulación, criticándola por su “visión del capitalismo como una sociedad relativamente plácida que se autoreproduce, en la que cualquier cosa necesaria para la reproducción capitalista automáticamente sucede.” (p. 201). El problema del funcionalismo se discute extensamente al interior



de la misma teoría de la regulación, pero con una diferenciación mucho mayor. Aquí hubiera sido más útil una crítica más concisa que una descalificación genérica. No hay que olvidarse que la teoría de la regulación plantea justamente cómo el capitalismo, en cuanto sociedad antagónica atravesada por luchas de clase, es capaz de lograr una relativa estabilidad y formula condiciones para que ello ocurra y que de ninguna manera son garantizadas “funcionalmente” sino justamente expuestas a luchas. La reproducción plantea, además, un problema. Holloway vincula, en general, toda teoría de la reproducción con la imposibilidad de comprender la fetichización, pero queda debiendo una explicación de por qué lo ve así. Hay que recordar que Marx había señalado –y algunos de sus dichos citados en el texto lo demuestran– que la relación capitalista de producción y dominación solo puede ser comprendida desde su reproducción y que lo importante es comprender en detalle este proceso. Toda teoría crítica-materialista es consciente de que la reproducción es lucha de clases. La “regulación” de la reproducción solamente se logra mientras las luchas no hacen estallar las formas capitalistas (o el “fetiche” en el lenguaje del autor). Sería fácil rescatar todos estos puntos de textos ampliamente conocidos y Holloway encontraría en ellos algunos puntos de partida interesantes para su propio argumento, por ejemplo en relación con los conflictos y contradicciones que forman parte del proceso de fetichización y del surgimiento de las formas sociales. En general, llama la atención que la crítica teórica de Holloway en su conjunto se caracteriza por una notable estrategia de inmunización.

Sin embargo, el texto se destaca por el intento de aplicar coherentemente el pensamiento dialéctico de Marx y de seguir desarrollándolo. Holloway comprueba muy bien que la teoría crítica malogra su objetivo cuando se niega a adoptarlo. El problema surge cuando interrumpe esta dialéctica en puntos decisivos e invierte la negación en positivización. Siendo el poder creativo la negación del poder instrumental, el primero se encuentra –como él mismo dice–, en una relación contradictoria, ergo “inevitable” con el segundo. Al mismo tiempo, Holloway positiviza el poder creativo como esencial y libre de toda contradicción. La identificación se define como “antítesis” de reconocimiento mutuo para el desarrollo del poder creativo, omitiéndose que el reconocimiento requiere al mismo tiempo de identificación –una contradicción que se desarrolla mucho más concluyentemente en algunos debates actuales sobre “política de identidad”. Una aproximación igualmente “no dialéctica” caracteriza en cierto sentido al tratamiento que Holloway da a los conceptos de fetiche y fetichización. Enuncia brevemente que se halla también un elemento de libertad y autodeterminación

en la imposición de las formas capitalistas, de la forma mercancía y de las relaciones de dinero, en la centralización del poder y en la separación entre estado y sociedad, pero sin que esta mención tuviera consecuencias para la argumentación. La ilustración llega a quedar reducida a un “complemento filosófico del establecimiento de las relaciones sociales capitalistas” (p. 106). No se plantea la pregunta si y de qué manera una sociedad diferenciada y libre requiere de formas objetivas, es decir de una verdadera racionalización específica, pues entonces lo importante sería posiblemente no abolirlas simplemente sino de manejarse concientemente frente a ellas y “superar” así la fetichización en el sentido hegeliano. No es casual, entonces, que Holloway denomine “comunidad” y no “sociedad” las relaciones sociales a alcanzar. El ideal de una comunidad simple, del tipo de un comunismo primitivo es el parámetro. En general hubiera sido fructífero un análisis de la “dialéctica de la iluminación” de Horkheimer y Adorno, y más allá de ellos. Holloway ni menciona las relaciones sociales de la naturaleza, un elemento central de la teoría crítica.

Sorprende que tampoco aparece la política. “Política” y “anti-política” se tratan oponiéndolas en forma abstracta. El concepto de “anti-política” es importante en cuanto señala que aquella acción política que se limita al terreno de las formas políticas dominantes, al Estado, a la separación entre “política” y “economía”, entre “Estado” y “sociedad”, no es capaz de lograr una calidad capaz de transformar radicalmente la sociedad. Es un hecho que el desafío está en redefinir el concepto de política. La denominación “anti” adquiere sin embargo de nuevo el carácter de una oposición abstracta. El desarrollo de poder creativo no puede limitarse a la simple negación del poder dominante, sino requiere su análisis concreto. El Estado no es solamente un fetiche abstracto, sino también un campo de luchas sociales. Probablemente, Poulantzas (cuya “teoría del Estado” ni siquiera se menciona) fue quien caracterizó con mayor acierto este hecho, señalando, al menos en sus escritos tardíos, la relación necesaria y al mismo tiempo conflictiva entre política institucional y extrainstitucional, entre “poder” y “anti-poder”. Holloway mismo escribió hace tiempo un texto llamado “In and against the State”². Este concepto aparece en su libro (p. 149), pero no lo desarrolla. En el prefacio cita con empatía el lema de los rebeldes argentinos: “¡Qué se vayan to-

² [N.d.T.] Publicado en inglés en 1980. Existe una traducción abreviada de este texto en castellano con el título “*El Estado y la lucha cotidiana*”, publicada en la colección de textos de John Holloway, *Marxismo, Estado y Capital. La crisis como expresión del poder del trabajo*, Cuadernos del Sur, Fichas temáticas nº 5, Buenos Aires 1994.



dos!”. Suena bonito. Pero, mientras tanto, la experiencia demostró que eso solo no implica una transformación social, si no se logra desarrollar concepciones sociales alternativas que superen las luchas fragmentadas. De ahí surge la cuestión de la hegemonía que Holloway descalifica como expresión del poder instrumental, como concepto que consolida y legitima el status quo (p. 200). La lucha contra las relaciones sociales dominantes, contra el poder requiere

de un acuerdo sobre objetivos, concepciones sociales, sobre aquello que hace a la vida digna y buena. El desarrollo de poder creativo sería en sí mismo un proceso conflictivo. Lo que esto significa no se encuentra simplemente en la “esencia” de los seres humanos para ser liberado en el proceso de las luchas. Su realización sería siempre objeto de disputas, compromisos y negociaciones –y con ellos– también de poder.

Cuando Holloway se refiere a luchas concretas, lo hace en forma de una rara enumeración sumatoria que va de los zapatistas mexicanos, pasando por los estibadores de Liverpool hasta las “demostraciones internacionales contra el poder del capital dinero”, críticas de la globalización (p. 226). Admite que estas luchas mismas están atravesadas por contradicciones, ya que son llevadas adelante por sujetos “enajenados”, dañados, sometidos a la fetichización. Sin embargo apenas las analiza, sino que aparecen más bien como un problema secundario que de alguna manera se superará. Seguramente es correcto liberarse de la proyección de un sujeto revolucionario preestablecido —como “la clase obrera”— y de una unidad predeterminada de las luchas. Sin embargo, Holloway reintroduce de hecho esa unidad, de alguna manera por la puerta trasera, cuando proclama como lema la “lucha” como tal, definida en forma totalmente abstracta. No se plantea la pregunta qué significa en la práctica luchar contra la fetichización, aunque sabe muy bien que existen también luchas que confirman y consolidan el fetiche social —la forma de dinero o de estado, las identificaciones—. Habría que preguntarse entonces ¿hasta qué punto se logra traspasar las formas fetichizadas de la vida social en el despliegue de las luchas y desarrollar formas distintas —más libres— de socialización?. Es decir: ¿Hasta qué punto es posible abandonar el terreno de conflicto establecido por el poder dominante?. En el transcurso de la historia mucho se ha escrito y también se realizaron experiencias pero no parecen merecer ni siquiera ser discutidas. Los parámetros planteados por Holloway al respecto son “amor”, “comunidad”, “solidaridad” —todos conceptos apenas superables en su generalidad abstracta,

sin decir que resulta difícil imaginar una sociedad libre basada únicamente en estos principios.

En consecuencia, el concepto de revolución queda tan difuso como abstracto. Es cierto que la revolución debe ser llevada adelante por sujetos que son formados ellos mismos por el poder dominante, y que la contradicción que este hecho acarrea recién podrá superarse en luchas y conflictos en los cuales la transformación de las personas mismas es esencial. Pero, ¿quién lucha entonces, quién se rebela, quién se decide por la negación? La respuesta de Holloway es: todos nosotros – o al menos “la mayoría de las personas” (p. 230). Finalmente somos casi todos víctimas de la fetichización y del poder instrumental –mirándolo bien, tampoco están excluidos los propios capitalistas. A pesar que Holloway critica acertadamente a Hardt y Negri por los equívocos teóricos que contiene “Imperio” (p. 242 ss.), y no comparte su afirmación secreta del neoliberalismo, recae en un modo argumentativo sorprendentemente similar: También él postula que la crisis del capital es una expresión de “nuestra” fortaleza, es decir de la capacidad de sustraerse a la fetichización y al poder instrumental. Eso es un sobreentendido en tanto la lucha de clases y la crisis están implícitas en el concepto del capital. La cuestión es ahora en qué condiciones y en qué formas las luchas son aptas para trascender la reproducción del capital y cuestionarlo efectivamente, –con lo cual la política vuelve a estar a la orden del día.

Es llamativo que Holloway desarrolle una concepción que se asimila, a pesar de todas las críticas, demasiado al de la “multitude” de Hardt y Negri. La pregunta es qué pasó para que esta figura argumentativa –la construcción de una “multitud” no especificada, rebelde, luchadora– se constituya últimamente en algo así como el mainstream de la teoría de izquierda. Podría pensarse que este hecho se relaciona no solamente con la pérdida de viejas certezas revolucionarias y con los problemas para reorientarse teóricamente luego de esta pérdida, sino también con la percepción de una estructura de poder aparentemente cerrada e ineludible, a la cual solo se puede oponer la negación abstracta. La reacción frente a la pérdida del sujeto revolucionario concreto consiste en su generalización difusa. El llamado a la negación, a la ruptura con el status quo, al no-participar-más es sin duda importante, pero solo produce impacto político cuando se articula teóricamente con un análisis detallado de las formas cambiantes de reproducción del capitalismo y sus transformaciones históricas concreta, en resumen, de



todo aquello que Holloway denuncia generalizando como teoría legitimante del status quo.

Bajo estas condiciones, la teoría asume como finalidad esencial despertar esperanza y éste es el objetivo principal del libro de Holloway. Sin embargo, la esperanza solo puede lograr un efecto transformador en el contexto de una utopía concreta que tome en cuenta el status quo con todas sus contradicciones. El mensaje de Holloway –el tipo de lenguaje que utiliza no es casual– tiene un dejo pastoral que resulta extraño. Se trata de una filosofía social con rasgos sorprendentemente teológicos y una estrategia de inmunización teórica. En varias oportunidades se impone la sensación de que se trataría solamente de la interpretación correcta de los escritos correctos. Como las condiciones materiales concretas, las formas de socialización, el manejo del poder o una especificación del concepto de política no aparecen, Holloway incurre en el peligro de quedarse en un llamado idealista al cambio de conciencia.

Sin embargo es de destacar que la lectura del libro es extraordinariamente recomendable e importante. Holloway recupera elementos muchas veces olvidados de una teoría crítica materialista y sigue desarrollándola. Ante el hecho de que los mismo elementos ya no parecen ser considerados ni discutidos en el contexto de una “Realpolitik” de la izquierda autodenominada como pragmática, su intervención es tan necesaria como saludable. Para dar solamente un ejemplo, su exposición sobre el significado y el valor teórico de la teoría del valor de Marx es brillante. Y por supuesto, hay que tomar en serio su crítica de la construcción teórica actual de la izquierda, aún cuando no la desarrolle demasiado bien. Aporta una crítica acertada de todas las concepciones político-teóricas que culminan en querer combatir al status quo con sus propias armas, sea por la conquista de o la influencia sobre el poder estatal. De esta manera se toma posición frente a los principales debates al interior del movimiento antiglobalización, por ejemplo. “Este es un libro que no tiene un final” escribe Holloway al terminar, “es una pregunta, una invitación a discutir” (p. 309). Habría que responder sí o sí a esta invitación, criticando no solamente sus lagunas, sino todavía más algunos de sus fundamentos teóricos. De esta manera se crearía un espacio para, se favorecería la posibilidad de... etc., etc... poner nuevamente una teoría radical de la liberación a la orden del día. Lo cual seguramente responderá a la intención del autor.

Breve diccionario de la actualidad (no solo) argentina

(Traducción: Eduardo Grüner)

Nota Bene: Lo que sigue no es más que la traducción (probablemente muy imperfecta) de un fragmento de Diccionario Enciclopédico encontrado por arqueólogos entre las ruinas de un antiguo país, en una lengua ideográfica de muy dificultosa reconstrucción. De todas maneras, nos ha parecido útil hacer conocer estos restos, en tanto los consideramos ilustrativos de un célebre *dictum* de un oscuro pensador de Tréveris del siglo XIX, quien afirmaba, aproximadamente, que la Historia, en tanto Tragedia, tenía la tendencia a repetirse, pero la segunda vez como Farsa (si bien algunos proponen otras traducciones del término, tales como “comedia”, “parodia” o “sarcasmo”, lo cual no es poca diferencia, ya que esos diferentes géneros discursivo-literarios producen, como es obvio, diferentes efectos de lectura), pero que también sugería, como connotación de esa frase, que alguna vez, para poder realmente *reirse* de ella, había que tomarse la farsa *en serio*. Está de más aclarar, por lo demás, que el traductor, asumiéndose desde ya como *responsable* de la traducción, no puede ser imputado como *culpable* de los conceptos.

multitud (lat. *multitudo* / *multitudine*): palabra súbitamente puesta de moda –a partir exactamente del 20 de diciembre del 2001, fecha en la cual se presume que habría emergido de la Nada la porción de realidad por ella nombrada– entre sociólogos, politólogos y activistas políticos (especialmente del movimiento estudiantil anarco-espontaneísta) argentinos. Dícese de un apre-



tujamiento heterogéneo, heteróclito, heteronómico y heteroglósico de sujetos/as que realizan actividades varias y colectivas de desorden público, resistencia cultural y desobediencia civil, no inmediatamente inteligibles ni clasificables por las ciencias sociales, ni por las naturales o “exactas”, tales como las denominadas “cacerolazos”, “escraches”, “asambleas”, “piquetes”, etcétera. Originariamente, el concepto proviene del *Tratado Teológico-Político* del filósofo holandés Baruch de Spinoza (siglo XVII), que sindicó a la *multitudo* como “nuevo sujeto histórico” (claro está que esta traducción del latín spinoziano, debida al desconcierto jergoso de los cientistas sociales de fines del siglo XX, es apenas aproximativa) de una democracia radical (en el sentido anglosajón de *radical*, con acento en la primera *petite* “a”), o también democracia absoluta, incluso *absolutista*, ya que es entendida no como régimen de gobierno –que podría ser de cualquier naturaleza, aún monárquico– sino como *praxis* política permanente de la totalidad de los ciudadanos. En la literatura teórica reciente, el concepto fue hecho célebre (y celebrado) por el autonomista italiano Antonio “Toni” Negri, que lo ha complicado innecesariamente con componentes tomados desde Maquiavelo hasta Deleuze y Badiou, pasando por Hegel, Marx, Gramsci y Carl Schmitt, cuando ya en Spinoza quedaba perfectamente claro de qué diantres se estaba hablando. A saber: de una tensión no sintetizable o “dialéctica negativa” (el término, muy posterior, es de Adorno, pero viene bien) entre lo Uno y lo Múltiple; o, en otras palabras, entre la unidad abstracta dada por un objetivo totalizador aunque circunstancial del colectivo que se pone en acción, y los intereses individuales, singulares, concretos y/o inmediatos de los individuos que componen dicho colectivo, que pueden, en el límite, ser contradictorios entre sí; como dicha “tensión” es en principio *indecidable* (como se dice ahora, pero no en la época de Spinoza, tiempo feliz en el que los intelectuales tomaban decisiones), las acciones de la multitud son espontáneas e imprevisibles. O sea, no se sabe para dónde van a rajar / por dónde va a saltar la liebre / dónde está la madre del borrego / en qué cancha se van a ver los pingos / cuándo van a aparecer los monos con navaja, y otras metáforas de similar cuño animalesco –todas ellas anteriores al famoso “aluvión zoológico”– utilizadas en las mismas latitudes en que la noción de *multitudo* es actualmente tan *fashion*, y tendientes a demostrar que allí ningún político tiene la vaca atada, para seguir en la misma línea prosopopéyica. En otra literatura teórica reciente, esta categoría ha sido prolijamente hecha trizas por Juan B. Ritvo, quien con buenas razones la califica de “fiestera”, lo cual desde luego no forzosamente la descalifica, aunque sí revela (para esta perspectiva teórica) su perfecta inutilidad política. Agreguemos que la inne-

cesaria complejización del concepto aludida *ut supra* ha recibido últimamente su merecido castigo, a manos de un sedicente aunque ignoto discípulo del “Toni” Negri, un tal Paolo Virno, columnista del endeudado matutino Clarín / 12, que buscando volver a simplificarlo (aunque, hay que decirlo, sin lograr acceder a la lúcida sencillez del maestro Baruch) ha conseguido eliminar de su seno toda remisión a cosas como la “clase”, la “nación”, el “Estado” y similares vetusteces superadas por una Historia en franca agonía, y retrotraerlo a la “gente” (lat. *gens*) del erudito Prof. Grondona, cuando no a la venerable Doña Rosa (lat. *rosa* / *rosae*) del Lic. Neustadt (a quien ya en su momento Jorge Luis Borges acusara de llamarse, en realidad, “Villanueva”, pero esa es otra historia). Asimismo, según el profesor escocés John Holloway, es la acción como ya dijimos indeterminable de las multitudes anónimas la que permitiría –según una fórmula que a principios del siglo XXI se hizo canónica– “cambiar el mundo sin tomar el poder” (muchos analistas de la época, seguramente poco sensibles a la sutil dialéctica subyacente a tal fórmula, interpretaron la misma como un llamado objetivo a dejarles el poder... a los que ya lo tienen). Con todo lo cual, como debería resultar obvio, el concepto ha quedado completamente vaciado de todo el contenido político con el cual había sido acuñado por Spinoza, y que aún conservaba en Negri, *malgré* sus sofisticaciones postestructuralistas, y ha por consiguiente ascendido al rango de “significante vacío”, apto tan sólo para que el Prof. Ernesto Laclau llene un próximo libro de 500 páginas, que por suerte –puesto que Laclau escribe en Londres– no podremos comprar, siendo lo que son los precios de la cultura importada. Pero de nuevo nos estamos desviando. Sea como sea, sí queda claro a esta altura que la noción de “multitud” debe distinguirse rigurosamente de otras aparentemente conexas aunque más frecuentadas por la literatura socio-antropo-historio-psico-politológica, como masa (colectivo unificado por una doble identificación horizontal –de los sujetos entre sí– y vertical –del conjunto con un líder personal o ideal, que puede ir desde Cristo al general Seineldin, pasando por los Redonditos de Ricota (lat. *riccota* / *riccotae*)–, horda (que es una especie de masa, reputada por el Dr Freud como más primitiva, y a cuyos miembros no nos une el amor sino el espanto, además del impulso irrefrenable de matar al Jefe y después sentirse culpables y obedecer sus mandatos, fundando la llamada “retroactividad de la Ley” (y demostrando de paso que, aunque parezca raro, es la transgresión la que instauro la norma y no al vesre), serie (término inventado por el filósofo Jean-Paul Sartre para denominar a los colectivos efímeros que tienen un objetivo inmediato común pero entre cuyos miembros no hay vínculos cooperativos ni solida-

rios; el ejemplo *princeps* es la cola del Banelco, pero a nivel *macro* es el modelo de sociedad ideal del individualismo liberal). Como puede observarse, ni la “masa” o la “horda” (que son pura unidad indiferenciada), ni la “serie” (que es una pura diferencialidad desunificada) pueden ser asimiladas a la “multitud” (que es impura unidad diferenciada o diferencia unificada, aunque no se nos pregunte cómo se las arreglan Spinoza o Negri para explicar esto). Lo que sí comparten todos estos conjuntos es su carácter estrictamente *irrepresentable* por el sistema político parlamentario clásico (tan irrepresentable, en todo caso, como la ilustrada voluntad general de Rousseau, de la cual ya nadie parece acordarse); en efecto, ningún criterio de representación (*ver*) alcanzaría para contener ni la unidad absoluta de la masa-horda, ni la serialidad dispersa del uno-por-uno de la serie, ni los desajustes del Uno-Múltiple de la multitud. Ahora bien: como las entidades que sí serían tradicionalmente representables (la clase, el pueblo o la nación, por ejemplo) han caído en desuso desde hace algunos años, los cientistas sociales –sumidos en la más absoluta de las confusiones– han terminado optando por declarar que lo que solía llamarse “sociedad” (ni hablemos de la argentina) es algo completamente contingente, incognoscible, imprevisible y, en el límite, imposible (lo que no han declarado es de qué piensan ocuparse ellos de aquí en adelante: esperemos que de nada). Los más desesperados, incluso, llegan a adoptar para esos conceptos la consigna que han acuñado las multitudes para los políticos y similares: que se vayan todos (*ver*).

que se vayan todos (lat. *totus prestamente vafangulum sunt*): sintagma acuñado en las márgenes occidentales del Río de la Plata, y con frecuencia complementado con la frase –semánticamente redundante y políticamente incorrecta, ya que sólo alude al género masculino– “que no quede ni uno solo”. Originalmente, según ciertas investigaciones filológicas, la expresión habría nacido en las canchas de fútbol, para indicar la disconformidad de los hinchas con el estilo de juego desarrollado por su equipo, y su voluntad de que los jugadores sean reemplazados por las jóvenes promesas de los así llamados “semilleros”, quienes supuestamente tienen mejor puesta la camiseta (metáfora epocal por cierto bastante enigmática) y aún no han sido corrompidos –¿o se dice “corruptos”?– por el dinero, el prestigio, el interés de





clase o el poder. Trasladada al ámbito de lo político, la frase parece expresar más o menos lo mismo, a saber el deseo de las multitudes (*ver*) de que los actuales funcionarios, en todos sus niveles de responsabilidad político-administrativa, se vayan a la mierda y le dejen la cancha a otro tipo de jugadores: por ejemplo, las gorditas con inclinaciones místico-mesiánicas o los honestos vendedores de libros, de lo cual puede deducirse una interesante vocación popular de sustitución de la política por la religión y la cultura (y también por la comida, un bien cada vez más escaso en las regiones en las que se ha vulgarizado la expresión de *marras*). Ciertos estudiosos, profundizando en el análisis semiótico del sintagma, han interpretado que el mismo “connota” lo que se denomina una grave “crisis de representación” (*ver*). Por su parte, algunos filósofos políticos, siguiendo tardíamente —como es su costumbre— a los comentaristas deportivos, afirman que la exhortación carece totalmente de eficacia real, ya que no sirve para nada cambiar a los jugadores si previamente no se ponen en serio debate las reglas del juego, puesto que con las mismas reglas los nuevos jugadores no podrían hacer nada sustancialmente diferente. Para colmo, en un reciente Congreso Global de Gramática Española, sostenido en Rejkjavik (Islandia) se ha desarrollado una profunda discusión (que por supuesto no ha llegado a conclusión alguna) sobre la verdadera naturaleza sintáctico-semántica del sintagma, y en particular sobre el semantema inicial “que”: en efecto, en tanto el enunciado no adopta inequívocamente el modo imperativo (no dice, por ejemplo, “*iváyanse todos!*”) podría interpretarse como un ruego, un pedido o simplemente una irrealizable expresión de deseo, del tipo “(por favor / Dios quiera / ojalá / hágase la voluntad del Señor) que se vayan todos”. Finalmente, un calificado equipo de etnógrafos ha discutido recientemente la falta de eficacia aducida por los citados politólogos, si bien admitiendo un desplazamiento del público receptor de la frase. Efectivamente, la admonición parece después de todo haber tenido muy concretas consecuencias materiales, a juzgar por las largas colas de suplicantes que se podían observar hasta no hace mucho a las puertas de las embajadas de Italia o España. Esto había despertado en la “clase política” fundadas esperanzas en que, una vez despojado de sus habitantes —ya fuese por inanición o por autoimpuesto ostracismo— el país se tornara por fin “gobernable”.

representación (lat. *representatio*): dicese –o por lo menos lo dice Ernst Kantorowicz en su muy erudito texto *Los Dos Cuerpos del Rey* – de ciertas efigies, normalmente talladas en madera, que se colocaban sobre el féretro del Rey muerto en las procesiones medievales, ya que por obvias razones (la técnica de conservación de los cadáveres estaba en la época mucho menos desarrollada que entre los antiguos egipcios) el cadáver regio no podía ser expuesto a la mirada de los súbditos, so pena de que su estado de putrefacción *real* se trasladara a su significación *simbólica*, afectando la eficacia de los emblemas de poder. La crónica histórica registra un par de ocasiones en las que por accidente el féretro cae al suelo y se rompe, exhibiendo el cuerpo en avanzado estado de descomposición, con las consiguientes perturbaciones sociales y políticas derivadas de esta “caída” de las referencias simbólicas. El asco y el odio provocado por semejante derrumbe de la *representatio* explicaría la frecuente así llamada “iconoclasia” de las situaciones revolucionarias o insurreccionales, en las cuales las multitudes (ver) rebeladas suelen empezar por destruir las estatuas, quemar los retratos o incendiar los edificios que oficiaban de emblemas del poder del antiguo régimen. Ahora bien: hay quien afirma que todo esto describe adecuadamente lo que estaría sucediendo en la República Argentina a partir del 19 de diciembre del 2001: la exhibición desnuda de la *descomposición* del “cuerpo” social de la nación provocada por los efectos de la “globalización subordinada” y el “capitalismo salvaje”, con su consecuencia de destrucción de las categorías sociales “representables” por el sistema político (llámense “pueblo”, “ciudadanía”, “clase”, etcétera) habría hecho caer la eficacia simbólica de todos los criterios de representación, que ya venían siendo cuestionados por su alienación respecto de ese mismo cuerpo social, cuando no su directa complicidad con las clases dominantes beneficiarias del proceso. El colapso de esas categorías simbólicas, de esos “representables” que *ya eran* “representaciones” (puesto que en efecto, nadie ha visto nunca, empíricamente hablando, a un “pueblo”, una “ciudadanía” o una “clase” caminando por la calle) habría operado un retorno de los *reales* irrepresentables (las multitudes, masas, hordas y demás), de modo que la así llamada “crisis de los representantes” sería ante todo una “crisis de los representables”, incluyendo ese “representable” principal de toda lógica económica llamado “proceso de producción” y su representación en el equivalente general del poderoso caballero Don Dinero, hoy reducido a impotente lacayo. De allí que la invocación a un que se vayan todos (ver) que suponga un mero recambio del personal institucional, o incluso la convocatoria a una Asamblea Constituyente que cambie las reglas del juego de la representación política no aparezca

como suficiente para dar cuenta de la profundidad del problema. Toda la cual explicación es muy plausible y no carece de cierta elegancia académica (o “profesoral”, según fue calificada en una de las reuniones de redacción del presente Diccionario), pero a decir verdad, no sirve para nada. La sencilla y más que obvia constatación de que la sociedad argentina está sumida en una crisis de enorme envergadura que por otra parte está muy lejos de ser la primera de su historia, sin que ninguna de las anteriores (incluyendo guerras civiles, golpes militares, rebeliones populares de todo tipo, insurrecciones armadas de todo signo, desaparición de decenas de miles de personas, conflictos bélicos con potencias de la NATO, obediencias eternas e indultos indebidos, casas en desorden y pascuas infelices, procesos hiperinflacionarios, décadas de liquidación de las ruinas paródicas de soberanía nacional, pasajes a la más absoluta miseria de la mitad de la población y otras yerbas de varia especie) haya provocado semejante grado de histeria colectiva y calificaciones apocalípticas, esa mera constatación, decíamos, no explica por qué *esta vez sí* la “crisis de representación” nos habría conducido al “borde del abismo”, al “caos” y al “Armageddon”, en un país cuyo sistema político ha estado prácticamente durante toda su historia (con brevísimas excepciones) viciado de legitimidad desde el propio diluvio del 25 de mayo de 1810, ya sea que en aquella fausta fecha se hubieran o no ya inventado los paraguas, como discuten nuestros historiadores de las mentalidades con su acostumbrada sensibilidad para los temas realmente prioritarios. No falta quienes sospechen que semejante retórica apocalíptica sólo puede ser tributaria de cierta hegemonía ideológica imperante desde aproximadamente 1983, según la cual el ejercicio de la democracia se limita al consenso sobre el sistema de representaciones ya existente, cuya crisis o estallido impediría la existencia de la democracia *tout court*, conclusión perfectamente lógica dadas sus premisas silogísticas.

elecciones (lat. *electio cum putrefactio delenda est*): llámase así a un ritual periódico que ciertas culturas arcaicas se empeñan en conservar en su pura formalidad y sin revisar lo que en épocas aún más arcaicas se solía llamar “bases materiales”, pese a su probada inutilidad para mejorar las cuestiones esenciales, y que suele estar acompañado por infinitas dramaturgias tendientes a demostrar que *esta vez sí* las cosas serán diferentes, que *esta vez sí* aparecerá el movimiento “progre” que inventará esa “nueva forma de hacer política” que finalmente *no fue* la de: 1) Frondizi; 2) Cámpora; 3) Alfonsín; 4) Alende; 5) Chacho y/o Graciela; 6) Zamorita; 7) ¿Lilita?; 8) Etcétera —porque que hay otros que vendrán, los hay—. Hay también, en el campo de

la antropología de las religiones, quienes nos explican que cada retorno del ritual sirve para renovar las expectativas de las multitudes (*ver*) en que finalmente podrá ser fundada una nueva ecclesia (griego, *polis*), y que ese solo reverdecer de las creencias alienta efectos políticos impredecibles –o “indecidibles”, como dicen los *ex-post* estructuralistas– con los que es imprescindible contar para diseñar la gran estrategia emancipadora que, contra el ALCA y más allá del MERCOSUR, puenteando Lulas y Locoschavez, nos llevará de una buena vez al paraíso de los Estados Unidos Socialistas de América Latina –como se dice que alguna vez, en otra era geológica, propuso el “Colo” Ramos–, conformando el bloque que permitirá enfrentar al Imperio con considerable mayor eficacia que las desplegadas por Afganistán e Irak. Y bien, todo puede ser en esta vida. Después de todo, la movilización de las multitudes producida como efecto de la crisis de representación (*ver*) no tuvo tiempo –y analistas particularmente escépticos agregan que tampoco tuvo la habilidad, o siquiera el deseo– de construir la célebre “alternativa” que todos los que no tenían por qué irse preconizaban, mientras se aplicaban prolijamente a destruirla en su propio embrión, subordinando ese proyecto a trascendencias considerablemente mayores tales como las “internas” de la IV Internacional o algo por el estilo. Faltando esa alternativa que pudiera dar alguna clase de expresión más identificable a la propuesta “Que se vayan todos” (*ver*) las masas –como podía fácilmente anticiparse– se replegaron sobre los códigos y sistemas de representación ya conocidos (la política, como se sabe, tiene horror al vacío) y en buena medida legitimaron las *verdaderas* “novedades” que presentaba el retorno del ritual aludido, como por ejemplo al *sheman* de turno Ricardo López Morfi (lat. *Rega/Regae*). De todos modos, los más optimistas –a la fuerza– respiraron aliviados, y no sin sus razones, al comprobar que se había logrado ahuyentar lo peor (ritual de exorcismo que los etnógrafos denominan apotropeico) para quedarse simplemente con lo muy malo. Lo cual es, desde ya, perfectamente defendible como sentimiento, aunque debería mover a la reflexión de todos los que –dando por descontado que el deseo de que se vayan todos nada tenía que ver con ellos– dedujeron con soberbia epistemológica tanto como política que los disturbios llamados del “19/20” inauguraban el nuevo Milenio Prerrevolucionario, y que por supuesto ellos esta-





ban destinados a conducir al pueblo elegido hasta las riberas rebosantes de miel y leche del Jordán (sin embargo, los redactores de este Diccionario deben confesar que no creen que esa reflexión –en otros tiempos denominada con el aporético título de “autocrítica”, con lo cual habitualmente se quería decir que se iba a seguir procediendo con el mismo estupor pero ya perdonados de antemano por la còrrespondiente Iglesia– vaya a producirse antes de la Segunda Edición del mismo, pauta para los inicios del siglo xxiii). Dicho sea esto, no hace falta aclararlo, con todo respeto por el sacrificio y espíritu militante de los sujetos antedichos, que deben ser rigurosamente diferenciados de aquéllos para quienes las “masas” lo son simplemente “de maniobras”: pero los autores de este Diccionario no pueden por menos que reconocer que el respeto y la solidaridad no obstan –más bien al contrario, *obligan* – a una polémica franca y frontal. Por similares razones, ello no debería implicar que aquéllos aún capaces de cierto pesimismo de la razón pierdan su optimismo de la voluntad, orientado a, por lo menos, reconducir la Farsa a su estado originario de Tragedia.

Sartre, Jean-Paul (ver) (1905-1980): filósofo, escritor y pensador francés, hoy en día prácticamente desconocido, y del cual en esta nuestra última entrada al Diccionario nos limitaremos a citar un breve párrafo: *“El mundo de hoy se nos aparece horrible, malvado, sin esperanza. Esta es la tranquila desazón de un hombre que morirá en ese mundo. No obstante, es justamente a eso a lo que me resisto. Y sé que moriré esperanzado. Pero es necesario crear un fundamento para la esperanza”*

El hacedor

Adolfo Gilly¹

*Para Víctor Rico Galán, cuya ironía gentil
se apareció de golpe entre las líneas. En memoria*

“Lo que existe no puede ser verdad”: dicen los que saben que estas siete palabras fueron el esbozo en el cual Ernst Bloch resumió lo que después vendría a ser *El principio esperanza*. Si no estoy equivocado, este es también el punto de partida de John Holloway en su libro *Cambiar el mundo sin tomar el poder*. Holloway parte del grito, de la protesta, del no, del principio de negación como fuerza activa del mundo, es decir, del cambio, porque el mundo es el cambio y no la conservación.

Afirma John Holloway que cambiar el mundo por medio del Estado ha sido el paradigma de la izquierda en el último siglo, cuando en realidad “tomar el poder” significa conservar, transfiguradas, las relaciones de dominación que ese poder encarna. De lo que se trata, prosigue (si es que yo bien traduzco y simplifico para ustedes y para mí sus postulados), es de destruir, desmontar, deshacer la relación de poder en cuanto poder de unos seres humanos sobre otros: lo que Holloway llama en su libro el poder-sobre. De lo que se trata, prosigue, es de liberar al poder-hacer, a la capacidad de hacer, definitoria de la condición humana de cada uno, del poder-sobre ella que la domina y la niega. De lo que se trata es de que, siendo esa capacidad, el *hacer*, en su existencia misma, la negación del poder sobre ella que la domina, encierra en si misma la posibilidad –la única que la tiene– de destruir ese poder en el acto y el proceso de su liberación, es decir, de su libre realización como poder-hacer.

Es central en la argumentación de Holloway la categoría marxista de feti-

¹ Leído en la presentación del libro de John Holloway, *Cambiar el mundo sin tomar el poder – El significado de la revolución hoy* (Ediciones Herramienta, Buenos Aires, 2002, 320 ps.), en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, el 18 de noviembre de 2002.

chismo, la descripción de Marx de un mundo del capital en el cual las relaciones entre humanos se presentan como relaciones entre cosas, un mundo donde los que se relacionan entre sí no son los trabajos y los días de los seres humanos, sino sus productos, las mercancías, un mundo de cosas mediadas por el dinero donde nosotros mismos y nuestras vidas nos volvemos cosas, mercancías, encarnaciones (es decir, representaciones de carne y hueso) del valor. Esta realidad inhumana es tal que para poder entrar a los intercambios de la vida hay que entrar como mercancía, como fuerza de trabajo enajenada mediada por el dinero como sustancia del valor. El valor de uso, el mundo de la vida y de la creación, se disuelve en el valor de cambio, el mundo fantasmagórico de la intermediación, el Reino del Medio donde todo es igual porque todo es fantasma de sí mismo. El ser humano se disuelve en mercancía, en el valor abstracto e intercambiable –es decir, desechable– en que se han convertido sus trabajos y sus días para poder existir en el mercado, es decir, en el mundo del capital que cosifica y entonces deshumaniza al mundo de la vida.

Si entiendo bien –y si no, es que me estoy solamente entendiendo a mí mismo– por este camino va el razonamiento de John Holloway cuando nos dice que el hacer está dominado por lo ya hecho, que el hacer se transforma como es natural en ya hecho, pero al ser un hacer enajenado –un hacer vuelto mercancía en el salario– se acumula en lo ya hecho –que es ajeno– y crea y reproduce sin cesar su propia subordinación a este ya hecho. En otras palabras, la acumulación pasada y siempre renovada de lo ya hecho domina y subordina al hacer. Lo ya hecho sería inmóvil y muerto sin el hacer: depende de éste como de su alimento vital y reproductivo. Pero el hacer necesita de lo ya hecho como el instrumento y el medio objetivo para su realización como hacer: depende por lo tanto de él. Esta dependencia mutua es antagónica y contradictoria: lo ya hecho quisiera no depender del hacer, existir como riqueza sin la amenaza de esta fuerza activa de la vida; el hacer quisiera liberarse de lo ya hecho, existir como actividad y como vida humana sin la subordinación a la dominación inhumana de lo ya hecho. En hacer estallar esta contradicción consiste, si bien entiendo, el proyecto marxista de John Holloway.

Dicho en otras palabras, no exactamente iguales pero más conocidas, el trabajo muerto domina al trabajo vivo de cuya sustancia se alimenta para existir en el mundo de la vida. Pero el trabajo muerto presente no es más que la acumulación de trabajo vivo pasado. El trabajo vivo presente en su existir se convierte en pasado, como cualquiera de nosotros. Pero en ese existir hace, crea; y para ser creador y hacedor, tiene que resistir a la dominación del trabajo pasado, tiene que ser él y crear, tiene que ponerse en libertad –existir– aún dentro de la dominación. Entre la dominación y la subordinación existe siempre,

ineludible como la vida, la resistencia. Hacer es también resistir. El dominado, mientras no rompe la dominación, resiste aun cuando parece que no resiste. El dominador, que no puede prescindir del dominado, frente a la resistencia cede aun cuando parece que no cede, negocia aun cuando no negocia, pues resistir es la vida del uno y negociar es la existencia del otro.

La insubordinación, la rebelión, la revolución es el momento único y mágico, pero siempre renaciente y repetido, donde esa relación se rompe y donde, como dice la letra original de *La Internacional*, quienes hoy no son nada deciden ser todo (*nous ne sommes rien, soyons tout*): “esos raros momentos de electricidad política cuando, a menudo por primera vez en la historia, el discurso oculto se lanza en público y frente a frente en las narices del poder”, como dice James C. Scott en *Los dominados y el arte de la resistencia*.

Es el momento explosivo donde se revela, es decir, se libera del mundo de las apariencias fenoménicas bajo las cuales existe, la identidad de la identidad y la no-identidad, núcleo de la dialéctica que hace muchos años me exponía Víctor Rico Galán caminando en redondo por nuestra crujía de la cárcel de Lecumberri.

El problema –o más bien, uno de los problemas- surge cuando se trata de dar el peligroso e indispensable salto: si la teoría quiere vivir, tiene que saltar a la historia, es decir, a nuestro cotidiano y sustancial mundo de la vida. De esta otra dialéctica negativa (¿pero es que hay dialéctica positiva?) entre teoría e historia, cuya ausencia tal vez esté significada en el hecho de que el libro de John no tiene punto final (para descubrirlo, claro, hay que llegar hasta la última página), quiero ocuparme en los once puntos que a continuación enuncio.

Dejo de lado algunas diferencias, en especial el demasiado remanido ninguno de Friedrich Engels, siempre desmentido por la historia y por la vida, que sería en si mismo un tema específico de discusión: ¿por qué las escuelas de la “práctica teórica”, es decir, de la teoría sin historia y la historia sin sujeto, persisten siempre en no tomar a Engels como lo hizo Karl Marx: en su mérito propio y no en la función de espejo de Dorian Gray?

Vamos pues a los puntos:

1. La resistencia es un componente permanente de la relación entre dominante y subalterno en todas las sociedades. Esa resistencia –y la negociación, dicha o no dicha, que la sucede y acompaña si la dominación ha de persistir- tiene lugar dentro de un marco común de significado aceptado por todos en la comunidad dada (William Roseberry). La conformación de ese marco común: el fetichismo, las ilusorias apariencias, el símbolo por la cosa y la cosa por la relación humana, la ideología compartida y dominante, la religión, la

mercancía, la propiedad, tiene lugar en la historia de la comunidad dada, que es también donde vive, como separación y como cemento unificador, la resistencia.

2. Cada comunidad humana está constituida por una comunidad superior y una comunidad inferior, unidas en una comunidad ilusoria. Ilusoria no significa inexistente, sino real y vivida en la ilusión de ser una en lugar de ser dos separadas, pues la una no vive sin la otra.

3. La lucha es el principio activo de la relación, es su negación y su cemento, su savia vital. Las formas de reificación de la lucha (organizaciones, sindicatos, partidos, asociaciones) tienden en el tiempo a ser contenedores (la contienen en su seno y contienen su impulso). Sin embargo, en el tránsito de la teoría a la historia esas formas son tan indispensables en la realidad como transitorias en el tiempo.

4. En esta relación en la sociedad del capital, el capital es reactivo y defensivo frente al trabajo. El motor de sus transformaciones no son la ciencia ni la tecnología, sino la necesidad de defenderse del trabajo y de desarticular las líneas y las formas en que éste materializa su resistencia, su principio activo, su negación del capital.

5. El marxismo es la teoría del *no*, de la *negación*, de la *lucha* por lo que no es y será porque quiere ser (*nous sommes rien, soyons tout*) contra lo que es y no permite ser. Es la teoría del conflicto: no de su solución, sino de su persistencia en la vida y en la historia. El marxismo es una teoría de la dominación (fetichizada), de la explotación (objetivada), de la revolución (organizada) y de la liberación (en la comunidad real y ya no más ilusoria). “Nada de lo que tuvo lugar alguna vez debe darse por perdido para la historia: aunque, por supuesto, sólo a la humanidad redimida le concierne enteramente su pasado”, escribía en 1940 Walter Benjamin.

6. La dominación del capital no es solamente ideología, imaginario o ilusión compartida. Es violencia organizada: contra la economía natural, contra el trabajo vivo, contra la naturaleza como relación humana. Rosa Luxemburg vio lejos cuando fue a buscar y a desentrañar esta violencia en la voluntad de destruir la economía natural: aún hoy, la mayoría inmensa de la humanidad no vive sus vidas en la relación de capital, aunque ésta tienda a subordinar a todas las demás relaciones. El capital, por otra parte, no existe en la historia como uno, sino como muchos capitales en lucha mortal entre sí: la violencia se ejerce entre ellos bajo las formas de la violencia de la guerra, la violencia del dinero, la violencia del crédito. Argentina es el último experimento de esta guerra sin cuartel y sin piedad entre los capitales. en la cual se practican verdaderos y rituales sacrificios humanos para revitalizar con ellos al capital.

7. No hay capital ni relación de capital sin violencia organizada sobre la sociedad y contra el trabajo, sin potencias coloniales y guerras coloniales, sin genocidios, sin Auschwitz, sin pestes exterminadoras, sin torturas. No hay capital global sin Pentágono. La dimensión colonial sigue siendo componente vital del capital, lo acompaña desde su nacimiento: las rebeliones coloniales no son tanto rebeliones nacionales cuanto rebeliones del antiguo mundo de la vida que no quiere su muerte sino su perduración bajo formas renovadas. El trabajo vivo bajo todas sus formas existe porque resiste, resiste porque existe.

8. La nueva doctrina moral del capital y de su centro de violencia universal, el Pentágono, está condensada en un párrafo del extenso documento normativo del Presidente de Estados Unidos titulado “Estrategia de seguridad nacional”, del 20 de septiembre de 2002. Dice: “El concepto de libre comercio surgió como un principio moral aun antes de convertirse en un pilar de la economía. Si uno puede hacer algo que para otros tiene valor, debe poder vendérselo a éstos. Si otros hacen algo que para uno tiene valor, debe poder comprárselo a aquéllos. Esta es la verdadera libertad, la libertad de una persona —o de una nación— para ganar su vida (*to make a living*). Para promover el libre comercio, Estados Unidos ha desarrollado una estrategia completa”.

En otras palabras, es la mercancía elevada a principio moral primigenio: ver, al respecto, el capítulo primero de *El Capital*. En defensa de este principio, la violencia sin confines ni límites será desencadenada.

9. La relación de capital concentra la violencia en un polo y pone en peligro de muerte a la especie humana: Auschwitz e Hiroshima son la prefiguración de esta muerte en ciernes si nadie la detiene. El socialismo es una posibilidad, no una certidumbre, entre las contenidas dentro de la relación de capital. Todo el soplo de los *Gründrisse*, ese espíritu activo que vive dentro de cada página de *El capital*, toma su inspiración de este supuesto. La otra posibilidad es lo que Rosa Luxemburg quiso llamar la barbarie: un mundo carente del sentido dado por la historia, donde en lugar del espíritu humano sólo existen el fragor y la furia. Tal vez a esto aludía Benjamin cuando en sus *Tesis sobre la historia* escribió: “Encender en el pasado la chispa de la esperanza es un don que sólo se encuentra en aquel historiador que está compenetrado con esto: tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo, si éste vence. Y este enemigo no ha cesado de vencer”.

10. Las revoluciones son relámpagos de lo posible, de lo ya contenido pero todavía no realizado, de la negación de lo que es, negación que se aparece muchas veces antes de que llegue a ser lo que todavía no es. No es en la economía ni en la política sino en la historia donde hay que ir a buscar el código genético de cada revolución.

11. Si la dominación es un proceso y el capital también, la resistencia es un proceso y también lo es la constitución del mundo que podrá ser dentro del mundo que es. Toda la escuela histórica de la economía moral gira, a mi entender, sobre este supuesto.

★

Otras discusiones, también necesarias, hay más allá de estos once puntos. Quedan como cuestión abierta. Para otro día serán, pues hoy estamos aquí para celebrar el libro de John Holloway y su nítido “no” a lo que existe pero que no puede ser verdad, porque esta verdad está en la indignación, en la negación y en la lucha: “*The tigers of wrath are wiser than the horses of instruction*”, decía William Blake en sus *Proverbios del infierno*.

Para esta celebración, quiero recordar a José Carlos Mariátegui, padre y hermano de todos nosotros, quien en su ensayo titulado *La lucha final* escribió:

“El mesiánico milenio no vendrá nunca. El hombre llega para partir de nuevo. No puede, sin embargo, prescindir de la creencia de que la nueva jornada es la jornada definitiva. Ninguna revolución prevé la revolución que vendrá, aunque en su entraña porte su germen...”

“El impulso vital del hombre responde a todas las interrogaciones de la vida antes que la investigación filosófica. El hombre iletrado no se preocupa de la relatividad de su mito. No le sería dable siquiera comprenderla. Pero generalmente encuentra, mejor que el literato y que el filósofo, su propio camino. Puesto que debe actuar, actúa. Puesto que debe creer, cree. Puesto que debe combatir, combate. Nada sabe de la relativa insignificancia de su esfuerzo en el tiempo y en el espacio. Su instinto lo desvía de la duda estéril. No ambiciona más que lo que puede y debe ambicionar todo hombre: cumplir bien su jornada”.

Y éste no es aquel que dice “yo soy el que soy”, sino aquel que dice “yo soy el que hace”. Es decir, el hacedor.

Ciudad de México, 18 noviembre 2002

Tiempo para la revuelta

Reflexiones sobre *Imperio**

John Holloway



¿Qué es lo que me enoja de *Imperio*?¹

No es la tesis básica. La idea de que el capitalismo es un sistema de dominio descentrado y desterritorializante, de que la vieja comprensión del mundo en términos de imperialismo no es válida, es un argumento inobjetable. Pero entonces siempre fue un error ver al capital como algo vinculado de alguna manera a un país particular. El capital es una relación de dominación inherentemente no territorial. El concepto leninista de imperialismo estuvo mal concebido desde el principio. Lo objetable en el argumento de Hardt y Negri de que el imperialismo ha sido reemplazado por el imperio es la suposición de que el concepto de imperialismo solía ser válido —y entonces esto refleja la ambigua relación con Lenin que siempre ha estado presente en los escritos de Negri e, incluso, en gran parte de la literatura autonomista, comenzando por la brillante obra de Tronti *Lenin in England*: el argumento de que las cosas han cambiado desde la época de Lenin, que ahora debemos repensar la estrategia, hacer lo que Lenin hizo en Inglaterra.

Lo que me enoja del libro es que lo veo como la traición a un impulso rico y poderoso. O mejor, dado que “traición” es una palabra extraordinariamente tonta: el libro lleva a su extrema culminación una contradicción que, probablemente, siempre estuvo presente en ese impulso.

Con “rico y poderoso impulso” me refiero al marxismo autonomista (al

* Publicado como “Time to revolt. Reflections on Empire” en *The commoner*. Traducción del inglés: Marcela B. Zangaro.

¹ Para un desarrollo completo de muchas de las ideas aquí presentadas, véase Holloway (2002).

que a veces se hace referencia como *operaismo*), el movimiento de poner el sujeto en el centro de la teoría revolucionaria. Vale la pena volver a mencionar la crítica de Tronti al marxismo ortodoxo, tan a menudo citada: “Nosotros también hemos trabajado con un concepto que pone al desarrollo capitalista en primer lugar y a los trabajadores en segundo lugar. Esto es un error. Y ahora debemos poner el problema de cabeza, revertir la polaridad y empezar otra vez desde el comienzo: y el comienzo es la lucha de clase de la clase obrera”(1979, p.1). Este es el núcleo de aquello a lo que Moulier se refiere cuando afirma que “el *operaismo* es (...) la inversión copernicana del marxismo” (1989, p. 19). Mientras que el marxismo ortodoxo se concentra en el análisis del capital y de las formas de dominación capitalista, comprendiendo la tarea de la teoría como la del análisis del *marco* en el que la lucha de clase tiene lugar, el autonomismo coloca a la lucha de la clase trabajadora en el centro de la comprensión del capitalismo. Esto no significa simplemente adoptar una perspectiva de clase trabajadora, sino, en total oposición con el enfoque marxista tradicional, ver a la lucha de la clase trabajadora como lo que determina el desarrollo capitalista. “Al nivel del capital socialmente desarrollado, el desarrollo capitalista está subordinado a las luchas de la clase trabajadora; el capital las sigue y ellas marcan el paso al que deben marchar los mecanismos políticos de la propia reproducción del capital” (Tronti, 1979, p.1).

El impulso autonomista, esta inversión del marxismo ortodoxo, ha tenido enorme importancia al revivir al marxismo como una teoría de la lucha. El problema es que no va suficientemente lejos: “la dificultad inherente a los enfoques ‘autonomistas’ no es que ven al ‘trabajo’ como lo primario, sino que esta noción no es desarrollada hasta su solución radical”(Bonefeld, 1994, p.44). La lucha de la clase trabajadora no puede ser realmente el punto de partida, porque el concepto “lucha de clase trabajadora” presupone una constitución anterior de la clase trabajadora. Hasta el mismo Marx es mucho más radical cuando insiste en que el pivote es “la naturaleza bifacética del trabajo contenido en las mercancías”(1965, p. 41). La naturaleza bifacética del trabajo ya está, por supuesto, en la lucha de clases, la lucha entre trabajo concreto y trabajo abstracto, la lucha entre el hacer deliberado (el que distingue al arquitecto de la abeja) y su negación. El peligro de comenzar a partir de una “lucha de la clase trabajadora” preconstituida es que la crítica del marxismo ortodoxo (como se conoce generalmente al engelsianismo-leninismo) no profundiza suficientemente, que se acepta demasiado sin cuestionar de la tradición que se critica. Existe también una tendencia a tomar la “lucha de la clase trabajadora” en su valor nominal,

como lucha de macho-militante-en-la-fábrica-o-en-la-calle. Tomar la lucha de la clase trabajadora como el punto de partida nos conduce con facilidad al sujeto puro (la lucha de la Clase Trabajadora), mientras que la naturaleza bifacética del trabajo nos conduce inmediatamente al sujeto contradictorio desesperadamente auto-antagónico. El modelo de militante de Hardt y Negri, introducido en el último párrafo de *Imperio* (2000, p. 45), es San Francisco de Asís, no tan macho, pero una figura tan pura como cualquiera de las que se puede encontrar en los monumentos heroicos del realismo socialista. Una broma, quizás, pero una broma reveladora.

El impulso autonomista tiene que hacerse más radical, debe llevarse más allá de “el comienzo es la lucha de clase de la clase trabajadora”. El comienzo es la naturaleza bifacética del trabajo o la existencia auto-antagónica del hacer, un hacer que grita contra su propia negación. Colocar al sujeto en el centro de la teoría revolucionaria en un mundo que niega al sujeto (como sujeto social) es criticar y la crítica es posible sólo sobre la base del hacer. La crítica es la voz del sujeto que dice a un mundo objetivo: “tu me niegas, pero yo te hice (e hice tu negación de mí)”. Poner al sujeto en el centro de la teoría no es sólo cuestión de decir “aquí estamos”, sino de criticar todo lo que niega nuestra presencia, todo lo que niega nuestra fuerza creativa, todo lo que niega el hecho de que somos la única fuerza creativa, de que somos los únicos hacedores.

El hacer del cual partimos es un hacer social. Esto es una tautología: todo hacer es social. El hacer es inconcebible sin el hacer previo o simultáneo de los otros. El hacer es parte de un flujo social del hacer en el que lo hecho de algunos es la condición previa del hacer de otros. Pero este flujo social se rompe, de manera tal que el hacer aparece como un hacer individual. El flujo social se rompe cuando alguien se apropia de lo que ha sido hecho, cuando dice: “¡esto es mío!”. Dado que lo hecho es la condición previa del hacer, estas personas poseen los medios del hacer y son capaces de controlar el hacer de los otros.

La apropiación de lo hecho rompe el flujo social del hacer. El hacer aparece entonces como un hacer individual, el sujeto es convertido en un sujeto hollywoodense, la subjetividad de la vasta mayoría es totalmente negada. La ruptura del flujo social del hacer clasifica a la sociedad separando a aquellos que dicen “¡esto es mío!” respecto de aquellos que son forzados a transformar su hacer en trabajo-para-otros. Pero esto va mucho, mucho más allá: tal como sostiene Marx en su discusión del fetichismo y de la alienación, la ruptura del flujo social del hacer es la ruptura de cada aspecto de nuestra existencia. El hacer vivo está sometido a lo hecho pasa-



do. El hacer vivo está sometido a las cosas hechas por el hacer pasado, cosas que dependen de sí mismas y niegan todo hacer. Marx comienza *El capital* con la terrible violencia de esta negación: “una mercancía es, en primer lugar, un objeto externo a nosotros”(1965, p. 35). [*“Die Ware ist zunächst ein äußerer Gegenstand”*](1985, p. 49)]. Lo que domina es la negación del hacer, mercancías, valor, capital que niegan su origen en el hacer social de los seres humanos. La socialidad del hacer, las relaciones

sociales entre los hacedores (las personas), existen como cosas.

El hacer vivo está sometido al ser muerto. El capitalismo es el dominio del ser, la negación del hacer. El ser, quebrado en fragmentos de ser, en identidad e identidades, se convierte en la base del pensamiento. La identidad se convierte en la categoría clave del pensamiento social, no sólo para la sociología y la psicología, sino para el pensamiento social burgués en general; la identidad repta también por los conceptos y por las luchas en-contra-de. En un mundo de identidad, nosotros somos, luchamos para decir que somos o para manifestar lo que somos. El mundo, entonces, es un mundo de equilibrio, un mundo que niega por ridícula la idea de que la socialidad del hacer podría ser completamente diferente, de que podríamos hacer un mundo distinto. La identidad proclama que somos mientras que el hacer siempre destruye lo que es. El hacer proclama que somos-y-no-somos. En un mundo del hacer, lo que se encuentra en el centro es la negación de la esividad, la creación de eso que no es (o no-todavía). La única manera en la que podemos siquiera plantear la pregunta por el comunismo es viendo que las cosas no son como son, negando que “así son las cosas”, proclamando que el mundo es simplemente nuestro hacer. Colocar al sujeto en el centro (el impulso de la teoría autonomista) significa, si queremos ser consistentes, que debemos atacar con toda nuestra fuerza un mundo que “es”, que debemos criticar, que debemos colocar el hacer en el centro de nuestro pensamiento.

La negación del hacer es la homogeneización del tiempo. El negar el hacer social-intencional es subordinar el hacer al ser, a aquello que es. El hacer de hoy es subordinado al hacer de ayer, el hacer de mañana sólo puede ser concebido como una continuación del hacer de hoy. El tiempo, entonces, se convierte en un tiempo tic-tac, en un tiempo reloj, como la extensión de una vía de tren. El tiempo tic-tac mide duración, mide un ser separado respecto del hacer, una existencia separada respecto de la consti-

tución. El capitalismo es la separación de los objetos respecto de sus sujetos, de las cosas que son respecto del hacer que las hizo, de la existencia respecto de la constitución. Esta separación crea duración, crea la idea de que las cosas “son”, independiente del hacer que las ha creado. El valor, por ejemplo, aparece teniendo una existencia independiente del hacer auto-dividido que lo ha creado: *El capital* de Marx (la teoría del valor trabajo) es sobre todo un ataque a la duración, una crítica de la separación entre existencia y constitución, una restauración en el pensamiento del hacer negado por la duración.



Una de las grandes ventajas de este tiempo homogéneo, el tiempo-duración, es que puede ser quebrado en períodos, en extensiones de tiempo. Esto resulta crucial para la organización del trabajo en la fábrica, en la oficina, en las escuelas y en las universidades. El tiempo homogéneo es crucial en la organización del hacer de los otros para quienes el hacer es trabajo sin-propósito, sin-objeto. Pero esto va más allá. Permea nuestro pensamiento social, la manera en que damos forma a y pensamos nuestras relaciones sociales. El tiempo deviene indigerible, casi sólido, algo que puede ser cortado en trozos, en períodos, en paradigmas, separado por millones de kilómetros del tiempo-sin-tiempo del amor intenso o del compromiso. Pero entonces el comunismo, el mundo en el que damos forma a nuestro propio hacer, el mundo en el que el hacer es emancipado respecto del ser, el mundo en el que hacer y ser, constitución y existencia se vuelven a unir explícitamente, sólo puede ser concebido como un mundo en el que rompemos la homogeneidad del tiempo, un mundo en el que la duración es despedazada, en el que el tiempo no es una larga vía de tren o una rebanada de pizza, sino que tiende hacia la intensidad del *Jetztzeit* (el tiempo-ahora) de Benjamin (1973) o el *nunc stans* de Bloch (1964), hacia el tiempo-sin-tiempo del amor o el compromiso que todo lo absorbe.

El pensamiento burgués, por supuesto, no tendrá nada de esto. El pensamiento burgués se basó en la identidad, en extender lo que es en lo que será: el pensamiento burgués está obsesionado con el etiquetamiento, con la clasificación, con el hacer que las cosas encajen entre sí, con crear compartimentos ordenados, con paradigmas. De ahí tantas tesis doctorales, tantas aplicaciones para la obtención de fondos de investigación que deben mostrar la coherencia del mundo, que deben mostrar cómo las cosas encajan entre sí, cómo el mundo es un mundo de correspondencias. Pero cada

correspondencia cierra el mundo, excluye la posibilidad, niega el poder-social-de-hacerlo-de-otra-manera. En la izquierda, en los márgenes del marxismo, en el trabajo de aquellos que lo convertirían, de la teoría intolerable del grito insoportable, a alguna escuela de entrenamiento casero de ciencias sociales: en este área sombría, hemos visto en los últimos veinte o treinta años el crecimiento de la teoría de la regulación, la obsesión por el etiquetamiento de todo como fordista, posfordista o neofordista. Lo incorrecto aquí no son los fenómenos que estos teóricos señalan, tampoco las interconexiones; lo que está mal es el remate, la sistematización, el impulso a hacer que todo encaje, a cerrar el mundo. En algunos aspectos, la teoría de la regulación ha sido estimulante, pero su efecto en conjunto es mortal.

Periodizar el presente ya es cerrar el mundo, proyectar el presente en el futuro, homogeneizar el tiempo, establecer la duración. En la actualidad, la existencia del capital se basa en la explotación de millones de personas, en la exclusión y la miseria de millones, en las muertes innecesarias de cuántos varios miles de niños. Quizás también asesine y explote a millones mañana. Quizás lo haga, pero si lo damos por supuesto entonces ya estamos cerrando la posibilidad de que puede no hacerlo, ya estamos asumiendo nuestra propia derrota. Y si extendemos ese después de mañana hasta el próximo día, el próximo año, hasta un período o un paradigma, entonces resulta claro que estamos tomando parte activamente en la lucha por nuestra propia derrota. Si suponemos de un día para el otro que seremos derrotados, entonces progresivamente excluimos cualquier posibilidad de que podamos hacer el mundo de otra manera. Si ponemos el presente en períodos o paradigmas, participamos de manera activa en el sometimiento del hacer al ser, en la creación de un mundo que “es”, en la separación de la existencia respecto de la constitución. Y con eso renunciamos a toda esperanza, a todo Marx y a toda crítica. Marx dedicó su vida a la crítica, es decir, a colocar el hacer social humano en el centro de nuestra comprensión.



Poner énfasis en el hacer humano social en un mundo que niega ese hacer es absurdo, por supuesto, pero la lucha por un mundo diferente es, precisamente, la misma absurdidad necesaria de manera urgente.

Periodizar el presente, entonces, siempre es reaccionario. Esto suena tonto, pero no lo es. Es, en realidad, perfectamente obvio. Pensemos, por ejemplo, en la tortura: presumiblemente es posible hablar de nuevos paradigmas de tortura, o de abuso

sexual de los niños. Sin embargo, discutir esas nuevas tendencias como si tuvieran alguna estabilidad, como si constituyeran un paradigma cerrado es, seguramente, dar a esas actividades una estabilidad que pocos de nosotros querría. Así sucede con el capitalismo. Hablar del paradigma presente de la dominación capitalista es dar un aire de normalidad a la existencia del capitalismo cuando toda nuestra lucha es por mostrar que no hay nada de normal en él, que la posibilidad de que la acción humana pueda recrear el capitalismo mañana es una abominación que nunca puede ser aceptada como normal.

Ahora debería resultar claro por qué objeto *Imperio*. No es por su contenido (que a menudo resulta muy estimulante, a pesar del lenguaje) sino por su método. El libro traiciona el impulso autonomista en el sentido de que encarcela al sujeto en una estructura, en el sentido de que participa en la subordinación del hacer al ser, en el sentido de que extiende el método de la teoría de la regulación, dándole un giro “de izquierda”. Su método se basa en la duración. Aunque por momentos rinde homenaje a la idea de que es la lucha contra el capitalismo lo que impulsa sus formas cambiantes, la perspectiva general de la discusión se encuentra, en gran parte, en la dirección opuesta. Sigue los aspectos clásicos de la ortodoxia marxista (engelsianismo-leninismo) al no centrarse en la lucha sino en las estructuras de la dominación. Sus ideas del estado y de la crisis son estructuralistas-funcionalistas. Para una argumentación que proviene de antecedentes autonomistas, se destaca por el establecimiento de un dualismo del estilo “pero-también” entre capital y lucha: esto quizás no es sorprendente, porque la noción misma de paradigma de dominio oculta lo que cada capitalista sabe, es decir, que la existencia del capital es una lucha constante, cotidianamente repetida. Lo que es peor de todo, quizás, es el eclipsamiento total de la centralidad del hacer en el desarrollo del concepto “multitud”. El concepto “clase trabajadora”, con todas sus dificultades, con todas sus deformaciones fetichizadas, tiene por lo menos el mérito de llevarnos a la centralidad de la actividad humana intencional, al hacer social. En el concepto de multitud, esto se pierde completamente. La clase trabajadora hace, aunque en una forma fetichizada; la multitud no hace. Pero si el hacer no se encuentra en el centro de nuestro pensamiento, todo lo que queda es oposición, no esperanza.

¿Enojo y regaño? Sí, quizás. El libro es mejor que muchos, por supuesto. Pero ese no es el problema. El



problema es que su enorme éxito es la expresión de con cuánta desesperación las personas están buscando un camino hacia delante, con cuánta desesperación están buscando una revolución que no sea una repetición de la salmodia revolucionaria del pasado. Este libro los lleva a un hartazgo metodológico, a un mundo de tesis doctorales, a una clausura. Eso es lo que me enoja.

Puebla, Octubre 2002

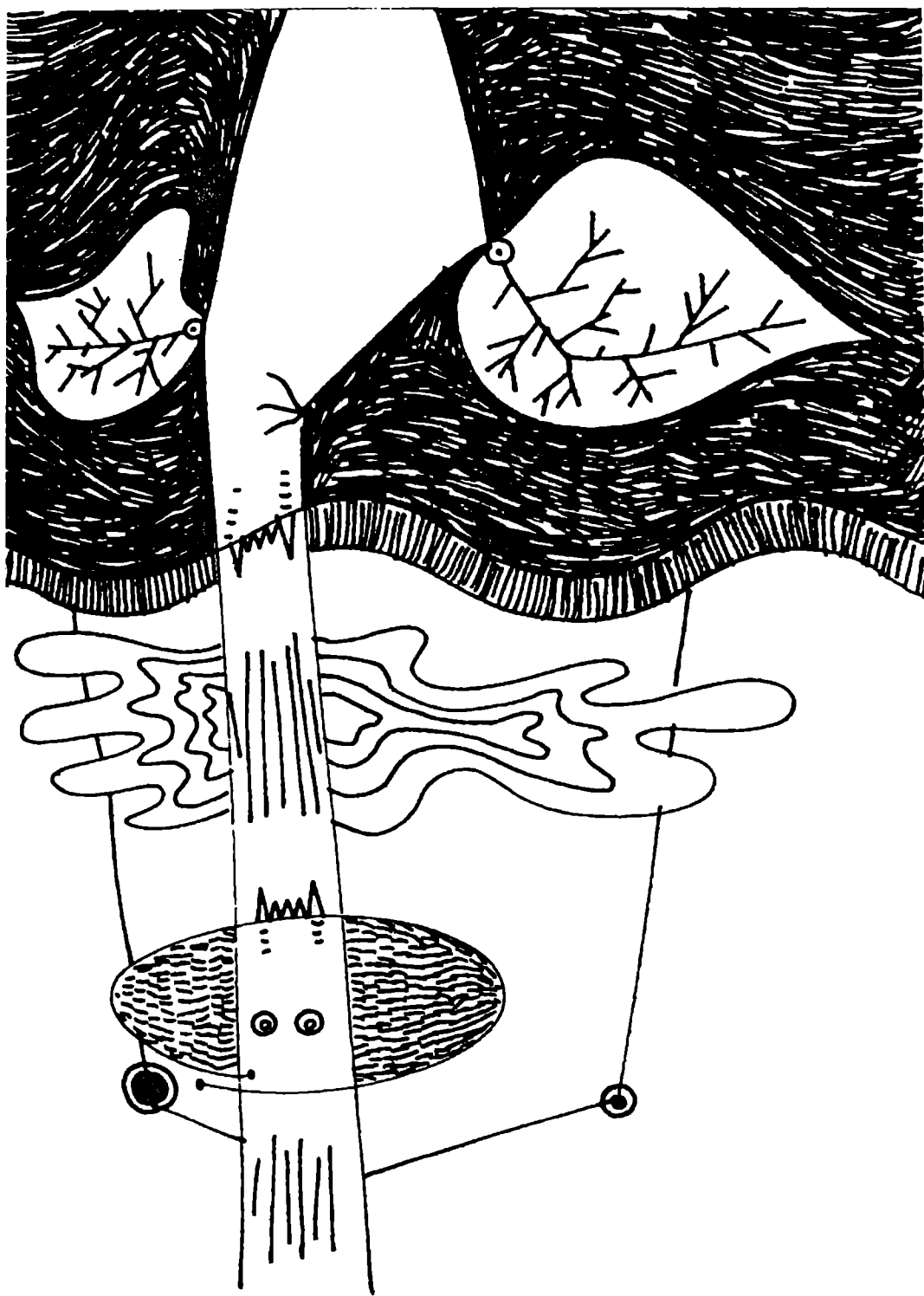
Referencias

- Benjamin, W. (1973),: "Theses on the Philosophy of History", en *Illuminations*, Nueva York, Schocken Books.
- Bloch, E. (1964), *Tübinger Einleitung in die Philosophie*, Frankfurt, Suhrkamp.
- Benefeld, W. (1994), "Human Practice and Perversion: Between Autonomy and Structure", *Common Sense* nro. 15, Londres, CSE, pp. 43-52.
- Hardt, M. y Negri, A. (2000), *Empire*, Cambridge, Harvard University Press.
- Holloway, J. (2002), *Die Welt verändern, ohne die Macht zu übernehmen*, Munich, Westfälisches Dampfboot [edición en español: *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Bs.As., Herramienta-UAP, 2002].
- Marx, K. (1965), *Capital*, Vol.1, Moscú, Progreso.
- Marx, K. (1985), *Das Kapital*, Vol. 1, Berlín, Dietz.
- Red Notes (1979), *Working Class Autonomy and the Crisis: Italian Marxist Text of the Theory and Practice of a Class Movement: 1964-79*, Londres, Red Notes.
- Tronti, M. (1979), "Lenin in England", *Red Notes*, pp. 1-6.



realidad Económica /ADE

Hipólito Yrigoyen 1116 (1088) Buenos Aires



Cuadernos del Sur

Editorial

Alex Callinicos
Robert Brenner

Daniel Bensaïd
John Brown

Daniel Campione
Washington Estellano
Fernando López Romero

Mabel Bellucci

Eduardo Grüner (Trad.)
Joachim Hirsch

Adolfo Gilly
John Holloway

Argentina: ¿Fin de la *belle époque*?

**Nuevo unilateralismo mundial:
economía, política, guerra, soberanía**
La estrategia general del Imperio Norteamericano
Después del boom. Un diagnóstico
de la economía mundial
La guerra tendrá lugar
La Guerra del Imperio: lógica de la
excepción y retorno de la soberanía

**Apuntes sobre la coyuntura
latinoamericana**
Elecciones del 27 de Abril
Bolivia en la encrucijada
Ecuador: ¿Argentina, segunda parte?

Los movimientos antibelicistas de contestación femenina

Polémicas en el marxismo
Breve diccionario de la actualidad (no solo) argentina
Poder y anti-poder Acerca del libro
de John Holloway, *Cambiar el
mundo sin tomar el poder*
El hacedor
Tiempo para la revuelta. Reflexiones sobre *Imperio*

Artista plástico invitado: Marcelo Lopinto